Herencia

Miguel Bonnefoy

Traducción de Amelia Hernández Muiño

armænia

narrativa

HERENCIA

MIGUEL BONNEFOY

Traducción de Amelia Hernández Muiño

armaenia

www.armaeniaeditorial.com

Título original: *Héritage* (Rivages, 2020)

Primera edición: Septiembre 2021
Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français

Copyright © Miguel Bonnefoy, 2020 © Editions Payot & Rivages, 2020

Copyright de la traducción © Amelia Hernández Muiño, 2021

Copyright de la foto del autor © Patrice Normand/Leextra/Éditions Rivages 2020

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2021
Armaenia Editorial, S.L.
www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-122276-3-5
Depósito legal: M-22863-2021

Impresión: Gráficas Cofás, S.A.

Impreso en España

Para Selva, tú que eres la única en saber lo que seguirá.

«Aquellos que no pueden recordar su pasado están condenados a repetirlo»

George Santayana

LAZARE

Lazare Lonsonier estaba leyendo en su bañera cuando la noticia de la Primera Guerra Mundial llegó hasta Chile. En aquella época tenía la costumbre de hojear el periódico francés a doce mil kilómetros de distancia, metido en un agua aromatizada con cáscaras de limón, así que más adelante, al regresar del frente con la mitad de un pulmón y habiendo perdido a dos hermanos en las trincheras del Marne, nunca pudo separar realmente el olor de los cítricos del de los obuses.

Según el relato familiar, su padre había huido antaño de Francia con treinta francos en un bolsillo y una cepa en el otro. Nacido en Lons-le-Saunier, en las laderas del Jurá, tenía un viñedo de seis hectáreas cuando apareció la plaga de la filoxera, que secó sus viñedos y le llevó a la quiebra. Al cabo de cuatro generaciones de viticultores solo le quedaron en pocos meses, en la parte baja de las vertientes, unas raíces muertas en unos huertos de manzanos y unas plantas silvestres de las que sacaba un triste ajenjo. Se fue de aquella comarca de caliza y cereales, de morillas y nueces, para tomar una nave de hierro que zarpaba de Le Havre rumbo a California. No estando abierto aún el canal de Panamá, tuvo que dar la vuelta por el sur de América Latina y viajó durante cuarenta días a bordo de un *cap hornier*[1] en el que doscientos hombres, amontonados en las bodegas llenas de jaulas de pájaros, tocaban fanfarrias tan ruidosas que no le dejaron pegar el ojo hasta las costas de Patagonia.

Una noche, vagando cual sonámbulo por un pasillo entre literas, vio en la oscuridad a una anciana con las muñecas cubiertas de pulseras, labios amarillos y unas estrellas tatuadas en la frente, sentada en una silla de mimbre; esta le hizo señas para que se le acercara.

—¿No logras dormir? —preguntó.

Se sacó de la blusa una pequeña piedra verde, llena de cavidades minúsculas y centelleantes, no más gruesa que una cuenta de ágata.

—Son tres francos —le dijo.

Se los pagó y la anciana quemó la piedra encima de una escama de carey, pasándosela por debajo de la nariz a Lonsonier. El humo se le subió tan bruscamente a la cabeza que creyó que iba a desfallecer.

Aquella noche, durmió durante cuarenta y siete horas entera y profundamente, soñando con viñedos de oro cuajados de criaturas marinas. Al despertar vomitó todo lo que tenía en el estómago, y no pudo levantarse de la cama de tanto que sentía en el cuerpo una insostenible pesadez. Nunca supo si fueron los sahumerios de la vieja gitana o el olor fétido de las aves enjauladas, pero cayó en un estado de fiebre delirante durante la travesía del estrecho de Magallanes, alucinando ante aquellas catedrales de hielo, viendo que la piel se le cubría de manchas grises como si estuviera pulverizándose en cenizas. El capitán del barco, que había aprendido a reconocer las primeras señales de magia negra, solo necesitó una ojeada para adivinar un riesgo de epidemia.

—La fiebre tifoidea —declaró—. Le bajaremos en la próxima escala.

Así fue como desembarcó en Chile, en Valparaíso, en plena guerra del Pacífico, en un país que él no sabía ubicar en el mapa y de cuyo idioma ignoraba todo. Al llegar, se incorporó a la larga fila de gente que se extendía frente a un depósito de pesca hasta alcanzar la aduana. Se dio cuenta de que el funcionario del servicio de inmigración hacía sistemáticamente dos preguntas a cada pasajero antes de sellarles sus fichas. Concluyó que la primera debía de referirse a la proveniencia y la segunda, lógicamente, al destino. Cuando llegó su turno, el funcionario, sin alzar los ojos, le preguntó:

—¿Nombre?

No entendiendo nada en español pero convencido de haber adivinado la pregunta, contestó sin vacilar:

—Lons-le-Saunier.

El rostro del funcionario no expresó nada. Con un gesto cansado de la mano, anotó lentamente: Lonsonier.

—¿Fecha de nacimiento?

Y de nuevo:

—California.

El funcionario se encogió de hombros, escribió una fecha y le entregó su registro. A partir de aquel momento, ese hombre que había dejado los viñedos del Jurá fue rebautizado Lonsonier y nació por segunda vez el 21 de mayo, día de su llegada a Chile. En el transcurso del siglo nunca reanudó ruta hacia el norte, desanimado por el desierto de Atacama tanto como por la brujería de los chamanes, así que a veces decía, mirando las vertientes de la cordillera:

—Chile siempre me hace pensar en California.

Lonsonier pronto se acostumbró a las estaciones invertidas, a las siestas a mitad del día y a su nuevo nombre que, pese a todo, había conservado sonoridades francesas. Aprendió a anunciar los terremotos

y no tardó en dar gracias a Dios por todo, hasta por los infortunios. Al cabo de unos meses hablaba como si hubiera nacido en esa región, pronunciando las erres como piedras rodando por un río, aunque delatado por un leve acento. Como le habían enseñado a leer las constelaciones del zodíaco y a medir las distancias astronómicas, pudo descifrar la nueva escritura austral, donde el álgebra de las estrellas estaba ausente, y comprendió que se había instalado en otro mundo, un mundo hecho de pumas y araucarias, un mundo primigenio poblado de gigantes de piedra, sauces y cóndores.

Le contrataron como jefe de cultivos en la hacienda de Concha y Toro, fundó varias bodegas en las fincas de criadores de llamas y amaestradores de ocas. La vieja viña francesa de las laderas de la cordillera exigía un rejuvenecimiento en aquel jirón de tierra estrecho y alargado, suspendido al continente como una espada a su cincho, donde el sol era azul. Rápidamente se integró en un círculo formado por expatriados, transplantados, chilenizados, conectados por inteligentes alianzas y enriquecidos con el comercio del vino extranjero. Él, que se había encaminado hacia lo desconocido, que era un humilde viticultor, un pobre campesino, se encontró de repente al mando de varias haciendas y se convirtió en un ingenioso hombre de negocios. Ahora ni guerras ni filoxera, ni alzamientos ni dictaduras, nada podía perturbar su nueva prosperidad, de modo que cuando festejó su primer año en Santiago, Lonsonier bendijo el día en que una gitana a bordo de una nave de hierro quemó una piedra verde en sus narices.

Se casó con Delphine Moriset, una pelirroja de cabellos lacios, frágil y delicada, proveniente de una antigua familia de Burdeos negociante de paraguas. Delphine contaba que, a raíz de una sequía en Francia, su familia había decidido emigrar a San Francisco con la esperanza de abrir una tienda en California. Los Moriset cruzaron el Atlántico, bordearon Brasil y Argentina hasta pasar por el estrecho de Magallanes y hacer escala en el puerto de Valparaíso. Por ironías de la historia, aquel día estaba lloviendo. Su padre, el señor Moriset, hombre decidido, descendió al muelle y vendió en una hora todos los paraguas que se había traído dentro de unos grandes baúles sellados. No volvieron a subir al barco hacia San Francisco y se establecieron definitivamente en ese país lloviznoso, apretado entre una montaña y un océano, del cual se decía que en algunas de sus regiones la lluvia podía estar cayendo durante medio siglo.

La pareja, unida por las incidencias del destino, se instaló en Santiago, en una casa al estilo andaluz de la calle Santo Domingo, cerca del río Mapocho cuyas crecidas sucedían al deshielo de la cordillera. Su fachada estaba oculta por tres limoneros. Las habitaciones, todas de techo alto, exhibían muebles de estilo Imperio

compuestos por artesanías en mimbre de Punta Arenas. En diciembre, la pareja encargaba especialidades francesas, y la casa se colmaba de cajas de calabazas y pulpetas de ternera, jaulas llenas de codornices vivas y faisanes desplumados, ya colocados en sus bandejas de plata y cuyas carnes estaban tan endurecidas por el viaje que cuando llegaban no se podían cortar. Entonces las mujeres llevaban a cabo experiencias culinarias que parecían más cerca de la brujería que de la gastronomía. A las viejas tradiciones de las mesas de Francia añadían los vegetales de la cordillera, los pasillos tenían aromas misteriosos y humaredas amarillas. Se servían empanadas rellenas de morcilla, gallo al vino Malbec, pasteles de jaiba con queso *maroilles*, y unos quesos *reblochon* tan hediondos que las sirvientas chilenas creían que provenían de vacas enfermas.

Los hijos que tuvieron, en cuyas venas no corría ni una gota de sangre latinoamericana, fueron más franceses que los franceses. Lazare Lonsonier fue el primero de una hermandad de tres varones nacidos en cuartos con sábanas rojas que olían a aguardiente y a una poción de serpiente. Aun rodeados de matronas que hablaban mapuche, su primer idioma fue el francés. Sus padres no querían negarles ese legado rescatado de tantas migraciones, salvado del exilio. Era como un refugio secreto entre ellos, un código de clase, a la vez vestigio y triunfo de una vida anterior. La tarde en la que nació Lazare, durante su bautizo bajo los limoneros de la entrada, todos fueron en procesión por el jardín y, cubiertos con ponchos blancos, celebraron aquel momento transplantando la cepa que el viejo Lonsonier había conservado dentro de un sombrero con un poco de tierra.

—Ahora —dijo, mientras apretujaba la tierra alrededor del tallo— hemos sembrado realmente nuestras raíces.

Desde entonces el joven Lazare Lonsonier, sin haber estado nunca en Francia, se la imaginó probablemente con la misma fantasía de los cronistas de las Indias que imaginaban el Nuevo Mundo. Su juventud transcurrió en un universo de historias mágicas y remotas, preservado de guerras y trastornos políticos, soñando con una Francia que había sido descrita como una sirena. Veía en ella un imperio donde el arte del refinamiento llegaba tan lejos que los relatos de los viajeros no lograban superar la imagen que él tenía de ese mismo imperio. La distancia, el desarraigo, el tiempo, embellecieron aquellos lugares de donde sus padres se habían ido amargamente, así que él echaba de menos Francia sin conocerla.

Un día, un joven vecino con acento germánico le preguntó de qué región venía su nombre. Ese muchacho rubio, de porte elegante, descendía de colonos alemanes emigrados a Chile veinte años atrás, una familia que se había instalado en el sur para trabajar las avaras

tierras de la Araucanía. Lazare regresó a su casa con la pregunta a flor de labios. Esa misma noche su padre, consciente de que toda su familia había heredado su apellido por un malentendido en la aduana, le murmuró al oído:

—Cuando vayas a Francia, irás a ver a tu tío. Él te lo contará todo.

—¿Como se llama?

—Michel René.

—¿Dónde vive?

—Aquí —le dijo, señalándose el corazón con un dedo.

Las tradiciones del viejo continente estaban tan bien arraigadas en la familia que nadie se sorprendió cuando en el mes de agosto llegó la moda de «los baños». Una tarde, el padre Lonsonier regresó a casa opinando acerca de la higiene corporal y encargó una bañera de pie último modelo, de hierro colado esmaltado, con cuatro patas de león en bronce, que no presentaba ni grifo ni desagüe sino la forma de un ancho vientre de mujer embarazada donde dos personas podían meterse juntas en posición de feto. La señora de la casa se quedó impresionada, a los niños les pareció divertido su tamaño, y el padre explicó que estaba hecha con colmillos de elefante, dejando así constancia de que tenían ante ellos el descubrimiento tal vez más fascinante que hubiera habido desde la máquina de vapor o la cámara fotográfica.

Para llenarla llamaron a Fernandito Bracamonte, el aguatero, el que traía el agua al barrio, padre de Héctor Bracamonte, quien jugaría años más tarde un papel capital en la genealogía familiar. Ya a esa edad Fernandito Bracamonte era un hombre encorvado como una rama de abedul, con enormes manos de alcantarillero, que atravesaba la ciudad a lomo de mula transportando en un carretón barricas de agua caliente, las subía a los pisos superiores y llenaba los barreños con gestos de cansancio. Decía ser el mayor de sus hermanos que vivían del otro lado del continente, en el Caribe, entre los cuales estaban Severo Bracamonte, buscador de oro, un restaurador de iglesias en San Pablo del Limón, una utopista de Libertalia[2] y un maracucho[3] cronista que respondía al nombre de Babel Bracamonte. Pero a pesar de esa nutrida hermandad, al parecer ninguno se preocupó por él la noche en que unos bomberos le hallaron ahogado en la parte trasera de un camión cisterna.

La bañera quedó instalada en el centro del cuarto, y como todos los Lonsonier iban bañándose uno tras otro, metieron en el agua los limones del porche para purificarla, y agregaron una bandeja en madera de bambú para hojear el periódico.

Así, en agosto de 1914, cuando la noticia de la Primera Guerra Mundial llegó hasta Chile, Lazare Lonsonier estaba leyendo en su

bañera. Había llegado un montón de periódicos en un mismo día, todos con dos meses de retraso. *L'Homme Enchaîné* publicaba los telegramas enviados al zar por el emperador Guillermo. *L'Humanité* anunciaba el asesinato de Jaurès. *Le Petit Parisien* informaba acerca del estado de sitio general. Pero el despacho más reciente del *Petit Journal* pregonaba, en un gran titular con caracteres amenazadores, que Alemania acababa de declarar la guerra a Francia.

—Pucha —soltó Lazare.

Esa noticia hizo que tomara conciencia de la distancia que separaba Francia de Chile. Se sintió bruscamente invadido por un sentimiento de pertenencia a ese país lejano que era atacado en sus fronteras. Salió de la bañera de un salto y aunque en el espejo no vio sino un cuerpo enjuto, encogido e inofensivo, inapto para el combate, sin embargo experimentó un impulso de heroísmo. Tensó sus músculos y un discreto orgullo le reanimó el corazón. Creyó reconocer la inspiración de sus antepasados y en aquel instante, aunque con temerosa sospecha, supo que debía obedecer al destino que lanzaba hacia el océano una segunda generación de los suyos. Se ató una toalla en la cintura y bajó al salón con el periódico en la mano. Frente a su familia agrupada, en un espeso olor a cítricos, alzó el puño y declaró:

—Me marcho a pelear por Francia.

En aquel tiempo seguía vivo el recuerdo de la guerra del Pacífico. El caso Tacna-Arica, provincias arrebatadas por Chile a Perú, aún producía conflictos fronterizos. Dado que Francia tenía a su cargo la instrucción del ejército peruano y Alemania la del ejército chileno, para los hijos de emigrantes europeos, nacidos en las faldas de la cordillera, no fue difícil ver en la discordia por Alsacia y Lorena una coincidencia con la de Tacna y Arica. Los tres hermanos Lonsonier, Lazare, Robert y Charles, extendieron un mapa de Francia encima de la mesa y se pusieron a estudiar meticulosamente el desplazamiento de las tropas, sin tener ni la menor idea de lo que estaban viendo, convencidos de que el tío Michel René ya estaba luchando en las praderas de Argonne. Prohibieron la música de Wagner en el salón y, con un pisco en la mano, a la luz de una lámpara, se entretuvieron nombrando los ríos, los valles, las ciudades y las aldeas. En pocos días tenían el mapa cubierto de chinchetas de color, cabezas de alfileres y banderitas de papel. Las sirvientas observaban consternadas esa pantomima, respetando la orden de no poner la mesa mientras el mapa estuviera encima, y en la casa nadie comprendió como se podía luchar por una región donde no se vivía.

Sin embargo, en Santiago la guerra sonó como un llamamiento cercano, tan poderoso que pronto fue centro de todas las conversaciones. Repentinamente, otra libertad, la libertad de escoger,

la libertad de la patria, estaba presente por todas partes, afincando su presencia y su gloria. En las paredes del consulado y de la embajada había carteles dando aviso de la movilización general y anunciando recolecciones de fondos. Se imprimían aprisa ediciones especiales, y unas señoritas que solo hablaban español fabricaban cajas de chocolate en forma de quepis. Un aristócrata francés instalado en Chile hizo un depósito de tres mil pesos para recompensar al primer soldado franco-chileno que fuera condecorado por algún hecho de armas. Se formaron cortejos en los bulevares principales, los navíos empezaron a colmarse de reclutas, hijos o nietos de colonos, que partían para alistarse, con rostros confiados, bolsos llenos de trajes bien doblados y amuletos de escamas de carpa.

Era un espectáculo tan seductor, tan radiante, que fue imposible para los tres Lonsonier resistir al ardoroso deseo de participar en aquel reclutamiento masivo, dejándose arrastrar por esa hora grandiosa. En octubre, en la avenida Alameda de Santiago, frente a cuatro mil personas, formaron parte de los ochocientos franco-chilenos que salieron de la estación Mapocho con destino a Valparaíso donde debían tomar un barco con rumbo a Francia. Se celebró una misa en la iglesia San Vicente de Paul, entre la calle Dieciocho y San Ignacio, y una banda militar interpretó La Marsellesa a todo dar ante un público tricolor. Más tarde se comentó que los reservistas eran tan numerosos que hubo que añadir vagones especiales al expreso del norte, y que ciertos jóvenes voluntarios rezagados tardaron cuatro días a pie para pasar la cordillera de los Andes, cubierta de nieve en esa época del año, y alcanzar el barco en Buenos Aires.

La travesía fue larga. El mar produjo en Lazare una impresión que era una mezcla de angustia y maravilla. Mientras Robert leía todo el día dentro de su camarote, mientras Charles entrenaba en la cubierta, él fumaba escuchando los rumores que circulaban entre los demás reclutas. Por la mañana entonaban cantos militares y marchas heroicas, pero al final de la tarde, en el crepúsculo, sentados en círculo, contaban historias espantosas, diciendo que en los frentes llovían cadáveres de pájaros, que la fiebre negra hacía crecer caracoles dentro del estómago, que los alemanes tallaban con navajas sus iniciales en la piel de sus prisioneros, que se señalaba la presencia de enfermedades desaparecidas desde los tiempos del barón de Pointis. Una vez más, Lazare evocaba Francia como una quimera, como una arquitectura hecha de relatos, y al cabo de cuarenta días, al divisar sus costas, se dio cuenta de que lo único que jamás había pensado era que existiera realmente.

Para desembarcar se había puesto un pantalón de pana acanalada, mocasines de suela delgada, y una chaqueta con entorchados heredada

de su padre. Vestido a lo chileno, bajaba a tierra en aquel puerto con la ingenuidad del adolescente que había sido y no con el orgullo del soldado que iba a ser. Charles llevaba una ropa de marino, con una camisa a rayas azules y un gorro de algodón rematado por un pompón rojo. Se había dejado un bigote estrecho, tallado con perfecta simetría, adornando el labio como sus gloriosos ancestros galos y cuyas puntas se atusaba con una pizca de saliva. Robert se había puesto una camisa con pechera, un pantalón satinado, y llevaba colgado de una cadenita en la cintura un reloj de plata en el que se descubrió, el día de su fallecimiento, que seguía dando la hora chilena.

Al bajar al muelle lo primero que descubrieron fue el perfume del aire, casi idéntico al de Valparaíso. No tuvieron tiempo de evocarlo, pues enseguida formaron fila frente a la comandancia de la compañía y se les distribuyeron unos uniformes, un pantalón rojo, un capote cerrado por dos filas de botones, polainas y un par de borceguíes de cuero. Luego subieron a unos camiones militares que transportaban hasta los campos de batalla a millares de jóvenes emigrantes que venían a desgarrarse en el seno de un continente del que, antaño, sus padres se habían ido para no regresar. Iban sentados en unos bancos frente a frente, ninguno hablaba el francés que Lazare había leído en los libros, con agudezas y palabras bien escogidas; ahí se impartían órdenes sin poesía, se insultaba a un enemigo que nunca se veía, y en la noche que llegaron, mientras hacían cola ante cuatro grandes cacerolas de hierro colado en las que dos cocineros recalentaban un guiso lleno de huesos, él solo escuchó dialectos bretones y provenzales. Por un instante sintió la tentación de volver a tomar el barco, de regresar a su casa, de irse por donde había venido, pero se acordó de su promesa y decidió que si existía algún deber patriótico más allá de las fronteras era el de defender el país de sus antepasados.

Los primeros días Lazare Lonsonier estaba tan ocupado consolidando las trincheras, instalando palos y cercas, acondicionando el suelo con paneles cuadriculados, que no tuvo tiempo para sentir nostalgia de Chile. Junto a sus hermanos pasó más de un año instalando alambradas de púas, repartiendo raciones de comida, transportando cajas de explosivos por largos corredores bombardeados, entre baterías de artillería, de una línea a otra. Al principio, para mantener una dignidad de soldados, se lavaban someramente si hallaban un manantial limpio y un poco de jabón que les cubría los brazos con una espuma gris. Se dejaron crecer la barba por moda más que por negligencia, a fin de tener el honor de ser llamados *poilus*[4] ellos también. Pero al pasar los meses, el precio de la dignidad se hizo humillante. Por grupos de diez, se dedicaban al degradante ejercicio de espulgarse, desnudos en alguna pradera, metiendo sus ropas en agua hirviendo, frotando sus fusiles con una

mezcla de hollín y residuos de grasa, y luego volvían a ponerse los uniformes raídos, embarrados, rotos, cuyo olor iba a perseguir a Lazare hasta las horas más sombrías del avance del nazismo.

Corrió el rumor de que darían treinta francos a quien trajera alguna información del frente enemigo. Rápidamente, en las peores condiciones, unos soldados de infantería hambrientos probaron fortuna reptando entre los cadáveres cubiertos de larvas. Se arrastraban por el lodo como animales, vigilando dentro de alguna grieta por encima de los caballos de Frisia, a fin de captar una fecha, una hora, un indicio de ataque. Lejos de sus acantonamientos, se colaban por las líneas alemanas, temblando de miedo y de frío en sus clandestinos puestos de acecho, y a veces pasaban toda una noche acurrucados en un embudo de granada. El único que cobró los treinta francos fue Augustin Latour, un cadete proveniente de Manosque. Contaba que una vez descubrió a un alemán en el fondo de un barranco, con el cuello roto por la caída, y hurgó en sus bolsillos. No encontró más que unas cartas en alemán, billetes de marcos y moneditas de metal con un agujero cuadrado en el centro, pero en un doble fondo de cuero a la altura del cinturón vio treinta francos cuidadosamente doblados en seis, que el alemán habría robado quizás en un cadáver francés. Desde entonces los agitaba, orgulloso de sí mismo y repitiendo:

—He rembolsado a Francia.

Fue más o menos en esa época cuando descubrieron un pozo a mitad de camino entre las dos trincheras. Hasta el fin de su vida, Lazare Lonsonier nunca supo como las dos líneas enemigas acordaron un alto el fuego para acceder al pozo. Hacia el mediodía se suspendían los disparos, y un soldado francés disponía de media hora para salir de su trinchera, hacer provisiones de agua en pesados baldes y dar marcha atrás. Pasada la media hora, le tocaba el turno de abastecerse a un soldado alemán. Una vez que ambos frentes quedaban surtidos, volvían a disparar. Así se sobrevivía para seguir matando. Esa danza negra se repetía todos los días con una exactitud militar, sin nunca pasar el límite de ambas partes, con estricto apego al código de las guerras, hasta tal punto que quienes regresaban del pozo decían que por primera vez en dos años de conflicto oían el canto de un ave a lo lejos o la muela de un molino.

Lazare Lonsonier se presentó como voluntario. Cargando cuatro baldes colgados en sus antebrazos, veinte cantimploras vacías terciadas al pecho y una palangana en las manos, alcanzó el pozo al cabo de diez minutos de marcha, preguntándose como iba a desandar el camino con esos mismos recipientes llenos. El pozo, cercado por un desgastado brocal y una pequeña tapia desconchada, lucía tan triste

como una pajarera vacía. Alrededor se veían algunas palanganas con agujeros de balas y una guerrera militar que alguien había dejado encima del pretil.

Ató una cuerda en el asa de un balde y lo hizo bajar hasta escuchar que tocaba el agua. Estaba tirando de la cuerda para sacar el balde cuando una masa como una roca apareció súbitamente delante de él.

Lazare alzó la cabeza. De pie, cubierto con un camuflaje de barro, un soldado alemán le apuntaba con su arma. Aterrado, Lazare soltó la cuerda, dejando caer el balde, se enderezó de un brinco, quiso escapar pero tropezó con una piedra y gritó:

—¡Pucha!

Aguardó el disparo, pero no se produjo. Despacio, abrió los ojos y se volvió hacia el soldado. Este dio un paso adelante, Lazare retrocedió. Tal vez tenía los mismos años que él, pero el uniforme, las botas, el casco, todo le daba más edad. El soldado alemán bajó su pistola y preguntó:

—¿Eres chileno?

La frase fue susurrada en un español perfecto, un español en el que aparecieron cóndores furiosos y arrayanes, cormoranes y ríos que olían a eucalipto.

—Sí —contestó Lazare.

El soldado mostró una expresión de alivio.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—De Santiago.

El alemán sonrió.

—Yo también. Me llamo Helmut Drichmann.

Y Lazare reconoció al joven vecino de la calle Santo Domingo que diez años atrás le había preguntado cuál era el origen de su apellido. A los dos les había caído encima la noticia de la guerra al mismo tiempo. Ambos habían cedido a la tentación de cruzar un océano para defender otro país, otra bandera, pero ahora delante del pozo, por un instante regresaban en silencio al manantial que les había visto nacer.

—Escúchame —dijo el alemán—, se prepara un ataque sorpresa para el viernes en la noche. Arréglatelas para enfermarte ese día y pasar la noche en la enfermería. Eso podría salvarte la vida.

Helmut Drichmann pronunció esas palabras de un tirón, sin cálculo ni estrategia. Lo dijo como si le hubiera dado agua de beber a otro hombre, no porque tuviera agua, sino porque sabía lo que era la sed. El alemán se quitó el casco con gesto lento y solo entonces Lazare pudo verle con nitidez. Su rostro era de una hermosura marmórea, macizo y mate, de un color neutro cuya pátina evocaba el encanto discreto de las estatuas antiguas. Lazare se acordó de todos esos soldados que pasaban la noche en las fosas con la esperanza de

sorprender una conversación, de revelar el escondite de un pelotón o la posición secreta de una ametralladora, y midió el precio de esa confidencia que le parecía de pronto evidente y absurda, lanzada con sus grandezas y sus bajezas en las verdaderas dimensiones de la historia.

Aquel día tuvo el primer dilema de una larga serie que proseguiría para las generaciones posteriores a él. ¿Debía salvarse refugiándose en la enfermería o proteger a los suyos dando informe a su superior? El rechazo a tener que escoger subía en él como un clamor mudo. Cuando regresó a las líneas francesas y su mirada se cruzó con las de sus compañeros, temió que leyeran en sus ojos su doble identidad de embustero y traidor.

Concluyó que por amor a Chile tenía que respetar el secreto que Helmut Drichmann acababa de confiarle. Imaginó un imposible término medio entre la impostura y la confesión. Buscó algún indicio, alguna señal que pudiera confirmar su elección, pero frente a sus compañeros agotados se quedó dudando, inseguro. Al ver a Charles y a Robert debajo de sus mantas mugrientas, en sus lechos de paja comprimida, sintió tanta vergüenza que se percató de que su decisión quedaba borrada. Comprendió que, en lo hondo de su ser, la verdadera fraternidad le ataba a otra decisión. No lo captó enseguida. Estaba bien lejos de sospechar que acababa de presenciar el desgarramiento de una primera herida, pero una hora después de haber regresado, informó a su superior, con discreto pudor, acerca de la emboscada alemana. Cuando le alargaron los treinta francos de la prima, los rechazó.

El jueves al amanecer el escuadrón de Lazare atacó con ciento cincuenta hombres bien armados y los alemanes, tomados por sorpresa, dormidos aún, fueron incapaces de repeler la ofensiva. Los franceses lanzaron granadas sobre los lechos de paja, quemaron las despensas, ejecutaron prisioneros, soltaron jaurías de perros, fusilaron rehenes. Durante varias horas reprodujeron los mismos abusos que condenaban en el enemigo. Pronto solo quedaron de pie los franceses en medio de los vencidos que reptaban en el fango. Lazare buscó con la mirada el cadáver de Helmut Drichmann por la llanura humeante. Dio la vuelta a los cuerpos, descifró las placas, inclinándose ante cada uniforme, con la mirada clavada en los cuerpos en el suelo, tan absorto que no vio llegar el obús que estalló junto a él.

La bomba explotó a un metro de distancia con una fuerza fulgurante. Muchos años después, al final de su vida, al dejar este mundo en su casa de Santo Domingo, Lazare iba a recordar con una precisión terrible aquella detonación que le propulsó hasta el foso de un refugio cercano y le aplastó las costillas contra una roca. El impacto le abrió el costado derecho y le hizo un agujero tan profundo

que se le veía el pulmón al desnudo, cubierto de tierra y lluvia. Antes de desmayarse le pareció ver el rostro de Helmut Drichmann inclinado hacia él. Después se dejó caer dentro de un abismo etéreo y olvidó la escena por mucho tiempo, hasta treinta años y dos meses después, el día en que ese mismo soldado alemán, cargado de oro y barro, fue a buscarle en su salón para acompañarle en su encuentro con la muerte.

THÉRÈSE

La caída no le mató. Lazare Lonsonier se quedó inconsciente mientras llegaba algún médico desde la retaguardia para aplicarle un antiséptico, y durante tres noches solo las convulsiones de su torso demostraron que aún seguía vivo. Hubo que ponerle inyecciones de aceite de alcanfor, morfina y cápsulas de opio para aliviarle el dolor, pero esos métodos no tuvieron ningún resultado. Un martes de lluvia él fue el primer paciente en someterse a una lobectomía, y de esa operación, que iba a convertirse en uno de los grandes orgullos de la medicina moderna, Lazare fue quizás el único en no haber conservado sino unas vagas sensaciones y unos recuerdos confusos. Estuvo enfermo durante muchas semanas y finalmente se despertó con la cabeza pesada y los párpados hinchados, en un hospital que debía de haber sido una vieja casa de tres pisos con cuatro balcones, cuyos cuartos todavía abrigaban las huellas de una familia que había sido feliz en otros tiempos.

El cuarto donde se despertó parecía haber sido el de los niños, pues la ventana, pintada con colores de pájaros exóticos, estaba condenada para que no se pudiera acceder al balcón. Descubrió todos los vendajes que le ceñían el cuerpo y el apósito de lino blanco en el hombro. Cuando preguntó por sus hermanos le informaron que a Charles lo mataron a bayoneta cerca de Arras, tras haber luchado hasta el amanecer en el resplandor de su pasión, durante una noche de furia y fragor. Robert murió al día siguiente, con el fusil en una mano y una botella de vino en la otra. Lo embistió un tanque cuando ya casi estaba tomada la trinchera alemana, no lejos de la tierra misma donde sus antepasados habían sembrado sus viñedos. Al recibir estas dos noticias, el dolor que sintió con los costados metidos en una espesa envoltura fue tal, que le dio un terrible ataque de tos, y en los movimientos que le sacudían se golpeó la cabeza contra la cabecera de la cama. Así volvió a sumirse en un profundo coma sin luz, un pozo sin cuerda ni pretil, zarandeado por los espasmos y las convulsiones, y temieron que al despertar lo que le esperara fuera la locura. Durante todos los años siguientes Lazare Lonsonier nunca pudo pensar en la guerra sin volver a sentir la amarga tormenta de aquel periodo; incluso cuando se restableció y le permitieron salir, no fue capaz de

hallar en su corazón las levedades de antaño.

Durante su convalecencia, como hablaba español, quedó asignado a la oficina de su compañía para redactar las cartas de condolencia a las familias de los soldados de habla hispana caídos en combate. Sentado ante una vieja máquina de escribir, la primera carta fue para su madre. Después, de correo en correo, uno a uno, tuvo que contar a cada hermana desesperanzada, a cada esposa desconsolada, a cada padre abatido, las operaciones gloriosas en las que su hijo, su marido, su hermano habían participado, encontrando las palabras apropiadas para recalcar su valentía, permitiéndose la audacia de poner en sus bocas unas últimas palabras sublimes, llenas de desgarradora poesía. Envió cerca de mil misivas que acabaron en mil cajones de otro continente, a veces con seis meses de retraso, como fragmentos de memoria que las madres guardaron dignamente de recuerdo, entre pañuelos de cueca[5] y plaquitas de cobre, mil cartas que se defendieron contra los mitos y el olvido hasta que otra generación las volvió a leer.

Lazare pronto tuvo acceso a todo el registro civil. La cercanía del Jurá le llevó a creer que bien podría identificar en alguna ficha amarillenta de los archivos municipales al único hombre que, según él, podía conservar aún la memoria familiar previa al exilio. Recordó al tío que su padre había mencionado, un tal Michel René, y se le metió en la cabeza dar con él. Ahora bien, no solo no había ningún René ni ningún Lonsonier, sino que Lazare se extravió en una jungla incomprensible de árboles genealógicos complejos, y al cabo de varias semanas de insistencia renunció a su búsqueda, convencido de que en aquellos grimorios solo quedaban muertos de papel y fantasmas anónimos. Y así, de los cuatro años que duró la guerra, Lazare Lonsonier pasó uno en una trinchera, dos en un hospital, y el último en una oficina de una alcaldía.

El 11 de noviembre de 1918 todas las iglesias de Francia echaron las campanas al vuelo para anunciar el final de la guerra. En diciembre, cuando Lazare subió a un barco para marcharse de Francia con rumbo a Valparaíso acompañado de centenares de jóvenes latinoamericanos, el alma de ese país herido ya parecía haberse separado de él, y toda aquella campiña bucólica que le habían descrito como llena de mayordomos y setos de alisos ahora no estaba poblada más que por los espectros de soldados tristes. Desde la cubierta del barco observó el paisaje y vio a lo lejos los valles fertilizados por la sangre de los hombres muertos en combate, verdecidos por tantos cadáveres enterrados, tierras fértiles nutridas por caballos muertos debajo de los túmulos y por el abono de las fosas comunes.

—Este país parece estar listo para una nueva guerra —pensó.

El día en que Lazare Lonsonier atracó en el puerto de Valparaíso,

su madre le esperaba en el muelle. Envejecida, ajada por la ansiedad, más pálida y más frágil que cuando él se marchó, tenía los ojos hinchados de quienes han llorado mucho tiempo en silencio. Ella recordó enseguida la tarde en que eran tres los que se marchaban a Francia, pero al ver regresar uno solo no pudo reconocer realmente a su hijo, cuyo nombre confundió durante varios meses con los de sus dos hermanos.

A sus cincuenta y dos años, Delphine había perdido la intensidad escarlata de su cabellera de dalias. Más solitaria que nunca, se había convertido en una mujer tan inestable como una estatuilla de cera, y su piel traslúcida, rara vez expuesta al sol, dejaba al descubierto un laberinto de venas azules. Tras haber recibido la carta, la noticia de la muerte de sus dos hijos la dejó trastornada hasta el punto de volverse obsesiva. En previsión del regreso de Lazare, a fin de purificar el alma de la casa y alejar los espíritus belicosos, ordenó lavar las paredes de su salón con un jabón negro hecho de aceite y zarzas. Deambuló mucho tiempo por las altas mesetas de la senilidad, sin quejarse, solamente obnubilada por pesadillas mudas, sumida en el desorden de sus esperanzas, en los repliegues de sus horas vacías, hasta aquella noche de diciembre en que se convenció de que su desgracia familiar provenía de las armas. Asustada por todo lo que era metálico, se empeñó en fundir las cacerolas, las bisagras de las puertas y las barandillas de las escaleras para hacer unas joyas centelleantes y así transformar en una orfebrería de la vida todo lo que le recordaba a la muerte. Por ello, cuando Lazare regresó cubierto de condecoraciones, galones en los hombros, medallones con la representación grabada de una mujer cubierta de laureles, ella fusionó todo eso con oro en un crisol y, repitiendo que ninguna distinción y ninguna pensión de guerra podía remplazar a sus hijos, mandó hacer con ello unas sortijas que llevó puestas hasta su última hora de vida.

Como Lazare no quería sentirse alejado de Francia, leía toda la prensa francesa que llegaba a Santiago. Hojeaba los periódicos, compraba revistas, ebrio de rumores. Se convenció de haber dado a Francia, con el sacrificio de su juventud, más de lo que dieron todos los exiliados del siglo anterior con el prestigio de sus vinos. En Chile, la Gran Guerra marcó una fractura. Ya no se podía contar con las explotaciones agrarias, las fábricas arruinadas, las reservas agotadas. Ya no era tan fácil importar, y los capitales extranjeros se habían reducido. Ahora los franceses de Chile fundaban en todas las ciudades secciones de *l'Union des Poilus*, compañías de *La Pompe France*[6] y asociaciones de antiguos combatientes. Evocaban las batallas de Verdun, del *Chemin des Dames*, relataban las evasiones, mostraban las condecoraciones, mencionaban al Tigre[7]. Ayer, en sus tarjetas de presentación los latifundistas indicaban la cantidad de propiedades

que poseían; hoy, mandaban imprimir sus heridas de guerra.

Pero para Lazare ese sentimiento de fuerza patriótica no logró ocultar las imágenes de sus años perdidos. Su corazón era como la viña plantada en el jardín veinticuatro horas antes del día de su nacimiento, que había adquirido unos tonos tristes y un olor repulsivo, no tenía casi hojas y su savia ya no daba uvas. Lazare volvió a tener visiones apocalípticas, crisis de fiebre, ataques de tos que le hacían sudar y dejaban sus sábanas cubiertas de manchas de sangre. Tenía la cabeza llena de fragores de explosiones, ruidos de sables, culatas golpeando, cohetes subiendo al cielo. A menudo le venía a la memoria el relato de su operación de pulmón. En un delirio lírico, entraba entonces en detalles horrendos con una precisión abrumadora, hablando del olor a trementina y las paredes desconchadas de la enfermería, y explicando que al final, después de que le recosieron y le mostraron la mitad amputada de su pulmón, creyó que le estaban presentando un pedazo de su corazón.

Se recurrió a unos médicos franceses que, según su padre, eran los únicos médicos «verdaderos» del país. A su cabecera se sucedieron científicos y farmacéuticos formados en la escuela de Pasteur, grupos de discípulos de Augustin Cabanès[8] o adeptos de la literatura médica que se consideraban como unos Horace Bianchon[9]. Sentados en círculo en el salón, tomando café caliente, debatían entre ellos durante horas, proponiendo remedios que se solapaban: unos querían que hiciera una cura en un centro de cuidados vanguardista ubicado en Limache, otros reivindicaban la aplicación del método Coué[10], célebre en esa época. Lazare aceptó todos los tratamientos, siguió religiosamente todas las indicaciones, no discrepó de ninguna medicación. Pero todas las pastillas le causaban migrañas, le trituraban las sienes, le inflamaban la frente, le deformaban el ojo derecho; y sentía que en su cabeza, igual que en un campo de batalla, el cerebro le explotaba como si fueran cien piezas de obús. La tos persistía, la temperatura no le bajaba. Todo el mundo, incluso en el seno de su propia familia, se extrañaba de verle vivo aún. Se despertaba en llanto, con el pecho acalorado de miedo, la herida del pulmón seca de toda sangre. Entonces, vencido, se dejaba caer entre las sábanas, con los músculos atrofiados, el semblante pálido, la sensación espantosa de que el perfil de Helmut Drichmann le miraba desde el otro lado de la cama, sosteniendo en la mano un balde agujereado.

El viejo Lonsonier, que tenía entonces sesenta y cuatro años y empezaba a agregar nuevas variedades de uva a sus hectáreas de viñas, se preocupó tanto por su salud que no pudo sino constatar las derrotas silenciosas del progreso médico.

—No es un médico lo que te hace falta, es un *machi*[11]—declaró.

En aquellos tiempos un *machi* famoso ejercía en Santiago, un

curandero mapuche llamado Aukan que era tan fascinante para las gentes como repelente para los científicos. Aquel hombre extraño, llamado a jugar un papel esencial en la historia de la familia, decía haber nacido en Tierra del Fuego y provenir de un linaje ininterrumpido de brujos y hechiceros. Había cruzado a pie la Araucanía, huyendo de los misioneros y los curas jesuitas que fundaban comunidades donde él se ganaba la vida dedicándose a recetar medicinas sobrenaturales ahí donde fracasaba la medicina natural. En su sonrisa había una pizca de malicia, en las muñecas llevaba aros, y en el dedo índice una sortija que había encontrado en el estómago de un pescado. Su espalda era como un ancho roble, por encima de los hombros le caían largos cabellos negros atados con un broche indígena. Siempre se ponía un poncho que le dejaba descubierto el hombro derecho, llevaba un ancho cinturón de plata adornado con racimos de cascabeles, y un pantalón en pelo de vicuña cuyo borde le rozaba el calzado. Cuando sonreía, sus dientes tenían un brillo azulado; cuando hablaba, sus palabras extrañas, con inflexiones místicas y acento indefinible, parecían venir no tanto de otro país, sino de otro tiempo, de una lengua tan singular que no se podía saber si ya existía o si él la inventaba en el momento.

Cuando Aukan cruzó el salón y vio a ese hombre consumido por la fiebre, habitado de delirios y estertores, tiró por la ventana la torre de medicamentos que se había formado encima de su mesa, descorrió las cortinas, y declaró con solemnidad teatral:

—Los remedios matan a los hombres más que las enfermedades.

Aukan solo se valía de medicinas transmitidas oralmente, sueños premonitorios y almanaques de alquimistas. Tras haber examinado con precaución las cicatrices en el torso de Lazare, siguiendo con el dedo sus bordes aureolados, finalmente tomó partido por las ciencias secretas y los diálogos con los muertos. Reunió a toda la familia en el cuarto para explicar lo que él sabía acerca del pulmón, y logró convencer a Lazare de las propiedades irrefutables de los rituales chamánicos para su curación.

—Todo está en el pasado —le dijo—. Primero hay que reconectarte con tus *pillanes*. El alma de tus antepasados.

Lazare balbuceó algo sobre un tal Michel René, un tío francés del que le habían hablado, pero eso no pareció convencer a Aukan quien, agitando sus cascabeles, trituró una hierbas en un mortero con la sangre de una gallina negra que no había conocido gallo, para hacer una cataplasma. Con gestos acompañados de conjuros, untó una pasta verdosa, grasienta y pegajosa, mezclada con un mechón de cabellos, en la llaga de Lazare. A partir de aquella mañana, le obligó a llevar puesta una vieja piel de cabra, una chaqueta rojiza con el pelo por dentro, pelada en los codos, que apestaba a roedor descompuesto, y le

prohibió tocarse el costado herido. Si Lazare todavía aceptó la locura de ese tratamiento fue porque se daba cuenta desde hacía tiempo de que era vano querer luchar contra la muerte y, si el final se acercaba, prefería quedarse podrido interiormente. La cataplasma permaneció encima de su cicatriz durante una semana, y al cabo de diez días empezó a exhalar un olor a flor marchita, impregnando el aire con un tufo repulsivo de tripas hasta transformarse en una costra seca y marrón, como un pergamino de canela. Era tal el hedor que nadie se animó a visitarle en su casa de Santo Domingo, y en el barrio corrió el rumor de que Lazare, a su regreso del frente del río Marne, se había traído escorpiones en el vientre. Fue Delphine, irritada por esos olores, quien declaró un día, haciendo irrupción en el cuarto:

- No es un brujo lo que te hace falta, sino una mujer.

A fines de septiembre, cuando empezaron a alargarse los días, la familia Lonsonier tomó la costumbre de irse de picnic en los campos de Pirque. En esa campiña a una hora de distancia de la capital, el silencio era total, pero unas rapaces volando alto en el cielo daban gritos estridentes. Un domingo Lazare se apartó del grupo y se puso a caminar por la pradera para respirar el olor de la siega. Con su vieja piel de chivo encima de los hombros, iba entre la hojarasca, deambulando al azar, cuando de repente distinguió a lo lejos unos mercaderes en unas carretas formadas en círculo, vendiendo especias y joyas. Eran hombres jóvenes de piel morena, con manos fuertes y hábiles, ojos estirados como puntas de flechas, que mercadeaban joyas femeninas de la Araucanía. Desplegaban collares fabricados en las minas de plata, cestas de Nacimiento, y en sus brazos cubiertos de tatuajes exponían sus muestrarios de coronas de plumas, alfombras, pulseras de cobre y calabaza pintadas. Un viejo abrió para Lazare una jaula donde dormían unos enormes lagartos blancos, inmóviles sobre unas hojas, con la barriga llena de avispas.

—¿Qué quieres comprar? —le preguntó.

—Quiero comprar un viaje —contestó Lazare.

Los mapuches, acostumbrados a la locura imprevisible de los blancos, no se impresionaron en lo más mínimo y le explicaron que le aceptarían en su caravana si tenía con qué pagar durante un mes. Lazare accedió sin pestañear, con ese mismo fervor que había sentido al alistarse en el ejército. Para no preocupar a su madre, mandó a uno de los niños hasta el grupo del picnic con un mensaje garabateado en un trozo de papel. Media hora después, cuando Delphine vio acercarse a aquel niño mestizo, con sus cabellos largos, un poncho de lana rugosa encima de los hombros, las piernas desnudas, enseguida supo que su hijo había decidido irse a alguna parte para curarse las heridas secretas que el Marne le había dejado. Ante la familia agrupada, leyó en voz alta las palabras escritas con trazos firmes: «Me marcho con el

futuro».

El segundo y último viaje de Lazare al Cajón del Maipo duró veintiún días. Descendió hacia paisajes desolados, hacia unas comunidades que criaban gatos salvajes y cazaban el guanaco a pie. Durante días completos escaló picos y se dejó caer por las pendientes mientras que los cascos de los animales echaban chispas entre las rocas, pasó por campos de quinua donde el crepúsculo tenía el color de las encías de los pumas. En todas las cumbres había una cruz gigante que ni las borrascas ni las tormentas podían tumbar. Por un tiempo, Lazare traficó con pieles de chinchilla y de vizcacha, se alimentó solo de caldo de maíz con aceite de palta. Se quedaba en los valles, donde se cruzó con cuidadores de ganado que cabalgaban a pelo y se iban a las ciudades para vender sus artesanías, mascando yerbas y metiéndose hojas de coca debajo de la lengua. Los nativos le enumeraban los nombres de los insectos como si se tratara de personas conocidas, y le hablaban de unos páramos donde las ovejas tenían la lana más dura que el hierro y las mujeres podían transformarse en narvales.

Aquel aire puro, aquel viaje lejos de todo, el descubrimiento incesante de su tierra, cicatrizaron las lesiones de su pulmón. Las mesetas, unas tras otras, a veces descubiertas, a veces espinosas, con rocas de basalto púrpura aquí y allá, le sirvieron de remedio mucho más que todas las cataplasmas de Aukan. Lazare se sintió tan bien que al cabo de dos semanas decidió dejar su grupo para remontar hacia la cordillera, como quisieron hacerlo los conquistadores que vinieron de Castilla. A mediados de diciembre, en solitario, se instaló unos días en un vergel cuajado de frutas que descubrió en un antiguo fundo en el parque de Río Clarillo, vestigio de un huerto y de un canal de riego abierto por antiguos colonos belgas y ahí, en una hondonada, plantó su tienda de campaña.

Un martes, mientras recogía manzanas en un prado, con la piel de cabra puesta encima de los hombros, un impacto en la espalda le tumbó en el suelo y dos garras poderosas se le clavaron entre los omoplatos. Lazare forcejeó furiosamente, y un pájaro sorprendido por una resistencia a la que no estaba acostumbrado retrocedió aleteando. Lazare se dio la vuelta y entonces distinguió, a un metro de distancia, suspendida en el aire, una magnífica criatura semejante a un águila gris. Era un halcón azul de los Andes que desde sus alturas, confundido por la piel de cabra, se había dejado caer en picado hacia él como si acabara de descubrir algún roedor. Antes de poder reaccionar, Lazare oyó una voz en español:

—Discúlpelo, le confundió con un zorro. ¿Está usted herido?

El miedo en las trincheras le había dejado la costumbre de tener reacciones bruscas. Respondió automáticamente en francés, como si

tranquilizara a algún soldado:

—*¡Ça va!*

Se giró y observó a la mujer que le hablaba. Era la dueña del halcón. Lazare se quedó estupefacto al ver que no se trataba de un hombre de los desfiladeros con olor a carromatos y altas mesetas, sino de una joven con fina silueta, elegante y dulce, de facciones cuidadas, que se le apareció en medio del paisaje vistiendo un traje masculino. Tenía dientes blancos perfectamente alineados y un sombrero de fieltro color crema que derramaba una delicada sombra hasta su boca.

—¿Eres francés? —le preguntó.

Lazare se sonrojó. Con ese flujo de sangre que de golpe le llegó a las mejillas, creyó que la cara le iba a explotar, y la sensación de quemadura le sonrojó aún más.

—Sí.

La mujer se puso un guante de cuero y el halcón se posó en su puño.

—Mi familia es francesa —le confió.

Lazare se extrañó al constatar que la joven no tenía las manos callosas, curtidas por el amaestramiento con el cuero, sino que eran de una refinada orfebrería. Con sus pecas, su cabellera de un rojizo oscuro y sus ojos negros cuya tristeza se confundía con timidez, tenía algo de las jóvenes occitanas. Una nariz en miniatura, una frente tersa, una barbilla puntiaguda, le recordaron el perfil de la mujer cubierta de laureles en las medallas conmemorativas de los combatientes muertos por Francia. Caminaron por la pradera. El calor reforzaba los aromas embriagadores. Lazare mencionó la guerra.

—¿Cuál guerra? —inquirió ella.

Lazare no contestó. Descubría a un ser generoso y acogedor, pendiente de complacer a los demás, y por primera vez saboreaba la sorpresa en la que una caravana de errantes le había precipitado incidentalmente. Pero no recordaba haberse sentido tan incómodo delante de alguien, tan avergonzado de sus manos grandes, de su salud frágil, de sus brazos caídos, desde aquel día en que se había mirado en el espejo antes de irse a la guerra. Al día siguiente la vio dando de comer al pájaro posado en su puño, de pie en una pequeña colina cubierta de rosales. Por un instante se sintió decepcionado al no hallar en sus ojos la delicadeza que había creído percibir la víspera. Pero los paseos se repitieron y durante cuatro días, ya acostumbrados a verse, Lazare se puso a buscar la rendija por donde metérsele en el corazón.

Se enteró de que ella se llamaba Thérèse Lamarthe y él, que en su juventud había sido un gran lector, reconoció en ese nombre la sonoridad de un personaje que había habitado las tragedias del

romanticismo francés. Thérèse debía de tener dieciocho años, sus lejanos antepasados le habían legado una figura de afable feminidad y unos andares seguros. Se ataba el cabello en un moño alto y exhalaba con cada gesto un fresco olor a rapaces y tiras de cuero. En aquella época las mujeres no salían sino envueltas en una gran mantilla de encaje negro en la cabeza, que les cubría los hombros y ocultaba con sus amplios pliegues las formas de las caderas. Pero Thérèse solo llevaba un sombrero francés con unos adornos, inútiles coqueterías en su traje de cazador cuya elegancia contrastaba con su función.

Lazare lo ignoraba todo de las mujeres y tampoco sabía que existían usanzas seculares en la seducción. Así pues, por ignorancia más que por galantería, la cortejó al estilo antiguo, bastante torpe, hasta el punto de que una noche, sentados en las raíces de un álamo, fue la propia Thérèse quien le tomó la mano con suficiente insistencia para despertar en él su sepultada valentía de soldado. Ella recordaría luego que al observar los ojos de Lazare, con sus párpados rosados, creyó percibir en ellos un velo brumoso, propio de un destino precoz.

—Este hombre morirá joven —pensó.

No había transcurrido un mes desde el picnic de Pirque cuando Lazare regresó a Santo Domingo, hablando un español mezclado con palabras de un lenguaje andino, rejuvenecido y fuerte, seguido por una carreta en la que viajaba Thérèse como una nómada, con un anillo en el dedo, hecho con un bejuco de junco. Al ver a su hijo y a su futura nuera, Delphine se puso roja de emoción comprendiendo la noticia del noviazgo, y cuando corrió a contarlo a su marido, instalado en su mecedora, el viejo Lonsonier no pudo contener un entusiasmo admirativo:

—¡Qué muchacho! —exclamó—. Fue donde los indios a buscarse a una francesa.

La boda se celebró durante la segunda semana de diciembre. Thérèse llevaba un vestido azul de satén bordado en punto de rueda, con un largo velo de tul sostenido por dos niñas. Todas las familias francesas de Santiago y otras ciudades de los alrededores fueron invitadas y llegaron de las faldas de la cordillera, cargadas con cajas de sus mejores crudos, grandes floreros blancos y ramos de flores en cascada para asistir a la bendición del obispo. Fueron sacrificados dos corderos, servidos en unos platos pintados a la manera de Bonnard después de haber sido asados en el jardín, y la velada prosiguió en el salón de Santo Domingo donde todos los cojines, hechos con telas de tonos descoloridos, estaban bordados con las iniciales entrelazadas de la pareja.

Hacia la medianoche Thérèse subió a la habitación. Cuando Lazare la alcanzó, el cuarto estaba con vaho, como si hubieran preparado un baño. Frotó una cerilla y una llama frágil dibujó un círculo de luz en

la penumbra. Entonces descubrió a Thérèse desnuda, rebosante de juventud, de una hermosura arrogante, acostada en el centro de la cama. Él no había sospechado que la desnudez de una mujer pudiera contener tantas colinas, picos, barrancos y grietas. Thérèse parecía haber cultivado esa virginidad en una oscuridad telúrica, al amparo de miradas, retrayéndose púdicamente como un halcón tímido, y Lazare quiso creer que ella se había reservado únicamente para entregarse a él. Al contacto con su cuerpo notó que ella tenía la piel tan suave como una pelusa de melocotón humectada durante horas en ámbar de melaza, perfumada con una fragancia de miel. Pero cuando acercó su rostro al de ella, bruscamente un fuerte olor a limón hizo resurgir de su memoria el fuego de los combates y las reminiscencias de la guerra.

Lazare retrocedió. El cuerpo se le cerró de repente como un puño. Los músculos se le tensaron, la boca se le arrugó, y al momento le vino un vértigo acompañado con disculpas confusas. Se bajó de la cama, caminó por el cuarto, molesto, incómodo, mostrando así a Thérèse las imperfecciones tanto de su cuerpo como de su corazón.

Ella sospechó entonces que ese hombre llevaba dentro de él una herida muda que podía volver a abrirse con cualquier movimiento imprudente, cualquier olor inesperado, cualquier palabra inapropiada. Empezaba a conocer su silencio torpe, lleno de heridas secretas. Aunque ella no había vivido los horrores y las angustias de la guerra, tenía la impresión de poder experimentar en su mente los mismos sacrificios y las mismas veneraciones que Lazare.

Para que él se calmara le atrajo hasta la bañera, en la que echó flores de aciano y de cilantro. Lazare se dejó frotar la espalda con una esponja y el torso con aceite de coco para atenuar la cicatriz de su pulmón. Con cuidado y esmero, ella devolvió la suavidad a lo rugoso de esa piel, le masajeó los músculos tensos y, con gesto inocente, le metió lentamente el brazo entre las piernas hasta que, con mano aplicada y hábil, le restituyó un vigor que él no había creído volver a sentir. Solo entonces ella se metió en el agua junto a él, como una planta marina, puso la cabeza contra su pecho y se le estrechó, inmóvil y entregada, cobijándose ya en las mil noches por venir, en las discordias y reconciliaciones de las que iba a formar parte mañana.

El agua que anteriormente había separado a Lazare de Helmut Drichmann le acercaba ahora a esta mujer con la que descubría el amor por vez primera. Sintió brotar un apetito voraz y guerrero en su corazón, un torrente difícil de controlar. Inspirado, hizo traquetear la bañera en sus patas de león con tanto entusiasmo que la bombilla que alumbraba la entrada de la casa se puso a parpadear, y durante un mes los vecinos le saludaron con incómoda reverencia. Lazare nunca olvidó la noche en que esa mujer le devolvió el gusto por los olores cítricos, los cuerpos apiñados, los sudores mustios, abrazados ambos

en la bañera de hierro fundido que había sido la del primer Lonsonier y que era bastante ancha para recibir ahora a una nueva generación.

EL MAESTRO

En 1887 un joven trompetista oriundo de Sète, Étienne Lamarthe, dejó la fanfarria de su pequeña ciudad y decidió irse a tocar música al otro extremo del mundo. Se llevó con él treinta y tres instrumentos de viento encerrados en unos cofres de madera de ciprés, sellados con clavos de plata. En el puerto de Valparaíso aquel joven moreno de tez pálida, que no hablaba ni una sola palabra de español, desembarcó con catorce flautas, ocho saxófonos, seis clarinetes, cuatro trompetas y una gigantesca tuba en una caja metálica que parecía llevar adentro un náufrago clandestino. Durante tres días recorrió nueve leguas de llanuras en un carromato arrastrado por una mula ciega, transportando esa orquesta bajo un calor sofocante, cuidando su buena conservación con cautela maternal y armoniosos sortilegios, hasta alcanzar Limache, en el valle del Aconcagua, un pueblo sembrado de tomates y orquídeas.

Se instaló en una casa con patio y jardineras de cemento cuyos motivos, rayados como la piel de cebra, recordaban las líneas de un pentagrama. Al día siguiente empezó a reclutar voluntarios para enseñarles el solfeo y fundar una pequeña banda. Clavó un cartel en su porche a la vista de todos, redactado en una lengua imprecisa, en el que escribió: Escuela de Música. Luego, abrió su puerta y no volvió a cerrarla durante sesenta y siete años a fin de que todas las almas poéticas de Limache supieran que él se había establecido ahí.

En pocos días, apenas quitado el polvo en el salón sin muebles ni adornos, este se transformó en una escuela frecuentada por inexpertas panaderas que aprendieron a soplar en las flautas, agricultores que se instruyeron en los acordes del clarinete, y jóvenes lavanderas que iban a practicar sus escalas con abnegación y paciencia en el silencio de los pinos. Étienne Lamarthe se hizo traer de Santiago un piano que apareció sin patas, golpeado en las esquinas, transportado en una carreta cargada de cestas de sandías, con dos teclas negras faltantes, y que pudo ser afinado gracias a un zapatero, con los cordones de unos botines. Compró un arpa destripada y algunos violines enfermizos, blanqueados en el mango y desgastados hasta el entramado, pero que Étienne Lamarthe sincronizó con tanta pasión y devoción que después

de su muerte acabaron considerados como reliquias sagradas.

Pronto los cursos fueron asiduamente frecuentados y los ensayos ya no estuvieron faltos de músicos. La única comisaría del pueblo toleró las improvisaciones nocturnas y nunca hubo noches tan melodiosas, pues hasta las horas de la madrugada aún se oían sonar trompetas amortiguadas con pañuelos de viudas. Tanto empeño pusieron en constituir ese conjunto musical, que al cabo de tres meses, adoptando una disciplina militar, los nuevos artistas de aquella aldea interpretaron enfrente de la alcaldía un humilde repertorio, ofreciendo así por primera vez desde la fundación de Limache, ante un pueblo de ríos y colinas, un concierto de música barroca.

El concierto tuvo tanto éxito que Étienne Lamarthe, pronto apodado El Maestro, se convirtió en poco tiempo en el hombre más respetado de la región. Con la cabeza siempre llena de proyectos, la casa siempre repleta de músicos aficionados, hizo traer de Lima y São Paulo más instrumentos para fundar una orquesta sinfónica, ejecutando personales arreglos de óperas italianas a fin de ser ejecutadas sin dificultad por gentes que ni siquiera habrían podido ubicar Roma en un mapa. Asimismo, propuso cursos de canto lírico en su cocina y en diciembre de 1900, cuando estaba festejándose el nuevo centenario, dio de qué hablar hasta en la capital al ofrecer, en esa apartada campiña, una representación de la Norma de Bellini frente a la intendencia rodeada de majadas, en un escenario hecho de veinte tablones y ocho toneles, con un decorado construido por el enterrador del cementerio. Para conmemorar aquel momento único, se erigió un busto de Bellini en cobre de Chuquicamata, que permaneció en la plaza de Limache por más de cincuenta años, macizo y digno, mirando hacia la escuela de música, y de ahí no se movió hasta ser enterrado con el Maestro cuando este falleció.

Cuatro años después de su llegada a Chile, Étienne Lamarthe se había convertido en el mejor partido de la región. Se casó con Michèle Moulin, hija de unos franceses ricos que poseían fábricas de calzado. Tuvieron dos hijas; Danièle y Thérèse, que crecieron en un mundo de óperas y sinfonías, estudiaron el solfeo antes que el español, y sus primeras palabras fueron unas notas musicales. Danièle aprendió a tocar el saxofón mientras que Thérèse, revelándose poco hábil con las maderas, desarrolló una voz tan hermosa que a los ocho años, sin partitura, lograba cantar arias de Verdi y de Puccini con una inocencia que se hizo proverbial.

Pero en los últimos días de noviembre una epidemia de tosferina azotó la aldea. Aunque era de salud robusta, Thérèse empezó a tener una tos desgarradora y fue enviada a la montaña, en las vertientes de la cordillera, siguiendo los consejos de los médicos del pueblo que defendían las virtudes de la pureza del aire en la altitud. Apartada

entonces de acordes y conciertos, separada de las grandezas de Verdi y las óperas de Bellini, Thérèse descubrió el silencio de los pájaros, hecho de arrullos y gorjeos, accediendo así a un mundo inviolado donde otro canto, despejado, imponía su triunfo y su ley.

A los dieciséis años se instaló permanentemente en una hacienda para estudiar ornitología. Alquiló un cuarto en la aldea del Melocotón, anidada en las alturas del parque nacional Río Clarillo, apenas conectada al resto del país por caminos peligrosos y senderos de muleros. Un día, mientras participaba en una expedición por las crestas de la cordillera, Thérèse escaló en cordada con sus compañeros hasta unas cimas sin nieve, atravesadas por agujas verticales y cuyos glaciares habían quedado derretidos por el sol unos meses atrás. El guía estaba explicando algo sobre la vegetación endémica de los cuatro mil metros de altura cuando, de pronto, un ruido al borde de un acantilado le llamó la atención. El guía detuvo al grupo, haciendo gestos para que todos se escondieran detrás de unos arbustos. Se movieron agachados, casi reptando, hacia una tapia hecha de rocas que resguardaba el borde de un precipicio. Thérèse asomó el rostro entre el follaje, por encima de las piedras, y fue entonces cuando lo vio.

Era un cóndor gigante, solitario en la montaña, inmenso por encima del vacío, con un manto de plumas metálico y cuya cabeza pelada salía de una gorguera blanca. La cresta entre sus ojos se elevaba como una piel dura, amarilla y malva, surcada por un haz de venas y levemente doblada en la punta, semejante a la corteza de un roble. El grupo, inmóvil, conteniendo la respiración, observaba la negra quietud de esa criatura que estaba caminando alrededor de su nido como un monstruo alrededor de su antro. El cóndor se enderezó y abarcó el valle con la mirada, insolente y perfecto. Solo entonces chasqueó la lengua y abrió las alas, llenando así con un solo movimiento una anchura de tres metros y medio. Echó el pico hacia atrás, sacó el pecho, y de su vientre brotó hacia el abismo un sonido cavernoso. Fue primero como una esquirla de piedra, un quejido repetido, una especie de estornudo entrecortado, y prosiguió con un soplo salvaje y seco, como un árbol cortándose de raíz, cuyo eco se extendió a varios kilómetros a la redonda. No era un grito, sino un ronquido sublime de fealdad, una música extraña, y cuando ese sonido alcanzó su plenitud, la voz se dejó caer con un breve silbido cortante que dio paso a una calma imperiosa.

Esa escena provocó en Thérèse una fascinación como nunca volvió a sentir hasta diez años después, cuando dio a luz a una niña dentro de una pajarera de bronce. Quizás percibió una advertencia, el descubrimiento suntuoso e infame de que el animal tenía en lo profundo de su garganta todo lo que la ópera intentaba meter en la de

Thérèse. Así pues, solo ciertos valles encajonados, solo ciertas montañas, solo ciertas demencias geológicas podían rivalizar con las más grandes arias. Ella, que era un ser puro y sin artimañas, de una ingenua imprudencia, que había sido educada para cantar ante el mundo, sintió una metamorfosis cuyo alcance no captó de inmediato.

A los dieciocho años pasó de estudiar las aves a amaestrar rapaces. En aquella época, la cetrería era ejercida solo por escasos aficionados que adiestraban aves de rapiña en las llanuras secas y abundantes en caza, bajo un cielo despejado, en el marco de unos grupos estrictamente masculinos. Ella se ganó su puesto difícilmente en ese nido de hombres con manos como garras, que veían presagios en todos los vuelos y que, acostumbrados a presenciar las depredaciones de sus halcones, habían reforzado su resistencia a los afectos de la amistad. Desde entonces Thérèse entró en un mundo donde los pájaros ya no eran símbolo de inspiración poética, de envidiable libertad, de promesas de evasión, sino un pueblo con picos ganchudos y de mitologías nocturnas, cuyos gritos evocan el canto de los sapos y cuyas garras pueden torcer el plomo.

Fueron tiempos en los que vivió momentos difíciles, vejaciones por parte del equipo, injusticias vinculadas a su género. Los mismos latidos y los mismos rasgos dibujaban su rostro naturalmente delicado, pero la rebelión desatada en ella por el arte de la caza le modificaba la expresión. Tenía veinte años cuando obtuvo su licencia. Había logrado amansar un halcón de los Andes, de plumaje claro, con el pecho salpicado de pequeñas manchas, y cuyos ojos eran capaces de distinguir una moneda de un céntimo a cien metros de distancia. Por su color de piedra, lo llamó Niobe. Con arte, lo llevaba encima de su muñeca, atando un cordón en las tiras de las patas, que se confundía con una rama de avellano. Todos los días lo pesaba antes de cada entrenamiento y anotaba la cantidad de comida que le daba, el tipo de ejercicio, sus reacciones cuando lo llamaba en pleno vuelo. Tan pronto como el pájaro aceptó sin timidez descarnar y picotear desde su puño, Thérèse pudo llevarlo de paseo a través de matorrales y mesetas azotadas por los vientos, hectáreas en descubierto recorridas solo por pastores y peregrinos solitarios.

Al cabo de un mes el halcón pudo cazar. En cuanto veía a lo lejos alguna presa huidiza, tensaba los músculos como un puma antes de saltar, estiraba el pescuezo, clavaba la mirada en la llanura y, lacerando el cuero con las garras, se abalanzaba rasgando el aire. Se acostumbró a volar más lejos, cerca de los campos resecos cubiertos de laureles y flores de sabana, donde a veces unos viajeros armaban sus tiendas de campaña.

Un día en que el viento venía cargado de un remoto olor a carroña, guiado por su instinto, el halcón rastreaba el hedor de alguna carcasa

que no lograba localizar. Desde lo alto en el cielo, notó por fin un pelaje de zorro entre las hierbas y se lanzó en picado, atacando por detrás a una velocidad fulgurante, con las garras sacadas, concentrando toda su energía en una formidable caída, pero chocó con un chaquetón de piel de cabra.

El halcón retrocedió, asustado por esa masa mucho más gruesa que él. Lazare Lonsonier, golpeado, dio un grito. La sorpresa los separó de un solo brinco. Thérèse acudió inmediatamente.

—Discúlpelo —exclamó—. Le confundió con un zorro.

Volvieron a verse unos días después y así fue como durante los treinta años de matrimonio que siguieron, cada vez que Lazare se bañaba con Thérèse bendecía el día en que Aukan le había colocado una piel de cabra sobre los hombros. Después de la noche de bodas, Thérèse quedó embarazada. Su rostro adquirió el color de un tallo de camomila. Solo comía melocotones rojos y sopa de choclo, y tomó por costumbre untarse gel de aloe vera en el vientre para evitar las estrías. Gozaba de tanta salud, de tanto vigor, que pudo llegar a su décima semana de embarazo sin tener náuseas ni un solo minuto. Para prevenir fisuras cutáneas se pasaba zumo de caña por los senos. Para mejorar la calidad de su leche cuidaba su alimentación y repetía conjuros mágicos que espantaban el mal de ojo. Desde su boda, ella era la que se ocupaba del aseo de su marido, le recortaba la barba, le llenaba la bañera con agua tibia para calmarle el pulmón, pero ahora era él quien la atendía en su aseo, le echaba talco en el cuello, le recortaba las uñas de los pies con una tijera de plata.

Delphine y el viejo Lonsonier comprendieron que la pareja necesitaba tener su espacio. Se marcharon de la casa de Santo Domingo sin ruido, con una discreción llena de enigmas, y se instalaron en Santa Luna. Ni siquiera Lazare se percató de que para entonces su madre ya estaba sumida en un mundo paralelo, con el corazón desmoronado por la muerte de sus dos hijos, agobiada por una profunda tristeza, y solo fue más tarde, al comprender que no volvería a verla, cuando marcó aquél día en que ella se marchó como una fecha importante en su vida.

Una tarde de junio, sintiendo llegar una tormenta interior, Delphine salió de su cuarto en Santa Luna un poco antes del atardecer, para dar su paseo habitual. Se colocó su pamela, se puso en los dedos sus sortijas hechas de medallas fundidas, y se dirigió hacia un lago donde unos sauces sin hojas dejaban colgar sus ramas. La vieron irse hacia la laguna de regadío dejando tras de sí todas las ventanas abiertas, descuidando cerrar la puerta. En vez de quedarse en la orilla de la laguna, siguió avanzando sin aminorar el paso, dejándose cubrir por el agua hasta desaparecer, como si quisiera alcanzar el centro del

pantano. Dicen que siguió caminando hasta donde se lo permitió su respiración, mecida por esa pradera submarina, rodeada por una danza espectacular de espigas de agua y otras plantas acuáticas, y que en sus pulmones entraron dos peces dorados. En pocos minutos la mitad de la laguna penetró en su cuerpo como en el de un manatí, de modo que su cadáver nunca salió a la superficie y se necesitaron tres buzos para arrancarla de esas aguas viscosas que ya habían empezado a tragársela.

Su tumba quedó instalada a orillas del bosque, sobre un promontorio de piedra, cubierta de begonias y flores de cerezo, a sesenta y seis centímetros de profundidad. Delphine fue colocada en un ataúd de un metro ochenta, de madera de olivo, sobre el que se fijó una placa de metal que llevaba su nombre. Pero su cuerpo, en las oscuridades de la tierra, estaba tan empapado tras haberse ahogado que de sus poros rezumaba un aceite terroso, totalmente impregnado de un aroma a tierra mojada, cargado de plantas acuáticas y escamas de peces. Al cabo de dos días la sepultura quedó inundada. Brotaba tanto fango de la tierra que al final de la semana el promontorio ya no era visible, y hubo que desaguar cuarenta litros mediante un tubo que quedó obstruido por una sortija de bronce.

El viejo Lonsonier llevó un luto severo y nunca volvió a casarse, respetando una viudez discreta, lejos de conveniencias y cortesías. El segundo miércoles de julio decidió sanarse el alma enviando todas las cosas de su esposa a Santo Domingo. Así fue como llegó a la capital la noticia de la muerte de Delphine, acompañada por cofres y baúles que se amontonaron en la entrada de la casa. No se había visto tanto equipaje desde la época de las experiencias culinarias, cuando Lonsonier y Delphine estaban recién casados. Durante nueve meses las habitaciones se colmaron de fardos, cajas con asas en forma de dragón, desusados maletines para el aseo, estuches en cerámica y cepillos de pelo de camello, encajes de seda y velos color ciruela. Todo llegaba en un revoltillo de elegantes embalajes sin que casi ninguno fuera abierto, sin que el tiempo o las polillas pudieran dañarlos. Thérèse, con varios meses de embarazo, vigilaba y dirigía las operaciones, sentada en una silla de mimbre, cruzando las manos sobre la curva de su vientre adornado con un cinturón de perlas de imitación. De todas aquellas cajas hubo una que fue colocada verticalmente con religiosa cautela. Lazare iba a recordar muchos años más tarde que aquel invierno había llegado el primer pájaro de la casa dentro de una caja de pino natural, envuelto en un fuerte olor a ajo silvestre.

Era una jaula amarilla protegida con alcanfor y plumas artificiales, que contenía dos varillas, una de las cuales era un columpio. La jaula era tan pesada que hacía falta la fuerza de dos hombres para cargarla.

Cuando la abrieron cautelosamente, Thérèse descubrió adentro una sublime criatura de los bosques nórdicos, probablemente capturada en la región de Flandes, en lo profundo del Monte Negro, cerca de Bailleul, entre pinos nevados y campanarios malditos.

—Los búhos son señal de buena suerte —dijo.

El búho tenía un plumaje de rey mago, malva pero rojizo en el pecho, unos ojos dorados y un pico corto y puntiagudo. Su postura tenebrosa le daba un aire de pintor holandés. Thérèse se ocupó enseguida de él con una ternura metódica, pronto asistida por Lazare, quien evaluaba en silencio, con mirada celosa, ese animal que exigía hoy la atención que antes se le brindaba a él. Primero, Thérèse quiso alimentarlo dentro de su caja de origen, sin moverlo de inmediato por temor a traumatizarlo. Le puso música, tal como había leído en un libro, y compró discos de canciones belgas para evitarle el desarraigo. Le hablaba con una alegría arrulladora, mezclaba sus semillas con complementos alimenticios, y prohibía que lo dejaran solo. Las habladurías del vecindario relacionaron el pájaro con un exilio de guerra. Dijeron que como todos los bosques de Francia estaban incendiados, hasta los pájaros tomaban el barco. Creyeron que el búho provenía de la brujería flamenca o que salía de un cuento de la mitología escandinava, que transmitía enfermedades a los recién nacidos; pero como un miembro de la familia, haciendo oídos sordos ante ese alboroto, imperturbable y tenaz, el búho se adaptó con facilidad. Creció, se le alargaron las plumas, subió de peso, y habría acabado pareciéndose a un águila si la dictadura, muchos años más adelante, no le hubiera metido un balazo entre los ojos.

Inspirada por tan buena aclimatación, Thérèse hizo una lista rigurosa de especies que pudieran eventualmente cohabitar con el búho. Iba y venía por intervalos al museo de historia natural, de donde regresaba ebria de literatura ornitológica acerca de la alimentación del pájaro carpintero, el bigote de los herrerillos, los celos de los inseparables, la rareza del abejaruco. Mientras la barriga le iba creciendo, poco a poco, uno tras otro, importó pájaros que ingresaron en la familia Lonsonier tras haber pasado secretamente por las aduanas, como si se tratara de productos de contrabando. A veces las cajas traían también huevos verdosos y moteados, escondidos bajo manojos de paja, puestos por los pájaros durante la travesía y que las sirvientas trataban de incubar con sábanas calientes, corriendo por todas partes para buscar lugares donde colocarlos. Pronto las habitaciones de la casa se llenaron de jaulas corroídas por la sal del océano, sacudidas por un torbellino enloquecedor de mirlos y zarcetas, pardillos melodiosos y cornejas manteladas, alondras comunes y garzas reales, revoloteando en desorden, ebrios de libertad.

Al cabo de un mes superaron en cantidad a los habitantes de Santo

Domingo y los olores a excremento volvieron el aire irrespirable. Los pájaros invadieron las perchas astilladas como si fueran cordadas de notas musicales negras, se posaron en unos comederos instalados a unos centímetros del techo, charlando como colegialas, esponjándose y piando en coro con un sonido de castañuelas. Dos jilgueros higanos, con bonete y babero, llegados dentro de un hatillo, sobrevolaban las escaleras en un impulso común, y un miná sagrado, semejante a una madona italiana, cantaba entre los libros de la biblioteca. Un cucú se acostumbró a dejar sus plumas remeras, como teñidas de petróleo, en el nido de los demás. Las parejas de capuchinos arroceros fabricaban sus hogares con ramitas dentro de los armarios, entre las sedas dobladas de las que salían gorjeos de pajarillos, mientras que los capuchinos culiblancos, rechonchos como presidiarios, con la barriga veteada de espiguillas blancas, picoteaban cuadros que representaban bodegones confundiéndolos con manojos de llantén. En todos los rincones, en el cuarto de baño y en la cocina, siempre había pequeños cuencos con semillas de girasol, maní, nueces picadas, pero también huevos de hormigas y de polillas, que Thérèse disponía como un camino señalizado pero que Lazare vaciaba con exasperación. Compraron un gallo por ser símbolo de Francia, y hasta una urraca rescatada de las llamas, pues, tras conseguir un ascua en el suelo había quemado su propio nido.

Pronto la paciencia de Lazare llegó a su límite. El día en que regresó a casa y constató la prodigiosa cantidad de pájaros, los excrementos en las ventanas, las alfombras manchadas, estimó que el asunto se pasaba de la raya.

—Si hay que convivir en esta casa, que sea cada cual por su lado.

Se le metió en la cabeza construir una pajarera. Efectuó varios viajes fuera de la ciudad, de los que regresaba cargado de todo un inventario de materiales de construcción. Calzando gruesos zuecos forrados de paja, cubierto con un viejo abrigo de vendedor ambulante, cortó madera, encajó espigas, desenrolló mallas de alambre, acopló conectores, colocó un techo, empernó ménsulas.

Al final del mes la pajarera quedó erigida en medio del jardín. Tenía el aspecto de una pequeña pérgola con varas metálicas y una sola puerta, cerrada con un pestillo en forma de salamandra. Estaba protegida de las corrientes de aire por un domo en bronce que dejaba pasar la luz, y en el centro brotaba un manantial subterráneo, llenando una pila de mármol para dar de beber a los pájaros. Para Lazare, ese sonido del agua corriendo era como un signo de riqueza, casi de ostentación, pues se daba el lujo de dejarla correr libremente por el simple placer de oírla. En esa construcción de cuatro metros de altura, con el suelo de hormigón para evitar las intrusiones de las comadrejas, instaló jaulas de mimbre para las tórtolas, casitas para los

jilgueros y, colgados de las rejillas, una decena de huesos de sepia para que los canarios pudieran afilarse el pico.

Thérèse organizó el exilio colectivo. En una semana hizo trasladar cerca de cincuenta pájaros de veinticinco especies diferentes. Iba y volvía con método, ordenaba la disposición del lugar, verificando la alimentación. Con un libro en la mano, disponía bastoncillos a base de huevo y naranja, retornando así durante ese periodo a las tareas rurales que hacía en sus años de juventud en Río Clarillo. Dos días después, en una tarde clara, mientras llenaba unos nichos, sintió un dolor tan agudo en el vientre que tuvo que sentarse en el centro de la pajarera. El niño se movió ferozmente dentro de sus entrañas, se agitó violentamente en su profundidad, pero el traslado de los pájaros, la puesta en orden de la casa, las faenas del huerto la habían preparado físicamente para ese momento. Así que cerró la puerta de la pajarera, se alzó la falda y, ante la mirada desconcertada de los capuchinos arroceros, se dispuso a dar a luz encima de un suelo de virutas de pino.

Y entonces fueron horas de gritos, respiraciones y contracciones que atrajeron a todas las matronas del vecindario y a todos los niños del barrio, de modo que rara vez se dio un parto como el de Thérèse Lonsonier, con tantos testigos. En el suelo, recogida sobre sí misma, luchó contra ese ángel invisible que emanaba de ella, rota por su presencia incandescente, dejándose guiar por las extrañas y deformes pupilas de los gorriones y los canarios. Ese desgarrón que seguía abriéndose entre sus piernas, esa cabeza fétida y empapada que se asomaba, era la difícil ofrenda que ella hacía al mundo, pero también la apropiación celosa por parte de toda la pajarera exigiendo su bautizo. Una pequeña bola cubierta de sangre y de plumas salió del vientre de Thérèse y rodó de cabeza, como un huevo, en medio de un tumulto de pájaros piando, de un concierto de gritos y alaridos. El minúsculo rostro cubierto de plumones de buitre miraba el domo de bronce desde donde el búho de Thérèse estaba observando con majestuoso silencio. La niña se enrolló en el brazo de su madre como si se enroscara dentro de un nido, y fue entonces cuando algo se derritió con intensa ternura en el corazón de Thérèse. Asombrada por la repentina bendición que acababa de caerle encima, alzó a la niña entre sus brazos y ese nacimiento constituyó un cambio tan impactante en su equilibrio que a partir de entonces clasificó los eventos fechándolos antes o después de aquel día.

Margot nació un sábado festivo a las ocho de la noche. La niña, cuya primera visión fue la de cincuenta pájaros en sus palos, nunca logró quedarse dormida en otra parte que no fuera la pajarera. Al atardecer, Thérèse tenía que trasladarse hasta la gran jaula e instalarse en el centro, en un taburete, para aguardar a que Margot cerrara los

ojos mientras la noche las envolvía en un enjambre de libélulas y mariposas de color ocre. En aquel tiempo Santiago ya había perdido su aspecto de aldea con siluetas oscuras que iban cubiertas de mantillas y grandes sombreros de damas, con guirnaldas de estuco en sus fachadas, para convertirse en una capital cosmopolita, cruzada por rieles de tranvías, cables y anchas avenidas. Empezaban a crecer edificios altos, y los suburbios ayer poblados de fincas y gallineros cercaban los límites de la capital como la corteza de un árbol. Familias ricas se instalaron en los barrios de Brasil y República, empezaron a pasearse por la Plaza de Armas, decorada con senderos serpenteantes, lagunas y quioscos de música. Todo era prosperidad, ascenso material, progreso social. La Casa Francesa de la calle Estado, con su enorme cartel parisino, añadió un tercer piso a su tienda, y frente al edificio Unión Central se inauguró el cine Lumière.

Thérèse tomó la costumbre de salir a pasear todos los domingos con su hija por el cerro Santa Lucía. A medida que Margot iba creciendo se notaba que no le gustaba la compañía de los demás niños. No corría por el jardín con el pijama desabrochado, no bebía el agua de los juncos en el río Mapocho, no se escondía entre los arbustos espinosos y la maleza. Su humor solía ser llano, opaco, encarcelado dentro de alguna fortaleza secreta. No mostraba interés por nada, no sentía ninguna curiosidad. Iba pálida y discreta, siempre con unos vestidos cerrados que tenían cuellos de encaje azul, sin manifestar la menor disposición hacia los juegos infantiles. Propensa a la ensoñación, no tenía amigos de su edad, era capaz de pasar un día completo sin pronunciar ni una palabra. Nada en ella dejaba presagiar a la mujer peleona, con ambiciones fabulosas y extravagantes, con victorias clamorosas que más adelante fascinaría a la gente.

De los Lonsonier había heredado la sangre del Jurá, los ojos de otoño y el porte digno. Encarnaba ese mutismo arrogante de los pueblos de tierra adentro. De los Lamarthe le venía su mediterránea inclinación a sorprender con sus breves rebeldías en el momento menos pensado. Esa mezcla hacía que a ratos escasos se la viera asaltada repentinamente por inesperadas alegrías, placeres furtivos, grandes gozos que desaparecían enseguida, como fuegos fatuos. Su madre fue tal vez la única en comprender la distante ensoñación de su hija que los demás confundían con frialdad de carácter. Así que Thérèse se trajo a Aukan, quien se había ganado la confianza de los Lonsonier desde aquel día en que trató de curar a Lazare. Esta vez llegó brincando con tanta ligereza, tan joven y fresco, tan perfumado e infantil que Lazare comentó que el tiempo no parecía afectar a los brujos. Este se defendió:

—Yo no soy brujo. Soy sicologista.

Creía decir esa palabra en francés porque así le sonaba a artista.

Llevaba puesta una piel de vicuña provista de una capa de lana que le caía sobre los hombros. Como único equipaje traía un pequeño zurrón de cuero lleno de huesos de dinosaurios. Explicó que se trataba de los restos de un herbívoro de quince toneladas y doce metros de alto que vivió hacía setenta millones de años, descubierto recientemente por él cuando hacía excavaciones en el sur de Patagonia.

—Sus huesos valen más que unos diamantes —dijo altaneramente.

Mientras conseguía algún mercado donde venderlos, pero también porque estaba convencido de que los traficantes de objetos arqueológicos los codiciaban, pensó que la casa de Santo Domingo era un lugar conveniente para ocultarlos. Fue así como unos fósiles prehistóricos quedaron en un estante de la cocina, guardados en una caja de galletas, y cuarenta años después una joven enfermera los confundiría con unas patas de pollo.

Tranquilizado, Aukan se instaló frente a la pequeña Margot y esta, sentada en un sillón de mimbre, chupándose el dedo, le miraba con sus grandes ojos vacíos. Thérèse le preguntó si tenía hijos, Aukan respondió:

—Tengo cien hijos.

Además de los trozos de dinosaurio, se había traído en el bolsillo un tesoro que guardaba solo para ella: en medio de una luz tamizada, con el tintineo de sus pulseras, Aukan desarrolló un discurso que parecía aprendido de memoria y que trataba de picos nevados, travesías de pampas, caminos místicos y bosques de invierno donde vivían unos indios que consumían *ibadú*. Explicó que cuando los indígenas mascaban ibadú lograban elevarse en el aire hasta llegar a cuatro metros del suelo.

—Cuando pasé mi bastón por debajo de sus pies o por encima de sus cabezas para descubrir algún truco, comprendí que estaban practicando la levitación.

Margot se agitó en su silla

—¿La levitación? —preguntó, escrutando a su madre.

—Son cuentos de *machis* —explicó Thérèse con gesto indiferente.

Entonces Aukan sacó de su bolso un pequeño tubérculo blanco, duro y seco, como una raíz de helecho, y lo frotó entre sus manos.

—El ibadú es mucho más que eso.

Juntó las palmas de las manos, metió la nariz por la abertura y aspiró con fuerza. Los ojos se le pusieron en blanco, sus mejillas palidecieron.

—Présteme su sortija —dijo a Thérèse.

Aukan tomó la joya. Frunciendo el ceño, con profunda concentración, invocó las fuerzas celestes, separó sus palmas, y la sortija quedó suspendida entre ambas manos como si flotara en el aire.

Aukan hizo que revoloteara con gracia, como una mariposa, moviendo sus dedos alrededor para demostrar que no había ningún truco. Después de algunos segundos Aukan cerró sus puños. Suspiró como si acabara de hacer un inmenso esfuerzo, devolvió la sortija a Thérèse, y luego se permitió un silencio, un silencio sabio y respetuoso que parecía anunciar una verdad.

—La levitación es el futuro.

Margot abría los ojos con un asombro que nunca se le había visto. Frente a los Lonsonier y animado por las miradas admirativas, Aukan se puso a enumerar las levitaciones de los caciques de su comunidad así como las de los chamanes y médiums, relatadas por los antiguos cronistas de Nacimiento, ignorando que así estaba dando a Margot lo que más tarde se convertiría en la única obsesión de su vida.

Mencionó a su hermano Huenuman, que durante un ritual se había quedado suspendido en el viento durante tres días, sin alimentarse, y hubo que bajarle con una cuerda antes de que se cayera de hambre. También al jefe indígena Rutra Rayen, quien fue sorprendido por un misionero elevándose desde el suelo hasta la altura de un codo y quedó inmortalizado en los vitrales de una iglesia europea. Mencionó el caso de dos cazadores que, tras haber consumido ibadú, ascendieron tan alto que se perdieron de vista y no fueron encontrados sino unas horas más tarde, aterrados y mudos, sentados en lo alto de un roble. Según él, también existían casos de semilevitaciones, de ilusiones aéreas, de sonámbulos fingiendo el éxtasis, de falsificadores astutos dedicados a juegos de magnetismo; pero no había nada más impresionante que la historia de aquel hombre que, en pleno trance durante una procesión dedicada a San Francisco de Asís, voló por encima de la multitud, elevándose sin esfuerzo por los aires, con sus sandalias y su hábito, subiendo derecho al cielo como una vela. Era un fraile, José de Cupertino, y había echado a volar ante cien espectadores subyugados, sin apoyo visible ni fuerza física, solo frente a la biología divina.

—Fue el primer aviador —concluyó Aukan.

Margot se estremeció. Le vino a la boca una pregunta sin poder aguantarla.

—¿El primer qué?

Esas palabras pronunciadas con precipitación juvenil fueron para ella como una profecía. A partir de ese día vivió el prólogo de una vocación. Muchos años después, Aukan confesaría que la levitación de la sortija no era más que un viejo truco de magia que requería simplemente un hilo invisible extrafino, dos bolitas de cera en cada uña y un buen guion. Con su actuación pensó haberle enseñado el arte de la ilusión. La convirtió en una aviadora.

Después de aquel decisivo encuentro, el rostro de Margot adquirió esa extraña mezcla de intensidad y ausencia que es la marca de los seres apasionados. De noche aguardaba a que todos estuvieran acostados y entonces se levantaba de la cama, descorría las cortinas decoradas de nenúfares pintados, abría la ventana y, con una audacia que no era de su edad, salía de su cuarto. Entonces se ponía a caminar por los techos a pasitos de ratón, metiéndose por los tragaluces del desván o por las celosías abiertas de los pisos altos, cuidando de no mostrarse junto a los postigos de las sirvientas, acercándose a los bordes lo más que podía para disfrutar con la sensación de vértigo, embriagada de altura, arriesgándose a dejar una pierna colgando para sentir el mareante terror a la caída. Se imaginaba que estaba levitando por encima de la ciudad, que estaba echando a volar por encima de las orillas del río Mapocho, y planeaba hasta lejos, revoloteando en los aires, graciosa y ágil, dando vueltas alrededor de la catedral de la Asunción de la Muy Santa Virgen, tirándose de cabeza hacia el Museo de Bellas Artes, o elevándose por encima de los árboles del Parque Forestal hasta la Plaza Baquedano, viajando así en ese avión imaginario, flotando en el aire como san José de Cupertino sobre las gentes y las capillas.

Fue su abuelo, Étienne Lamarthe, el Maestro, quien le regaló su primer libro de aviación. Se trataba de las experiencias de los hermanos Caudron, quienes disecaban pájaros en la bahía del Somme para descubrir el misterio del vuelo en la oculta escritura de sus intestinos. Igual que su abuelo, que toda su vida se había sentido atraído por las aventuras insólitas, Margot se volvió invencible en materia aeronáutica sin jamás haber visto un ala metálica. Cumplió catorce años cuando Amelia Earhart fue la primera mujer que cruzó el Atlántico en solitario. Desde entonces, Margot se quedó fascinada por las mujeres aviadoras quienes, en esa época, acumulaban los récords. Quiso parecerse a Maryse Hilsz, que había volado once mil kilómetros de París a Saigón a bordo de un Morane-Saulnier sin radio. Siguió apasionadamente la travesía de Lena Bernstein desde Istres hasta Egipto; el *Fokker* de la duquesa de Bedford, quien volaba con vestido de cola y escote de encaje; los viajes legendarios de Amy Johnson hasta Australia; las horas gloriosas de la neozelandesa Jean Batten, apodada La Garbo de los aires; y por supuesto, se sabía de memoria la historia de Adrienne Bolland quien, a sus veinticinco años, había sobrevolado la cordillera de los Andes sin mapas ni instrumentos de navegación, sola a bordo de un avión hecho de madera y tela.

Margot ya no salía a la calle con vestido y cintillo, corsé y sandalias, sino con la cabeza cubierta por un gorro de cuero, rematado con anteojos de aviador. Se inventó un uniforme con pantalón de dril y botas negras forradas con lana de oveja, inspirándose en las fotos en

blanco y negro que había visto en el libro regalado por el Maestro, y se prendió a la altura del corazón un broche en forma de cuervo, chapado en oro, que robó de la colección de Delphine. Era la primera vez que en la Santiago burguesa de la época se veía pasear a una mujer vestida como un hombre, pero por ignorancia o quizás por inconfesable vergüenza, todos concluyeron que quizás se trataba de costumbres francesas. A esa edad Margot tenía la mirada vaga, pero al crecer ya se le había afinado la vista con esa precisión y esa exactitud que la darían a conocer más adelante, al ingresar en la academia de la fuerza aérea. Aunque se desarrolló tempranamente, siguió siendo una chica de baja estatura, sin verdadera belleza, con una espesa melena color caramelo y el anuncio de una talla regordeta. No tenía ninguna disposición para las pequeñas historias de amor, las mediocridades sentimentales, y pronto se cansó de los círculos franceses de Santiago donde la gente comentaba los Años Locos como si estuviera en París, y frecuentaba el «colegio de señoritas» de las hermanas Obrecht.

A sus diecisiete años se ufanaba de ignorar a Verlaine y Rimbaud, prefiriendo el estudio de las fibras sintéticas que envuelven los globos aerostáticos. No leía ni a Gérard de Nerval ni a Aloysius Bertrand, pero se aprendía los calendarios de las lluvias sin esfuerzo, con una curiosidad incansable, dado que la meteorología se hallaba todavía en sus inicios. No conocía de Ícaro sino su ascenso, pues siempre cerraba el libro antes de su caída. Al ver a Margot, ya se adivinaban las tiendas al borde de las pistas de aterrizaje, las máscaras de oxígeno, las fuertes turbulencias. Ella no se había dejado tentar, como otras, por el embrujo del uniforme, el encanto del cuero, el prestigio y las medallas aladas. Margot Lonsonier ingresó en la aviación como antes se tomaban los hábitos, para abrazar una vocación hasta la muerte.

MARGOT

El viejo Lonsonier había prosperado con su viñedo. Ya no se conformó con producir vino, sino que se puso a comprar el vino de otras tierras del Valle Central para distribuirlo luego en los grandes mercados urbanos. Santiago tenía en esa época ochocientos mil habitantes en ochenta kilómetros cuadrados. Aprovechando la expansión de la ciudad, Lonsonier instaló su oficina en la avenida Vicuña Mackenna, la arteria más cercana a la línea del tren. Ese ferrocarril que conectaba la capital con Puente Alto, le permitió recibir rápidamente los envíos de barricas y de vinos ya embotellados.

En esa avenida, los oficios antiguos empezaban a desaparecer y a ser remplazados por los nuevos. De una puerta a otra ya no se veía al reparador de sillas, al hojalatero, al organillero cuyos rollos de papel estaban picoteados por un loro enjaulado. Ya no se veía al relojero, al farolero con sus faroles en una percha, o al sereno que cantaba la hora y el clima. Ahora, los españoles ostentaban el monopolio de las quincallerías y las empresas de construcción, los turcos detentaban el correo, los judíos las sastrerías, los italianos las tiendas de ultramarinos. Remplazando los antiguos oficios, los franceses trajeron el comercio al por menor, mejoraron el tratamiento del dinero en Lota, las nuevas fundiciones y las minas de Caracoles, y mantenían seis fábricas de perfume de Grasse que, por su nivel de precisión y perfeccionamiento, rivalizaban con la exigencia de la casa matriz.

Como hombre de su época, Lazare, a su vez, decidió lanzarse a la aventura comercial y montó una empresa de hostias en los locales de una antigua cuchillería. Se ubicaba en la misma calle Santo Domingo, a unos metros de su casa, así que trepando a los barrotes de la pajarera podía verse desde el jardín. La adquirió por un precio ridículo el día en que su propietario, Emiliano Romero, un pequeño bigotudo de Arica, anunció que ya no vendía ni un cuchillo desde la llegada de las industrias norteamericanas, cuyos precios emulaban los precios de los artesanos de Babilonia.

—Me han arruinado desde la hoja hasta el mango —se lamentaba, pellizcándose el bigote entre los dedos.

A sus cuarenta años, Lazare era un caballero sensible, de buena

conversación y de espíritu instruido. Todavía le molestaba el pulmón y a veces sufría de migraña, sentía presión en el torso, dificultad para respirar, pero había sabido acallar las tormentas que le sacudían por su osadía. Así pues, se instaló en el taller Romero con su techo alto de tres metros, sus ventanas alargadas como vitrales de iglesia, su suelo hecho de una sola pieza de cemento por donde los amoladores habían movido muelas para afilar hojas, donde se habían tallado mangos en cuernos de búfalos, y donde ahora se amasaba harina igual que se había pulido metal. A Lazare le gustó ese refugio cuyo olor fue hasta el día de su destrucción una mezcla de levadura y acero, de maíz y forja, y que iba a convertirse en el teatro de las grandezas y decadencias de su linaje. En poco tiempo, entusiasmado por la demanda floreciente, se había atraído la clientela de las principales iglesias de Santiago.

Se dio cuenta de que la masa también podía servir a los farmacéuticos para revestir sus cápsulas y a los fabricantes de turrón para recubrir sus confiterías. En un lapso de varias semanas se procuró más prensas y humidificadores para las placas quebradizas. Al principio, las máquinas se guardaron en la gran sala principal donde se había acondicionado un espacio bastante amplio para almacenarlas, pero luego Lazare hizo comunicar el taller con un hangar abandonado mediante un ala de dos pisos, larga y estrecha, cuya planta baja fue destinada a los aparatos y el primer piso a su oficina de director. Desde su ventana disfrutaba de una vista sobre parte de Santiago y pasaba buena parte de su tiempo en esa habitación luminosa que llamaba su «capilla». Rodeado de hostias y harina, quería que esta fuera lo más silenciosa posible, encontrando así una calma y una soledad que ya no conseguía en su casa invadida por mapas aéreos, cajas de alimentos y tufo a excrementos de pájaros. Al margen de toda labor doméstica, concentrado en el estudio de sus cuentas, en las reuniones con sus clientes y en los pliegos de condiciones que había que respetar, Lazare vivió una época de monje trabajador.

Una noche que dormía en su oficina, se despertó sobresaltado al oír un extraño ruido de pasos en la gran sala de máquinas. Preocupado, buscó con qué armarse antes de bajar, creyendo que alguien se había introducido en su taller, pero solo encontró para defenderse el crucifijo de san Benito puesto encima de una mesa. Abrió la puerta discretamente, encendió de golpe todas las luces y descubrió en el centro del local a un joven ladrón con aspecto famélico, cabello grasiento y ropa hecha andrajos, que se había metido en la fábrica para comerse unas hostias. Lazare le amenazó desde la barandilla con el san Benito en la mano.

—¡No te muevas o te crucifico! —le gritó.

Bajó corriendo los escalones para perseguirle, tirando al suelo unas bateas llenas de harina. El ladrón se resbaló, Lazare se le abalanzó. Quiso la suerte que dos policías alertados por el ruido irrumpieran bruscamente. Vieron que Lazare mantenía al ladrón en el suelo, con el crucifijo contra su sien, y agarraron al joven para ponerle las esposas. Lazare, excitado por la pelea, gritó que iba a poner una denuncia y a dar su testimonio en el juicio, pero los policías se mofaron.

—¿Qué juicio? Nosotros nos ocuparemos de él en algún descampado, nadie va a buscarlo.

El miedo que apareció en la mirada del ladrón conmovió a Lazare. Lo examinó más de cerca y vio a un flacucho imberbe con rostro adolescente y feroz, con una tez morena legada por algún antepasado obrero del salitre.

—¿Como te llamas? —le preguntó.

El joven agachó la cabeza.

—Héctor Bracamonte.

Lazare se fijó mejor e identificó al hijo de Fernandito Bracamonte, el viejo aguatero del barrio que había llenado la bañera de los Lonsonier durante más de veinte años. Lo reconoció por las manos de alcantarillero que le venían de su padre, de palma ancha como una pala, dedos oscuros y torpes. Una vergüenza ajena se apoderó de él, y la imagen de Helmut Drichmann delante de él junto al pozo de agua, uno huérfano y otro maldito, reapareció en su corazón. Lazare pidió a los dos policías que le quitaran las esposas.

—Retiro mi denuncia. Yo me ocuparé personalmente de él.

Cuando los policías se fueron del taller, Lazare se volvió hacia Héctor y le puso el crucifijo de san Benito en las manos.

—Hay un martillo en ese cajón —le señaló con el dedo—. Anda a colgar esta cruz.

El chico fue tímidamente hasta el cajón, sacó un martillo y dos clavos que encontró dentro de un vaso, y se acercó a una pared.

—No —le dijo Lazare—. Allá.

Le señalaba la escalera. Héctor subió unos escalones, aún temeroso, y cuando llegó al último se puso a colocar la cruz dando unos pequeños martillazos.

Lazare le observó en silencio, con frente severa y a prudente distancia, desde la entrada. Cuando el crucifijo quedó colgado, abrió la puerta que daba a la calle.

—Para comer hay que trabajar.

Tomó unas diez hostias, las metió en el bolsillo de Héctor y cerró la puerta detrás de él. Al día siguiente, Lazare fue a la tienda de Ernest Brun para comprar una pistola. Le vendieron un revólver modelo 1892 de color negro, cuyo herraje de bronce estaba levemente desgastado

en los bordes. Esa misma noche escondió en la fábrica de hostias dos pequeñas bolsas llenas de balas dentro de una caja de cartón roja que encontró en un estante alto, que nadie había abierto desde hacía años y que contenía viejos papeles manchados y cartas de condolencias. Cuando guardó la caja, metiéndola debajo de unas cestas, pensó que no era prudente ocultar en un mismo lugar la pistola y las municiones, y decidió meter el revólver en el bolsillo interior de una vieja chaqueta colgada de un gancho.

Dos días después, a las siete y media de la mañana, cuando abría las puertas de su taller, vio al chico en el porche, acurrucado dentro de su poncho. Héctor Bracamonte, con su hermoso rostro de guerrero y un hatillo en la mano, se levantó y plantándose delante de Lazare le dijo con voz digna:

—Para trabajar, hay que comer.

Lazare le contrató como aprendiz. En poco tiempo constató que era un chico animoso y leal, con temperamento discreto y carácter honrado. Se le veía ir y venir con escobas bajo el brazo, aires de cacique, construido en una arcilla dura y animal, como si hubiera salido de las entrañas mismas de ese taller. Sus ojos estaban secos e irritados, pero no había ni una pizca de maldad en su mirada. Tenía unas cejas hirsutas como alcaparras, cabellos lisos y muy negros, y sus labios gruesos daban a su sonrisa la anchura de un bandoneón desplegado. Fue el primer obrero, y también el último, de esa fábrica a la que acabó queriendo como si fuera suya. Pero solo fue muchos años después, durante las horas tristes del golpe de Estado, cuando pudo agradecer realmente a Lazare por haberle salvado la vida.

Lazare entró en un periodo de gran prosperidad. Empezó a llevar trajes cruzados, a rayas, con una valeriana en el ojal, bufandas bordadas de sagitarios y, como ya casi no salía, unas zapatillas persas. Se dejó crecer un bigote imponente que le cubría el labio superior como un felpudo. Según él, no había nadie más legítimo para representar a su patria, más esencial para su proyección, más apto para devolverle el lustre, como alguien que seguía cultivando el prestigio de su tierra a más de diez mil kilómetros de distancia. Así que ya casi no salía de su oficina, arriba de la escalera decorada con su cruz de san Benito. Cogió la manía de comer allí, con los pies encima de un cajón abierto, sacando interminables cuentas para evaluar la rentabilidad de sus inversiones, pasando sus noches enclaustrado entre esas paredes, rodeado de torres de papeles y facturas. Como símbolo de su renacer, adornaba con un elegante ramo de amapolas un casquillo de obús que había conseguido donde un vendedor de antigüedades. Hasta inventó en su oficina, para no tener que levantarse a abrir cuando tocaban a la puerta, un astuto mecanismo de alambres con el que tiraba del pestillo a distancia. Los

clientes se multiplicaban, los presupuestos se sumaban, las cuentas aumentaban, y su laboriosa competencia absorbió tanto a Lazare en su empresa que no se dio cuenta de que su hija entraba en la adolescencia.

Así pues, fue Thérèse quien asumió el papel de madre, guardiana, institutriz, mientras que Lazare, cada vez más ausente, retirado en su solitario reino de números, temía ser interrumpido en sus reflexiones. A veces cruzaba precipitadamente el salón para buscar algún documento, pronunciaba algunas palabras, cenaba de prisa y corriendo, y esa urgencia anónima, ese alejamiento austero, acabaron haciendo de él un extraño en su casa. Thérèse llegó a echar de menos los tiempos en que él era atento y tímido, en que no se atrevía a dar un paso sin pedirle su opinión, la época en que él era aquel hombre herido y lleno de ternura, tan frágil en su baño de flores de aciano, que había irrumpido en el viento de su vida como una cigüeña extraviada, con su voz suave y sus brazos torpes. Por eso, cuando Margot anunció a su madre que sería aviadora, Thérèse se sintió invadida por una profunda lasitud:

—Eso ya lo verás con tu padre —le contestó.

Lazare vaciló ante su hija. Se acordó de la invasión de pájaros en su casa dieciséis años atrás, y concluyó que esas absurdidades aéreas demasiado repetidas en un linaje podían convertirse en atavismo.

—Haz lo que quieras —le dijo—. Pero no te metas en asuntos de pájaros.

Lazare cometió la imprudencia de dejarla sola por su cuenta, él que quería evitarle las malas frecuentaciones. Después, cuando volvía a pensar en ello, confesaba que lo último que se le habría ocurrido al pronunciar esa frase era que su hija decidiera construir un gran pájaro de metal en el jardín. Al llegar la primavera, en un espacio que Margot logró ampliar arrancando de raíz los hierbajos, instaló una gran lona y acometió la tarea de reproducir artesanalmente *elSpirit of Saint Louis* de Lindbergh. Buscó materiales por todo Santiago, hurgando en las ventas de antigüedades y las quincallerías de Alameda, en los depósitos del Mercado y los basureros de las fábricas metalúrgicas. El jardín se colmó poco a poco de piezas de trenes esparcidas por todas partes y de pedazos de timones rectangulares. Junto a los nabos y las zanahorias, sobre la hierba aplastada, estaban colocadas la mitad de una hélice como partida por una espada, un ala volcada semejante a una rueda salida de una carreta, y vigas de pino de Oregón que se amontonaban junto a la vid. Thérèse consideraba con ojos recelosos aquel vaivén de objetos cubiertos de grasa y de polvo, abandonados en hangares sucios, que nadie quería y que ahora se acumulaban en su terreno como si este fuera un vertedero público. Solo una vez intentó disuadir a su hija: cuando la sorprendió con un hacha en la mano,

dispuesta a derribar uno de los limoneros de la fachada para la estructura de madera de las alas.

—Estos limones son recuerdos de familia —le dijo.

Pero Margot cortó el tronco del árbol, con el que hizo largas varillas que pegó para el armazón. Se había confeccionado un uniforme de un color gris sucio, ancho, en el que su cuerpo flotaba, un jersey que le llegaba casi a las rodillas, decorado con motivos de hélices, y unos zuecos cuyas puntas reforzó con unas pequeñas placas metálicas. Viéndola con los brazos cubiertos de manchas negras, subiendo y bajando por una escalera endeble, parecía un náufrago en una costa desierta construyendo una balsa bajo el sol. Pero pronto se dio cuenta de que no podría llevarlo a cabo ella sola. Buscó a algún socio que pusiera en el asunto la misma aplicación y la misma esperanza ciega, que hiciera un trabajo limpio y que, al compartir los beneficios, corriera los mismos riesgos. El rumor se difundió y unos días después, un martes de lluvia, un chico se presentó empapado hasta los huesos, con unos ojillos negros metidos entre los pliegues de su cara rechoncha cuyas facciones achinadas le daban aires de joven cosaco.

Se llamaba Ilario Danovsky. Era un chico judío del vecindario, vivía en una casa de la calle Esperanza. Decía que su padre era piloto. Tenía una cabeza como de bulldog, una nariz con anchas fosas nasales, una cara gordinflona, redonda y lunar. En cuanto podía, se presentaba en casa de los Lonsonier en su traje de faena, con expresión preocupada, sin que se notara realmente su presencia, y trabajaba en la construcción del avión día y noche, con ahínco. Era como si una voz interior, adivinando las ironías del destino, presintiendo el futuro, le susurrara que se diera prisa en vivir. Aunque ganaba a Margot en fuerza, peso y tamaño, parecía agotarse más rápido que ella. A la acción del uno siempre respondía el gesto del otro. Entre ambos se entabló una especie de camaradería cómplice que Margot permitía para avanzar en la obra. La naturalidad que marcaba esa colaboración impedía toda ambigüedad, a tal punto que Thérèse desconfiaba más de las aspiraciones aeronáuticas de su hija que de las intenciones galantes de Ilario.

Pegaron las alas en el mes de septiembre. En medio del jardín, encajado entre la cepa y la pajarera, el avión era semejante a una lira. Tenía cilindros saliendo por todas partes, mástiles que eran asideros para los vientos, y un tren de aterrizaje tan rígido que sus ruedas solo giraban si se bañaban en aceite. Igual que en el *Spirit of Saint Louis*, la parte trasera del fuselaje estaba entelada con algodón Pima[12] que Ilario consiguió con dificultad, cubriendo el armazón, untado de ocho capas de pigmentos de aluminio. En Limache el Maestro compró por un precio ridículo un motor de moto Anzani provisto de una cubierta,

y cuya fuerza de cincuenta caballos les permitiría arrancar.

Un día en que Thérèse les sorprendió en plena discusión, oyendo que se enfadaban por las fechas del despegue, hizo saber a Lazare lo que había escuchado, muy angustiada, pero él no le prestó ninguna atención.

—Que sea mañana o dentro de diez años, ese avión no despegará.

Por ello, no se preocupó mucho cuando al día siguiente, al bajar al salón para tomarse una taza de café, descubrió a su hija vistiendo un redingote con cuello de piel y un chaleco salvavidas inflable.

—Voy a volar hoy —anunció Margot.

Se aseguró los anteojos con un pañuelo entre la nariz y la correa, luego deslizó los dedos dentro de unos guantes de piloto cosidos en un cuero oscuro de oveja. Antes de salir se puso un casco, luego caminó hacia su aparato, silenciosa y concentrada, como si avanzara al encuentro de la inmortalidad. Estaba preparada para cualquier eventualidad, cualquier accidente, cualquier imprevisto trágico, a tal punto que se olvidó de Ilario Danovsky, quien se había presentado ante su puerta temprano en la mañana, sin prisa, disfrazado de aviador de la década de 1910, con pantalones bombachos y calcetines ingleses a cuadros. Toda la audacia del traje hablaba de la satisfacción del esfuerzo. Había extremado su coquetería hasta peinarse con una raya ocultada por el gorro, perfectamente recta, y que al bajar del avión debía dar la impresión de que todo lo había hecho sin ajetrearse.

En todo el barrio empezaban a crecer los edificios de cuatro pisos, flanqueados por grandes hoteles y casinos de lujo, pero para entonces la calle Santo Domingo todavía no era más que una calle pavimentada bordeada de quintas de madera con el techo recubierto de tejas, jalonada con postes donde se ataban los caballos. La policía iba vestida de blanco, y todas las esquinas tenían todavía sus pilares de piedra con sus crestas de tejas rojas. El rumor de que el primer avión construido en un jardín por dos adolescentes iba a despegar de su casa y sobrevolar la capital corrió bastante deprisa entre los vecinos. Una forma de orgullo pueblerino se apoderó de los habitantes, y estos dejaron las aceras despejadas de todas las carretas y ventas de chinchillas. Quitaron los puestos de verdura, colocaron en las ventanas guirnaldas de papel crespón, decoraron los faroles con telas amarillas y negras, de modo que durante unas horas, antes de que el avión se colocara sobre la calzada, la calle tenía la elegancia de una abeja acostada.

Margot e Ilario no aguardaron. Ante las miradas subyugadas se subieron al aparato y se ajustaron las correas a la cintura. Margot estaba verificando minuciosamente cada elemento cuando, confundido con la multitud, un joven periodista le preguntó:

—¿Hacia dónde se dirigen?

Ella alzó la cabeza, percatándose de que en lo único que no había pensado era en el destino final. Sin mostrar sorpresa, pensó en Adrienne Bolland y contestó:

—Pondremos rumbo a Buenos Aires.

Hubo aplausos. Alentada por el entusiasmo de los espectadores, Margot precisó que iban a volar por encima de la cordillera, cuyo paso más bajo estaba a cuatro mil trescientos metros y a una temperatura de quince grados bajo cero. Explicó que para esa prueba se había untado grasa y mondaduras de cebolla en el cuerpo, lo cual según ella limitaba los efectos de la falta de oxígeno. Incluso había metido un hacha en su equipaje en caso de que se estrellaran y tuvieran que cortar un ala para hacer un techo.

—Si todo falla, llegaremos a Argentina igual aunque sea con algún accidente espectacular.

Tanta valentía fue celebrada. Cuando Margot liberó los frenos, todos en la calle se levantaron como un solo hombre. El motor se puso a roncar, y ese zumbido le pareció tan familiar que tuvo la impresión de haber vivido desde su nacimiento con ese ruido. El avión se puso en marcha suavemente, traqueteó sobre la vía pavimentada, pesado debido al carburante, temblando con todo su motor de moto recompuesto. Dando pequeños saltos de pulga, desfiló bajo las aclamaciones del vecindario, de los niños que habían salido para admirarlo, y de los creyentes que se persignaban a su paso.

El aparato aceleró, pero de repente, inesperadamente, hubo una fuerte detonación, un chasquido seco, y apenas había adquirido velocidad cuando ya desaceleraba. Progresaba con tanta dificultad, tanta torpeza, que la gente podía seguirlo caminando. Carraspeó, vaciló, tropezó ridículamente, y finalmente se le apagó el motor. El apoyo de la muchedumbre no disminuyó, convencidos todos de que el repentino silencio del motor era un paso capital para el buen arranque. Pero Margot fue la única en comprender que su avión no volaría.

Hasta lamentó que no hubiera un accidente o una catástrofe aérea, algo heroico y trágico que, por el simple hecho de colocarla en el centro de un drama, le habría conferido un puesto más importante en los acontecimientos del día. Mientras que el avión seguía su curso sin motor, con la única fuerza de la impulsión, Margot calculó que la vía se hacía cada vez más estrecha, bordeada de faroles que iban acercándose a la envergadura de sus alas. Antes de que quedaran prensadas entre dos postes, Margot frenó y su avión se detuvo en seco en medio de la calle, como una mula terca.

Ilario se volvió hacia ella. La decepción que leyó en el rostro de Margot hizo que él se estremeciera. Abatida, impotente ante la avería,

se sintió sacudida por un furor salvaje. Se disponía a salir de la carlinga cuando percibió un cambio sutil en el murmullo de la gente. Fue entonces cuando se oyó una música discreta. Uno de los mirones exclamó:

—¡Una fanfarria para el despegue!

Margot destrabó las correas, deshizo las ataduras de su casco, se desabrochó el chaleco salvavidas. Al levantarse, lo primero que observó fue una fila de mujeres que avanzaban tocando tambores mientras que atrás unos hombres balanceaban sus trompetas de izquierda a derecha. Eran hombres y mujeres que hablaban con otro acento, seres sublimes de piel cobriza, espesa cabellera, manos rugosas. Traían con ellos un montón de niños con ojos curiosos y pies cubiertos de arena, que llegaban con unos pájaros en los hombros, vestían trajes extraños, como si salieran de alguna fábula rural, y extendían entre ellos una pancarta de tela tejida por matronas de enormes pechos y en la que estaba escrito con grandes letras: «Para la más grande aviadora de Chile».

Margot abrió la cabina y se encaramó en el estribo del piloto. De repente, en el centro de la fila de músicos, apareció un hombre en traje de fraile con una batuta en la mano. Era Étienne Lamarthe, el Maestro, llegando de Limache con todos sus músicos, habiendo tenido la idea de viajar desde su aldea con veinticinco instrumentos, brillantes y nuevos, para acompañar el primer vuelo de su nieta.

Margot avanzó hacia su abuelo y el Maestro, pendiente de su tarea, la atrapó por la cintura con dos cuerdas gruesas. Se las ató al arnés de aviadora con la ayuda de dos mosquetones, hizo una señal hacia la parte de atrás. De pronto ella sintió que la arrebataban del suelo y la elevaban hasta varios metros mediante un sistema de cuerdas y poleas, quedando suspendida en el aire. Así echó a volar por encima de la calle decorada con flores y guirnaldas, en una algarabía de petardos y risas, y por encima de su avión inmóvil que no había despegado y cuyo cuerpo varado parecía una ballena dormida a orillas del mar. Solo cuando estuvo muy arriba en el cielo descubrió a Aukan al lado del Maestro y comprendió que habían recreado la escena de la levitación de san José de Cupertino durante su procesión. Puso una mano hacia adelante como si apretara un timón, arqueó la espalda como si se apoyara firmemente contra un asiento y en aquel instante, imaginándose en una bóveda de nubes, cerró los ojos para que el avión invisible le insuflara ánimo.

LOS DANOVSKY

Por más lejos que se remonte uno en la genealogía de la familia Danovsky, no encontramos sino rabinos. Jacob Danovsky era el décimo rabino de un largo linaje asquenazí. Era el mayor de doce hijos, había nacido en el interior de Ucrania, en un pueblo en medio de un valle frondoso y seco, un lugar de culebras, pan negro y creencias populares. Su familia vivía en un *shtetl*, una aldea de ortodoxos donde había una sinagoga de madera. Los niños estaban sometidos a una educación severa y a un servicio militar obligatorio que, en aquella Rusia zarista, se cumplía más en calidad de siervo que de soldado. Desde hacía ya un siglo la población judía había quedado asignada a una zona de residencia, una franja estrecha, un corredor en el oeste de Rusia, que se extendía desde el mar Báltico hasta el mar Negro. La vida cotidiana de esas familias era dura, miserable, humillante. Las actividades comerciales estaban controladas, la comida estaba racionada y los rabinos, a pesar de su escasa influencia, eran los primeros en ser eliminados durante los pogromos.

El asesinato de Alejandro ii provocó una ola irreprimible de masacres y saqueos. Unos cristianos destruyeron el pueblo y quemaron los libros sagrados en la sinagoga, a tal punto que solo quedó un cementerio de piedras tristes cubierto de cenizas y hojalatas retorcidas por las llamas. Los Danovsky abandonaron su casa, sus nabos y su salvia, emprendieron un viaje azaroso de varios meses, durmiendo en granjas y estepas, siguiendo ocultos caminos en carromatos de cíngaros, entre la paja y las remolachas, compartiendo con vagabundos licores hechos a base de regaliz. Fue así como Jacob Danovsky emprendió la travesía por una parte del continente europeo, franqueó el canal de La Mancha y entró en el Londres de principios de siglo, en plena expansión industrial, poblado de campesinos jóvenes que no hablaban inglés y se agrupaban por dialectos. El *yiddish*, tesoro de la diáspora judía, formaba un invisible tejido secreto que unía a los inmigrantes de toda Europa como en una red tentacular, de modo que en Londres hubo suburbios completos donde el inglés se había convertido en un idioma extranjero, donde las reuniones tenían lugar en las antecámaras de los rabinos, donde se ponían mesas victorianas sacrificando corderos en las fiestas jasídicas[13].

Jacob se casó con Paulina, llegada a Londres con un grupo de jóvenes pioneros de Galitzia, al norte de los Cárpatos. Era una mujer alta, de largos cabellos rubios, y con la nariz como un pájaro acostado, divorciada de un hombre con el que había tenido una hija, Aída. El inicio de sus amores londinenses fue apacible, pero rápidamente las difíciles condiciones de vida, la miseria del exilio y el recuerdo de los pogromos les hicieron soñar con otra existencia al otro lado del océano, hacia las remotas riberas del Nuevo Mundo.

En aquella época un tal barón de Hirsch, financiero judío, se asoció con el doctor Guillermo Loewenthal, un científico visionario, para organizar un vasto movimiento de inmigración de judíos rusos a Argentina. Corrió un rumor, recogido por los periódicos de Odesa, diciendo que el barón había comprado unas colonias agrícolas a trescientos kilómetros de Buenos Aires para fundar una nueva Tierra Prometida. Al cabo de veinte siglos de opresión, ciento treinta familias judías provenientes de Besarabia, Podolia, Moldavia se embarcaron en los cargueros *Lissabon* y *Tiolo*, llenos de caraítas[14] y rabinos de Sebastopol, jóvenes talmudistas de las *yeshivás*[15] y predicadores polacos, para llegar al puerto de La Plata. Fue así como Jacob Danovsky, Paulina y Aída cruzaron el Atlántico a bordo de un buque que vio nacer, en sus flancos de hierro, a Bernardo, un niño que se tambaleaba, de humor lluvioso, que muchos años después sería el padre de Ilario.

Al llegar tomaron un tren hasta la colonia judía de Carlos Casares, un territorio hecho de llanuras frías donde el viento removía los cardonales, que se extendía hasta perderse de vista con sus barracas de cartón alquitranado. Todo estaba por hacer. Había que construir viviendas, dirigir cultivos, pasar el arado. Pero los hombres, en su mayoría, no tenían noción alguna de albañilería o de labranza. No eran ni pastores ni vaqueros. Tuvieron que enfrentar las penurias de alimentos, la carencia de medicamentos, las invasiones de saltamontes y las epidemias del ganado. En la plaza central de la colonia levantaron una sinagoga edificada con madera tanto de olivo como de quebracho para simbolizar la unión de ambos mundos. Construyeron un cementerio judío, sin flores ni coronas, y un modesto dispensario rodeado de ranchos, con unas treinta camas. Enseñaron a los niños a llevar a pastar el ganado, pero también a recitar las plegarias rituales. Aquellos inmigrantes judíos, pobres y harapientos, enfermos y quebrados, a quienes habían prometido un pedazo de tierra, transplantaron sus tradiciones religiosas a millares de kilómetros, y desde el primer sábado de marzo las cabañas se iluminaron con cirios para celebrar el inicio del *sabbat*[16].

En unos meses ya se vistieron como gauchos, tomaron mate y tallaron sus propias bombillas[17], aprendieron a cortar el asado según el

modo criollo. Construyeron un puesto de carabineros, una pequeña caballeriza y un bazar que servía de mercado donde se conseguían pasteles de manzana y miel. La colonia quedó rematada con una escuela y, en su seno, un ala hebraica donde se estudiaban los cinco libros de la Torá. En esas tierras el tiempo se medía en estaciones invertidas, lentas; las montañas no cargaban con la herencia de sus fábulas, la marcha de ese nuevo pueblo no conocía el apresuramiento de las migraciones. Al inicio del siglo, Carlos Casares se extendía por cuarenta hectáreas y contaba más de quinientos habitantes. El terreno estaba labrado, sembrado de tupinambos y coles, porotos y espinacas, y unas ovejas negras iban a pastar, dispersadas a través de una serie de parcelas abigarradas que bordeaban las orillas de una gran laguna llamada Algarrobo.

Jacob, rabino de la colonia, se instaló en una de las casas de la plaza central con Paulina, Aída y Bernardo. Ya era un hombre viejo de barba blanca, manos apergaminadas, cuerpo como una vaina de algarrobo. Monótono y silencioso, con una misma alegría indiferente abría surcos y salmodiaba. Quiso hacer de Bernardo el próximo rabino de la nueva generación, pero su hijo, que tenía once años, no seguía sus enseñanzas, no leía el Talmud y guardaba sus distancias con el sabbat. Dejó de ir a la sinagoga y desechó el yiddish en favor del español.

No obstante, hizo su *Bar Mitzvá*[18] a los trece años, como lo exigía la tradición, pronunció las frases necesarias, cantó siguiendo los *teamim*[19], pero esas convenciones religiosas fueron los únicos sacrificios que concedió a su padre.

Se alejó de las reglas estrictas de sus antepasados y no se sintió encargado de ninguna misión. El tiempo ahondó una evolución inevitable de los viejos usos, así que un día, un sábado de septiembre, Bernardo aprovechó que todo el mundo estaba recitando las plegarias en la sinagoga para introducirse en la panadería de la colonia y comer los pasteles prohibidos hasta hartarse. Jacob estuvo tan indignado por ese doble crimen, el robo de pasteles y la transgresión de un día sagrado, tan avergonzado de ese hijo, que decidió exponerle al escarnio público amarrándole a un árbol de la plaza del pueblo con un cartel colgado del cuello: «He comido durante *Yom Kipur*».

Según el relato de Bernardo, ese mismo día decidió marcharse de Carlos Casares para instalarse en Santiago de Chile, donde vivió desde los quince años hasta su muerte sin haber renunciado nunca a su nacionalidad argentina. Enseguida se hizo popular dentro de la pequeña comunidad judía de Santiago, en esa reducida galaxia unida como un candelabro de siete brazos, permeable a las alianzas sanas y transparentes. Pronto se enamoró de una actriz, hija de judíos inmigrados, de baja estatura, delgada, con grandes ojos azules, a quien

conoció durante una representación en el Teatro Municipal. Se casaron unos meses después en la sinagoga de Bicur Joilem, construida en la parte sur de la avenida Matta. La pareja alquiló un apartamento minúsculo en un sector de chacras, en el este de Santiago, en el último piso de un pequeño edificio rodeado de árboles deshojados, y cuya única ventana daba a la plaza.

El 21 de agosto, treinta años después de la salida al exilio de su padre, Bernardo estaba despertando de una siesta cuando vio el despegue de un vuelo de la aviación chilena efectuado por un francés, César Copetta Brossio, a bordo de un biplano Voisin armado en una semana. El cielo tocó a su puerta. Bernardo quedó tan impresionado por ese espectáculo, tan fascinado por esa demostración de progreso, que decidió meterse en ese oficio.

Pero como pesaba más de setenta kilos, era miope y estaba casado, no cumplía con ninguno de los requisitos necesarios para obtener su diploma de piloto y tuvo que conformarse con ingresar en una oficina sin ventanas situada en los locales de Mercurio, primera organización aeronáutica chilena. Así, aquellos años estuvieron dedicados a redactar textos de reglamentaciones, autentificaciones de registros de altitud, repertorios de duración y de distancia. Trabajaba con hombres de negocios que invertían audazmente en el mercado postal por venir, ayudando a dotar al país de nuevos aviones y organizando recolecciones de fondos desde las arenas del desierto de Atacama hasta las últimas nieves de Punta Arenas.

Cuando la esposa quedó embarazada, la pareja se mudó a la calle Santo Domingo, en un barrio burgués ocupado por familias francesas, y ahí nació Ilario Danovsky, su único hijo. El niño tenía ojos como pepitas de azabache, tristes y vacíos, que apenas si miraban el mundo con cierto tipo de congoja indefinida. Al crecer, resultó ser un niño tímido, amablemente torpe, una especie de poeta ingenuo. En ese ser, nada anunciaba la parte heroica y sublime, tormentosa y ruidosa, que iba a confirmarse en un campo de batalla mucho más adelante, durante una guerra en la que jugaría un papel capital.

A sus dieciséis años se enteró de que una joven del vecindario buscaba un asistente para construir un avión en su jardín. Se rumoreaba que era altiva, arrogante y fría, cosa que acrecentó su curiosidad y le incitó a presentarse sin pensarlo a la puerta de los Lonsonier, un martes de lluvia, con su cabeza redonda y sus aires de pájaro mojado. Tuvo que reconocer más tarde que enseguida se sintió impresionado por Margot, sorprendido por ese carácter imperturbable y huidizo, recto y fiero. Fue una época durante la cual trabajó con un ahínco que nunca antes había demostrado, dejándose guiar por esa chica cuya valentía le hacía olvidarse de sus propios pudores. Él quería agradar a Margot tanto como deseaba llamar la atención de un

padre ausente que, más o menos por esa misma época, había emprendido la redacción de una biblia de la aviación chilena y se hallaba tan absorbido que no vio que su hijo seguía sus pasos.

La escuela de aviación y el Ministerio del Aire, en estrecho contacto con Europa, buscaban formar pilotos en caso de que estallara una nueva guerra. Como los prospectos nada decían acerca de la admisión de mujeres, Ilario comprendió que había una oportunidad que no se debía dejar pasar. Por ello, cuando ese joven judío hijo de un largo linaje de viajeros y tierras prometidas, de utopías abortadas y búsquedas dolorosas, vio que el avión de Margot no despegaba, habló con su padre.

Dos días después, Bernardo Danosvsky se presentó personalmente para ver el aparato que los jóvenes habían fabricado. Irrumpió en el jardín vestido con un pantalón de paño verde y una chaqueta con corte de aviador, y miró la máquina con detenimiento. Finalmente se volvió hacia Margot y le puso una mano en el hombro:

—Y pensar que todavía educamos a las chicas para que se dediquen a bordar.

Al día siguiente Margot e Ilario fueron admitidos en un pequeño club de aviación, en las afueras de la ciudad, para recibir clases de pilotaje. Esperaban ver un reino de alas, llegaron a un hangar. Frente a ellos se extendía una granja de pastizales con tres pistas de tierra apenas aplanadas, peladas y abolladas, con unos charcos de aceite. El espacio estaba ocupado por unas modestas majadas de aspecto industrial. Todo era de un color gris ceniza, con apariencia áspera y deteriorada. En los techos había colmenas y gallineros, huertos de verduras, y una vieja yegua negra dormía en el taller de reparación, tan sucio como una quincallería medieval. Ahí no había nada más rural, nada más banal que ese campo de metal, oxidado por el fango, lleno de aviones aficionados que iban y venían sin pena ni gloria, paseándose de un lado a otro entre las barracas y las zonas de estacionamiento, como un desfile de carretas. Ningún imprevisto, ningún ceremonial. Los alumnos aprendían a volar con máquinas en desuso, maltratadas por el viento, mal construidas, que volaban de milagro.

Al igual que Thérèse antaño en los círculos de halconeros de Río Clarillo, Margot sobrellevó las miradas libidinosas de los mecánicos, las insinuaciones, los chistes atrevidos, y se defendió contra los capitanes que trataban de seducirla con los relatos de sus accidentes. Para conservar los veinte centímetros de cabello autorizados por el reglamento, y que ella preservó con femenina dignidad, tuvo que luchar con terquedad y virtuosismo. Al cabo de un mes exigió efectuar su primer vuelo. Una mañana, cuando estaba ayudando a soldar unas

piezas de carlinga, uno de los instructores se presentó ante ella y con una mirada breve le dijo:

—Tú, mañana a las seis.

Esa misma tarde pasó su examen médico exitosamente, a tal punto que las enfermeras quedaron impresionadas por su capacidad pulmonar y le comentaron que si quisiera podría respirar tranquilamente en las cumbres de la cordillera.

—Tiene usted buenos pulmones.

—Es de familia —contestó Margot.

Al día siguiente, al amanecer, se presentó en la pista de despegue. Pero al llegar descubrió que no solo había unas ovejas paseándose en libertad por el terreno, sino también que unos burlones habían cubierto la pista con ramas formando una frase escrita deprisa: «Para el despegue de Margot».

Cualquier otra no tan fuerte como ella habría dado media vuelta y regresado a su casa, pero Margot se arremangó, se quitó el casco y pasó una hora apartando las ramas, tragándose las lágrimas. Pensó en Maryse Bastié, su vida trágica y apasionante que había leído, su lucha contra todas las desventajas de su género, y tuvo la dolorosa sensación de que lo único que la unía a ese grupo de aviadores era el escudo de la escuela que el sastre le había bordado en la guerrera. Cuando se presentaron los instructores, Margot estaba de pie en una pista limpia, lisa, sin ovejas ni malas pasadas, lista para ejecutar aquello por lo cual había venido.

Se le asignó un *Travel Air* que ya parecía más bien un cometa con motor, recubierto de tela, equipado con mandos arcaicos. Se metió de un salto dentro de la cabina, ajustó el cinturón a su talle, hizo las acostumbradas verificaciones, y encendió el motor. Un ronquido grave y modulado se dejó oír, un zumbido que venía de las entrañas del aparato. La hélice empezó a girar. Lo que unos días atrás no era más que un simple amasijo de chatarras y de pernos se puso en marcha por la pista de despegue. Se encendieron las luces de balizaje. El aparato adquirió velocidad y de repente, en unos pocos brincos, se elevó en el vacío.

Margot no sintió ni vértigo ni temor. Solo la potencia animal de quinientos caballos de metal que la arrancaron del suelo, desplegando sus alas fieras. Se elevó tan alto que tuvo la impresión de que todo el país se le aparecía de un solo golpe. Unas nubes gruesas se abrían en bultos y protuberancias. Eran formas curvas, bien perfiladas, abombadas como tinajas, suspendidas como corales, llenas de venas secretas; todo respondía a figuras femeninas. En ese instante, se le confirmó que el cielo no podía ser una palabra masculina. Margot no podía creer que los primeros aviadores hubieran sido hombres. Viéndolo, el cielo era de una feminidad explosiva, con redondeces de

corola. Era una morada hecha como un nido, un seno, demostrando que las primeras civilizaciones de nubes habían sido matriarcales.

De aquel vuelo, todos los siguientes se concentraron en recoger el eco. Margot obtuvo fácilmente su diploma de aviadora. Fue mejorando, progresó más rápido que los demás. Decían de ella que podía tocar la veleta de un campanario en pleno vuelo y bajar en picado a doscientos kilómetros por hora para recoger un pañuelo en el suelo con la punta del ala. Pero en marzo, por el tono seco de las cartas de su madre, a Margot no le costó adivinar el drama que tenía lugar en la casa de Santo Domingo que, bajo el follaje de los años, había caído en una soledad otoñal. Lejos de su hija, distanciada de su marido, Thérèse sucumbió a un lento decaimiento. Ese suave desmoronamiento tuvo repercusiones en la salud de la pajarera que, sintiendo esas fracturas íntimas, se puso a padecer de una depresión generalizada. La enfermedad cayó como el rayo sobre cien pájaros que empezaron a desfallecer, a sufrir fiebres acompañadas de diarreas verdes, se les hincharon los ojos, sus picos palidecieron, tanto así que ya no se podía entrar en la pajarera sin tener la impresión de penetrar en el cuarto de un moribundo. Los herrerillos estaban con la cabeza gacha, los gorriones con el lomo encorvado, los alcotanes con las alas caídas, las cotorras con el plumaje erizado, los inseparables tenían convulsiones. El búho de Thérèse perdió tanta gracia, fuerza y elegancia que se convirtió en uno de los escasos pájaros que viven sin plumas, cubierto de una piel rosácea que le daba el aspecto de un gato mojado.

Tal era la situación cuando Aukan llegó a la casa presentándose como uno de los mejores veterinarios de la ciudad, cargando con un maletín de barbitúricos y jeringas. Auscultó la pajarera con unos instrumentos que nunca se habían visto, y se puso a extraer secreciones de los picos. Minucioso, con manos rápidas y el ceño fruncido, inyectaba sopas de hierbas, hacía punciones de pus, hurgaba en los plumajes, y a veces sacaba de las alas unos piojos gordos como nueces y los mataba con vinagre blanco.

—Podrían comerse un caballo —decía.

Aukan insistió para desinfectar toda la pajarera. Según él, aislar las aves enfermas era dar un paso hacia la convalecencia, y ordenó desplazarlas sin perder tiempo, una por una, a fin de encerrarlas en cuartos especialmente ventilados según la especie.

—Hay que crear un ambiente apropiado.

Thérèse se defendió explicando que ella misma había hecho cuidadosamente la lista de los pájaros que podían vivir juntos, pero Aukan le contestó con una pizca de nerviosismo en la voz:

—Visiblemente, vivimos en un mundo donde no pueden cohabitar

todas las razas.

En el momento, Thérèse no reparó en la frase y, pese a ser una mujer bien informada, tampoco vio la alusión a la situación de Europa. En América Latina solo fue mucho más tarde cuando los periódicos empezaron a hablar de un extraño personaje, un canciller alemán que atraía a las multitudes y prometía encontrar a los culpables de la crisis económica. Corrían rumores de que una guerra podía estallar, de que el ascenso del nazismo conquistaba a las clases más vulnerables, y todas esas noticias llegaban en caravana con tanta certeza, tanta evidencia, que Thérèse concluyó que no podían ser creíbles.

La escuela de aviación no recibió el anuncio de una guerra cercana, sino de la pajarera afectada por una enfermedad. Margot decidió regresar a la capital en el tren de la tarde y apareció en su casa unas horas más tarde, en plena noche. Regresaba transformada por la confirmación de su vocación, por la vida ruda y atlética de la escuela, en plena forma. Al ver esa clínica veterinaria, esa pajarera medio vacía, con el olor a desinfectante y a podrido en los comederos y los bebederos, secos como fosos, echó a Aukan de la casa y acostó a Thérèse.

Con esa nueva energía que había adquirido, guardó los medicamentos desparramados encima de la mesa, quitó unas manchas, pagó a las sirvientas que reclamaban sus salarios. Instalada dentro de la pajarera con un tapabocas, examinó cada rincón y llegó a la dolorosa conclusión de que ese espacio ya no podía albergar adecuadamente tantas aves. Esas criaturas que antes mostraban en su reino sus plumas radiantes estaban ahora encogidas, envueltas en trapos, despojadas de sus nobles posturas, temblorosas como presidiarios. Alzaban sus cabezas calvas, impotentes y minúsculas, con sus picos entecos y sus plumas mustias, abriendo y cerrando unos párpados transparentes.

Esa misma noche, bajo su manta, Margot aguardó a que todo el mundo en la casa se hubiera dormido, igual que antaño había aguardado el completo silencio para ir a caminar por el tejado. Cuando todo quedó en calma, se levantó de la cama y salió a hurtadillas en la oscuridad del jardín. La pajarera mostraba la tristeza de un pozo de agua. Detrás de los barrotes sucios, el búho de Thérèse dejaba oír un jadeo de dolor. Margot pudo distinguir su cuerpo enflaquecido, su pico deformado, su abdomen hinchado. Estaba mirando fijamente, con ojos sin expresión, su morada abandonada y sumida en una oscuridad lechosa, como un lazareto de leprosos. Algunas cabezas minúsculas asomaban por los nidos colgados de los barrotes donde los huevos podridos, nunca eclosionados, infestaban el aire con su fétido olor. Margot, como aviadora, pensó que la mayor

desgracia era morir enjaulado. Y en ese instante, con todo el dolor de su alma, decretó que había llegado la hora de actuar con grandeza.

—Regresarán a Francia —se dijo a sí misma.

Abrió la puerta de par en par y puso los pájaros más frágiles en la hierba. Varios echaron a volar enseguida, otros se quedaron encogidos, inmóviles y resignados. Poco a poco, inquietos ante ese movimiento inusual, los que todavía estaban dentro de la jaula se pusieron a revolotear, a esponjarse, a lanzarse en un tumulto de plumas. Esa noche Margot liberó cien pájaros como si se liberara a sí misma de una vida antigua, y luego regresó a su cuarto. Metida en su cama, tuvo una pesadilla en la que, rodeada de movimientos solapados, vislumbró la pajarera quemándose en un gran fuego verde, y adentro unos carabineros matando los pájaros. Se despertó cubierta de cortezas de pino, como el día de su nacimiento, y se precipitó hacia el jardín para asegurarse de que la pajarera sí estaba vacía. Pero cuando bajó descubrió con asombro que, al no saber adónde ir, todos los pájaros habían regresado durante la noche y estaban posados en el techo de la jaula, como una cabellera de bronce.

En eso apareció Thérèse, envuelta en un chal, con el rostro angustiado y un periódico en la mano.

—¡Qué importan los pájaros! —exclamó, alargándole el periódico —. Alemania acaba de invadir Francia.

ILARIO

Más adelante, frente a los aviones alemanes, Margot Lonsonier nunca pudo comprender realmente por qué se había alistado en esa guerra en la que, por su doble nacionalidad y por su género, pudo haber evitado ser movilizada. A partir de ese día la enfermedad de los pájaros se convirtió en un problema secundario, y Margot estuvo tan obnubilada por ese conflicto que, al verla tan radiante, ciertos vecinos pensaron que ella había descubierto el amor. Se rodeó de mapas clavados en las paredes para seguir los desplazamientos de la red aérea de las Fuerzas Francesas Libres, estudiando el avance de las tropas mediante unas líneas rojas punteadas, tal cual su padre había hecho durante la Primera Guerra Mundial. Ella misma se confeccionó su uniforme de aviadora mientras que las vecinas de su edad tejían bufandas para los reclutas. Y todas las noches, alumbrándose con una bombilla amarillenta, soñaba con esas provincias remotas llenas de ciudades sublimes que el desorden de las explosiones borraba de las enciclopedias. Los periódicos *Candide, Le Jour, L'Illustration*, llegaban semanalmente cargados de noticias, pero los periódicos chilenos El Mercurio y Últimas Noticias también dedicaban la mitad de sus páginas a los acontecimientos e instalaban paneles informativos en sus fachadas, renovándolos tan a menudo que apenas si daba tiempo de leerlos.

Chile, neutral durante casi toda la duración del conflicto, se limitó a unas amenazas diplomáticas, y siguió despachando hasta el extremo sur del país la correspondencia que venía de Europa. Declaró que, de todos modos, sus Fuerzas Armadas solo estaban equipadas para aproximadamente quince minutos de combate. Muchos jóvenes chilenos, quizás porque vivían lejos y estaban desinformados, apoyaron al tercer Reich al comienzo del conflicto. Igual que Ilario Danovsky, estaban convencidos de que Estados Unidos mentía, manipulaba la prensa, mientras que Alemania proponía limpiar las democracias corruptas. Pero con el transcurrrir de los meses, en el norte de Chile empezaron a circular revistas y ediciones especiales de El Siglo o Ercilla, que difundían masivamente noticias acerca de los horrores cometidos por los nazis, o acerca de las juventudes hitlerianas. Asimismo, el Instituto Chileno-Norteamericano proyectó

gratuitamente documentales en las plazas principales para que todo el mundo pudiera ver en imágenes lo que estaba desarrollándose al otro lado del océano. En noviembre, un comunicado del Ministerio del Aire anunció que la aviación francesa había perdido trescientos aparatos en quince días. Al mismo tiempo, Maryse Bastié declaró a la prensa: «Las aviadoras quieren servir».

Margot, en un impulso confuso, se unió a aquel grito. Inició los trámites de admisión ante la embajada de Francia en Chile, y envió una carta al consulado con la intención de añadir su nombre en la lista de pilotos civiles. Aunque ya era mayor de edad, deseaba que su padre la firmara de su propia mano, simbólicamente, autorizándola a ir a Inglaterra para combatir. Pero Lazare estaba tan absorto en el auge de su fábrica que cuando Margot se presentó en su oficina, al echar una mirada distraída hacia ella, no reconoció enseguida a su hija, confundiéndola con una monja anglicana que venía a buscar sus cajas de hostias. Margot se había convertido en una verdadera mujer, con rígida determinación, y esa aparición le dio la impresión de que su hija nacía por segunda vez.

—Me marcho a pelear por Francia —le dijo ella.

Lazare se vio a sí mismo veinticinco años atrás, casi desnudo en medio de su salón, alzando el puño en un olor a cortezas de limón, pronunciando esas mismas palabras, y surgió ante él la imagen de aquel joven extraviado. Hoy, a sus cuarenta y seis años, sentía el mismo amor por Francia que en los tiempos de su juventud, pero también el mismo miedo a la guerra. Le rogó que se quedara.

—Si no voy —contestó Margot— recibiremos la carta para los cobardes, con una pluma blanca adentro, la que Francia envía a los desertores.

—Prefiero vivir con una pluma blanca y una hija, que sin ninguna de las dos.

Pero los temores de Lazare no bastaron para retener a Margot. Recibió de la embajada su admisión e hizo saber a Ilario, todavía en la escuela de pilotos, que ella se marchaba al frente. Si bien nunca había ido a Inglaterra, estaba tan bien informada que anexó a sus cartas unos mapas con la posición de las pistas, la cantidad y el tipo de aparatos que aspiraba a pilotar.

El 10 de julio a las siete de la mañana, en el aeropuerto Los Cerrillos, Ilario estaba esperándola en el terreno. Se elevaron en el cielo, dieron una vuelta por encima de la base a manera de saludo, y pusieron rumbo a Buenos Aires donde debían embarcar hacia Londres en el carguero r.m.s. Orbita.

Fue la segunda guerra para un Lonsonier. Ilario y Margot llegaron

a Londres cuando la Luftwaffe llevaba un año bombardeando los puertos ingleses. Los aviones atacaban los convoyes marítimos de Weymouth, la estación de radar de Ventnor quedó fuera de servicio, la desembocadura del Támesis rebosaba de carcasas de fuselajes, como una pajarera llena de alas rotas. En sus riberas, en los suburbios, entre los depósitos, por todas partes, había comedores instalados para los aviadores, donde iban y venían centenares de miembros de tripulaciones. Había que ahorrar el carburante, los céspedes eran quemados para secarlos, ya eran incontables las pérdidas. Así, desde las primeras horas, lejos de su tierra y de su familia, Margot e Ilario comprendieron que les iba a costar ser admitidos en las Fuerzas Aéreas libres. Hablaban un inglés impreciso y, como las equivalencias de los diplomas aéreos con Chile no habían sido ratificadas, tuvieron que nivelarse por abajo, igual que todos los latinoamericanos que se alistaron en la Segunda Guerra Mundial.

Margot comprobó los anuarios de aviación. Al cabo de dos semanas, fue convocada para incorporarse a los «servicios generales» que en realidad no eran más que unos servicios de mantenimiento y limpieza. América Latina estaba siendo apartada de los honores de los campos de batalla, y Margot pasó sus días vaciando retretes, cambiando las sábanas de los reclutas, pelando zanahorias, quitando los lunares de las patatas. Se inició en la jerga, en la actitud de los bombarderos, en los caprichos de los coroneles. Logró ser transferida y trabajó un tiempo en una fábrica de municiones donde verificaba las armas de los Spitfire, once horas al día, sin ningún día de permiso. Luego la pusieron a lavar cilindros y a frotar piezas con potasa en un momento de la guerra en que los latinoamericanos empezaban a ser más numerosos en las filas de la raf, de modo que, al seguir aumentando en cantidad, las autoridades decidieron crear *unaSouth American House*.

Tan pronto como su nivel de inglés fue suficiente para seguir los cursos, a Margot se le metió en la cabeza cumplir las ciento cuarenta horas de vuelo necesarias como *drogue operator* para tener derecho a volar. Demostró que sabía calcular las posiciones y las distancias, utilizar la navegación por estima, evaluar las rutas ortodrómicas. Pronto fue asignada al servicio del departamento auxiliar de transportes para evitarle no los peligros, sino las glorias de una lucha de la que ya se avizoraba que sería legendaria. Solo se le permitió volar con la condición de limitarse a trasladar aviones de un punto a otro. Fue en esa época cuando mandó bordar en el hombro de su uniforme, al mismo tiempo que Ilario, la bandera chilena.

Pasó así dos años asegurando la transferencia entre distintos aeropuertos de los aparatos que debían servir a los pilotos para los combates. Cuando efectuó su primer trayecto en el espacio aéreo

británico, pensó que ahí el cielo no era tan puro como el de Chile, las estrellas no tan risueñas, el horizonte no tan despejado, y observó que siempre se amontonaban nubes oscuras sobre las ciudades, como ovejas alrededor de su pastor. Ella que hasta entonces solo se había subido a aviones de escuela, aparatos inofensivos y temblones, ahora se hallaba a bordo de unas máquinas de guerra robustas y poderosas, concebidas para destruir, y cuyo fuselaje solía tener marcas de impactos. Todo era práctico y liviano excepto la cacha de la ametralladora, enorme y lisa como un mástil sólido, espantosa en el centro de la carlinga.

A las seis de la mañana Margot se dirigía a las zonas de estacionamiento y encendía los motores que se enfriaban por la noche, con un ronquido áspero. Descubrió que mascar chicle le destapaba los oídos, aprendió la jerga de los mensajes meteorológicos, comprendió que tenía que subir a cuatro mil pies de altura para evitar la constante bruma inglesa. Se llevaba solo un bote salvavidas, comida para tres días y un termo de café. Con su bandera chilena bordada en el hombro, a pesar de sus pieles y sus ropas de lana, trataba de evitar cualquier sobrepeso hasta el punto de rebajarse las suelas y recortar los márgenes de sus mapas.

Así, quizás por ser una de las pocas mujeres en un oficio de hombres, rechazó aún más ese extraño sentimiento de miedo, abrazando con más agallas que los demás aviadores esa existencia sometida al azar. A veces, en pleno cielo, sin tener autorización para disparar, se permitía acariciar la cacha de la ametralladora como un objeto prohibido y entonces se le tensaban los músculos. Al verla en su cabina, con la cara y los hombros rígidos, el cuerpo tieso, las manos apretando los mandos, se adivinaba en esa mujer una fuerza reconcentrada. Siempre sentada, la fatiga no le afectaba. Volaba los siete días de la semana, nueve o diez horas al día, durmiendo solo algunos minutos entre un traslado y otro. Lejos de todo heroísmo, su triunfo era el cumplimiento de su minúsculo compromiso. Por encima de las nubes, mostraba la paciencia de un cóndor que aguarda a que escampe agachando la cabeza.

En esa época, Ilario Danovsky aprendió a pilotar los aviones más caprichosos. Poco a poco fue comprendiendo que su éxito militar dependía de su determinación, de su valentía. No tenía la misma ardiente afición que Margot por la aventura y el peligro, pero esa diferencia no hizo más que enriquecer su aprendizaje. Ese equipo de dos, esa complicidad chilena se engalanó con el prestigio de la camaradería, que es a la vez libertad y encierro. Adquirieron un mismo rostro, una misma sangre, una misma ira. Sin jamás participar en los combates mientras que otros atacaban represas y bombardeaban centros de investigación, ellos cargaban material en los

aviones y repatriaban cadáveres en envolturas de nylon. Aunque nunca disparaban ni una sola bala, distribuían piezas de artillería para cada escuadrón. Habían creado una especie de pantomima entre los dos: a la fatiga de uno respondía la resistencia del otro, y sus gestos estaban tan bien combinados que había quienes sospechaban que los ensayaban antes de volar.

Un día, cerca de los acantilados franceses, sobrevolaron una pequeña escuela de pilotaje y se acercaron a baja altitud. Por un instante, Margot se vio a sí misma en su club de aviación en Chile. Volvió a ver los depósitos, las barracas de techos de lata, las pistas peladas. Para salir de ese estado de gracia y percatarse de que esa base estaba tomada por los alemanes necesitó cerca de treinta segundos.

El espectáculo que entrevió le heló la sangre. En el terreno central distinguió una larga hilera de Messerschmitt que ocupaban la explanada en filas apretadas, bloqueando el paso hacia el interior del país. Como el monoplano de Ilario no estaba lejos, le hizo una señal para que se alejara. Ilario alzó la cabeza y se estremeció: acababa de ver, saliendo de las nubes como chispas negras, tres cazas alemanes que se arrojaban sobre ellos.

Ilario puso rumbo a Inglaterra lanzándose hacia el mar. Quedó enseguida fuera de peligro. Margot, por reflejo, trató de dar media vuelta para escapar, pero descubrió detrás de ella un Fokker que giró sus ametralladoras y se puso a disparar. Por un segundo no vio salida alguna, pero una fuerza se apoderó de ella y, desviando la punta del avión hacia arriba para tomar más altura, empujó a fondo las palancas de mando. Dos Messerschmitt rugientes la siguieron. Rompían las masas de nubes grises y se le pegaban atrás, tiroteando a ciegas. Eran cinco o quizás seis disparando ráfagas secas, maniobrando para cortarle el paso, acorralándola como a un animal. Evitando el chasquido de las balas con sus últimos recursos de virtuosismo, Margot colocó los dos pies de plano en el timón de cola y agarró firmemente el mando. Se elevó aún más, pensando poder escapar, y aún más, como un águila encendida. Pero los cazas la seguían tan de cerca que ella sentía el aire desplazado por sus hélices.

En un último intento hizo un *looping*, como en sus años de acrobacias en la escuela, y descendió hacia el mar. El avión, zarandeado, se sacudía por todas partes, danzando como una hoja seca, dando vueltas sobre sí mismo, precedido por llamas que se desprendían de sus velas metálicas. Las nubes se disiparon. Margot se halló de vuelta a las costas, reconociendo a lo lejos la escuela de aviación y las filas de Messerschmitt.

Los cazas estaban tan cerca que supo que el combate estaba perdido. Atacada, viendo que se acercaba el suelo, ya se le hacía

imposible zafarse. Pero de repente avistó el avión de Ilario que regresaba. Aunque ya estaba fuera de peligro, Ilario había dado la vuelta, bruscamente embargado por un afán de bravura. Margot vio que se arrojaba directamente hacia la pista de la escuela. En pleno vuelo, Ilario abrió la carlinga, accionó su asiento eyectable, y lanzó su avión como una bomba sobre los aviones alemanes. La explosión fue tan impresionante que los cazas que perseguían a Margot se apartaron de ella y dieron media vuelta para ir en ayuda de los suyos.

Las columnas de fuego subieron hasta mil pies. En medio del humo Margot pudo ver a Ilario colgado del paracaídas, cayendo lentamente hacia un grupo de soldados alemanes que se habían salvado de las llamas y le esperaban en tierra. Ella tuvo que asistir, impotente, a su caída. Ilario trató de sacar su pistola para no entregarse vivo al enemigo. Pero estaba desarmado. Trató de orientar el paracaídas hacia un acantilado gredoso y sus miradores pedregosos, pero se le enredaron las correas y no pudo desviar la trayectoria. Los alemanes aguardaban pacientemente, con el rostro alzado hacia el cielo. Ilario, en su mono de aviador, dio un grito que desgarró el aire y llegó hasta Margot. Ella adivinó su desesperación. En ese instante se halló ante el dilema que su padre, Lazare Lonsonier, había vivido cuando se encontró con Helmut Drichmann: ¿había que cometer un crimen o un acto de cobardía?

Obligada a tomar una decisión, sola dentro de su cabina, estalló en ásperos sollozos que la ahogaban. En contra de su voluntad, Margot comenzó a dirigir los cañones hacia Ilario con mano temblorosa, empujó el mango, que contrajo su envoltura, y colocó el dedo en el gatillo, dispuesta a matar al único hombre a quien amaba como a un hermano. Iba a disparar cuando Ilario, siempre colgado del paracaídas, volvió hacia ella su cara regordeta, sus ojillos de cosaco, y le sonrió. Todo pareció resolverse en una fracción de segundo. Con un último gesto, él le hizo una señal para que se fuera, que se salvara, que ella no cargara con ese crimen. La guerra no debía vencer a los hombres. Ilario levantó el puño al cielo y mientras caía hacia la muerte tocó la bandera chilena que ambos llevaban bordada en el hombro.

HELMUT DRICHMANN

El día en que Lazare Lonsonier se encontró con Helmut Drichmann por segunda vez, hacía treinta años que este había muerto. Quienes vivieron aquel instante recuerdan que eran las dos de la tarde cuando el soldado alemán hizo su aparición en la casa sin que nadie pudiera explicar cómo, ya que la puerta había permanecido bajo cerrojo y las ventanas estaban cerradas. Cruzó el umbral con la mayor desenvoltura y se instaló frente a Lazare, quien estaba sentado leyendo y le reconoció enseguida. Lazare había guardado en su memoria la imagen de un joven toro rubio con el rostro cubierto de lodo de camuflaje, y no se sorprendió al verle exactamente como le había dejado en el campo de batalla, en plena Primera Guerra Mundial, con sus dieciocho años, su porte olímpico, su cabeza cuadrada y sus cabellos como espigas blancas, fiel al retrato que se hacía de él. Comprendió repentinamente que había llegado la hora de enfrentar a ese fantasma que habitaba en sus sueños desde su regreso del frente, ese soldado a la vez hermano y enemigo, el único hombre en la tierra que conocía aquel secreto.

—¿Es el pulmón, verdad? —preguntó Lazare con voz ahogada.

El soldado le dirigió una sonrisa serena:

—Es el pulmón. Te queda un mes.

Helmut Drichmann había surgido del más allá en uniforme del ejército, con un pantalón de dril cuyo pliegue vertical estaba bien planchado, y una antigua insignia de *Totenkopf*, una calavera de metal que los húsares germanos se prendían en el ojal. Tenía como único equipaje un balde de metal que balanceaba tristemente en su brazo. Era sin duda uno de los hombres más guapos que se hubieran visto en la calle Santo Domingo. La finura de su cuerpo de hombre joven contrastaba con la silueta de Lazare, engordada y compacta, envejecida por treinta años de noches agitadas, ilusiones marchitas y deseos obsesivos. Las facciones simétricas de Helmut Drichmann, su mirada ardiente y profunda, su nariz aguileña le daban aires no de un espectro nebuloso y azulado que conspira contra la paz de los vivos, sino de un hombre joven estable, calmado y decidido.

Cuando Thérèse apareció en el salón con los brazos cargados de

semillas de sésamo y granos de maíz, se quedó tan sorprendida al ver a un desconocido en su casa que las bolsas se le cayeron y todo su contenido se vació encima de las alfombras. Helmut Drichmann se arrodilló y, con una delicada paciencia nunca vista por Thérèse desde que amaestraba rapaces en Río Clarillo, recogió los granos y los metió cuidadosamente dentro de su balde. Seguido por la mirada extrañada de Lazare, se puso de pie y salió al jardín hacia la pajarera. Por la ventana, le vieron pasar el brazo entre los rombos de las rejas para alimentar los diamantes cebra que, pese a no estar acostumbrados a las visitas, bajaron a comer directamente de su mano.

—¿Quién es este muchacho? —preguntó Thérèse, desconcertada.

Lazare se apresuró a decirle una mentira.

—Es el hijo de un amigo del sur.

—¿Y por qué va vestido como un soldado alemán?

—Creo que no está muy bien de la cabeza —le contestó.

Durante treinta días, a todas las personas que pasaron por la casa de Santo Domingo se les dijo que ese joven era el hijo mayor de un enigmático amigo al que Lazare conoció antaño en el territorio de Cajón del Maipo, durante su viaje con los mapuches que vendían joyas de plata. Nadie hizo más preguntas y al cabo de una semana todos se acostumbraron a la presencia tranquilizadora de ese joven intruso, al que consideraban tal vez como traumatizado por una antigua guerra y quien, sin molestar a nadie, con candoroso asombro, observaba el mundo como si hubiera despertado de un largo sueño.

Así fue como un muerto llegó a formar parte de la familia Lonsonier, y un mes después dejaría una marca grandiosa y terrible. Su llegada en mayo fue un respiro y aflojó las tensiones creadas por la ausencia de Margot. Surgía todas las mañanas, con puntualidad militar, no se sabía de dónde, no hacía ningún ruido al entrar en las habitaciones, apenas si comía y miraba fijamente la pajarera con ingenua curiosidad. No era un fantasma que deambula, que se oculta en los ramos de camelias, que se desliza cual duende huidizo y furtivo por debajo de las sábanas, sino un ser seductor y pacífico que pedía permiso antes de retirarse. Aunque su uniforme era viejo, no tenía el olor desagradable de las cosas viejas. Cuando se le preguntaba por su pasado, no tenía ninguno, tampoco aspiraciones futuras, y su respuesta era solo una sonrisa cándida con un leve movimiento de hombros, como si la muerte le prohibiera hablar de los asuntos de la vida. Por la puerta de la cocina que se quedaba abierta, las sirvientas solían acecharle sonrojándose, fascinadas por la hermosura serena de ese príncipe tranquilo y vigoroso, cuya noble figura revestía los aposentos de una germánica elegancia.

Lazare le tomó afecto enseguida. Siempre supo que la muerte le sería anunciada por intermedio de aquel joven soldado. Su presencia

le había acompañado durante tanto tiempo y de manera tan puntual que entre ambos se instauró como un vínculo de cortesía. Pero desde que veía a Helmut Drichmann, una fuerza invisible y subterránea se había despertado en él. Así, a pocas semanas de su fin, nunca se sintió tan juvenil. La certeza de que le había llegado su hora le dio una extraña vitalidad que le volvió impermeable a la pena. Entonces se enfrascó en sus asuntos pendientes con total devoción, feliz de saber que iba a morir con varios años de anticipación.

—Qué alivio —pensó—. Todo el mundo debería conocer la fecha de su muerte.

A sus cincuenta y un años desarrolló una robustez envidiable y una elegancia proverbial, ya solo se ponía mocasines de cabritilla, chaquetas de tweed a cuadros, un perfume a la moda inglesa y aceites para la barba, a fin de recuperar una juventud que se le escapaba. Una leve artrosis le obligaba a desplazarse con un bastón cuya empuñadura tenía forma de pico de cuervo, y a llevar siempre colirio en el bolsillo, pero el afán disciplinado que ponía en su trabajo le daba esa actitud imperceptible de rebelión que se constata en las personas que no quieren envejecer. Redactó su testamento en francés, con un lenguaje sostenido que ya estaba en desuso, y dejó el manejo de la fábrica a Héctor Bracamonte quien, recordando como había entrado a trabajar en ésta, tuvo la impresión de estar robando a Lazare por segunda vez.

Thérèse se hallaba entonces en la cúspide de su gracia. Tenía cuarenta y cuatro años y un aspecto de occitana amorosa y afable, suscitaba en los demás una calidez confiada. Aunque su rostro tenía una tierna expresión de flor marchita, ella pertenecía a esa categoría de mujeres que, por la arquitectura de sus facciones, por lo ajustado de sus formas, permanecen leales a su juventud más allá de los años.

Sin embargo, se sentía habitada por una angustia constante. Hacía varios meses que ya no tenía noticias de Margot y aguardaba un armisticio con cierta impaciencia. Tras una vida de claridad y tinieblas se había resignado a que su siglo fuera un siglo belicoso, pero no podía conformarse con la idea de no volver a ver a su única hija. Mientras tanto perfumaba de magnolia el cuarto de Margot, cambiaba las sábanas de la cama, quitaba el polvo de los libros de aviación que todavía quedaban en los estantes, y encendía cirios azules para apresurar su regreso. No vivió ni un solo instante en paz y tuvo que admitir que solo la presencia espectral de Helmut Drichmann la sacaba de sus tormentos. La profunda soledad en la que él iba y venía entre su salón y la pajarera, la extraña manera con la que miraba el agua que manaba de la pequeña fuente, su búsqueda silenciosa de granos de maíz en los comederos, todo hacía pensar que él era un joven ornitólogo con las mismas pasiones que Thérèse.

—Él también tiene alma de pájaro —dijo un día a Lazare.

Thérèse se sentía tan conmovida por ese joven caído del cielo que repartió por el jardín unos recipientes llenos de una mezcla de piñones para palomas, cereales y picadillo de huevo a fin de que él mismo pudiera ofrecerla en su mano abierta entre los calados de la reja. El día en que le vio torciéndose el brazo para alimentar a los gorriones, le abrió la puerta de la pajarera.

—Puedes quedarte adentro si quieres.

Helmut Drichmann se puso junto a la pequeña fuente, inclinó su balde de metal y lo llenó de agua. Así fue como se instaló en la pajarera, abasteciendo de agua la trinchera de su recuerdo hasta la mañana en que se anunció la paz en Europa y Margot Lonsonier pudo volver a casa.

En junio Margot hizo irrupción en el jardín. Llegó avejentada como una piedra gris y rugosa, hueca y tapizada de estrellas de mar muertas, con un fuerte dolor en el cuello que le duraba desde hacía cuatro años. Fue una mujer hecha ruinas la que Thérèse encontró en la entrada de la casa de Santo Domingo. Estaba trabajando en el patio y se quedó horrorizada al ver a esa chica con ojeras azules, boca cadavérica, rostro pálido y nervioso, a la que había imaginado cien veces estrellándose en algún lugar del canal de La Mancha y en la que ahora adivinaba, por su rostro agotado y sus negras aureolas de cansancio, los años de dormitorios estrechos y de humillaciones superadas.

—¡Cristo santo! —exclamó—. ¿Qué ha hecho el mundo contigo?

Fue un recuerdo vago el que Margot guardó de su regreso pero, hasta su muerte, se acordaría perfectamente de la primera vez que Helmut Drichmann, sentado en el centro de la pajarera, llegó a su vida. Ella estaba cruzando el jardín cuando le distinguió entre los barrotes. No notó ni su tristeza, ni su desasosiego, ni su soledad, solo la Totenkopf que volvió a sumirla en los horrores de la guerra.

—¡Pucha! —gritó—. ¿Estamos acogiendo a un alemán?

Helmut Drichmann se levantó cortésmente y Margot constató que él le sacaba una cabeza. Por un instante la ira se apoderó de ella, quiso darle un puñetazo en la cara y tratarle de nazi, pero se contuvo. Se quedó muda y ese mutismo la acompañó durante los nueve meses que siguieron, hasta el día en que volvió a hablar para decir cuál era el nombre que había escogido para su hijo.

Aun cuando trató de retomar una existencia normal, Margot nunca pudo volver a pensar en Inglaterra sin sentirse acosada por el recuerdo de Ilario. Escenas confusas en su mente mezclaban años de combates y alegrías en común chocando entre sí. Acariciaba la quimérica esperanza de que un mensajero desconocido vendría a darle la

prodigiosa noticia de que él seguía vivo. En Santiago trabajó durante un tiempo con unos pilotos. Ahora el talento que antes había demostrado se reducía a exhibiciones, publicidades, banderolas atadas en la cola de los aviones, o lanzamientos de prospectos que obstruían las calles con un océano de panfletos. Su vuelta a las cosas ordinarias, a la calma, a las distracciones de una ciudad como Santiago, era de carácter tan simple que sintió un vértigo confuso contra el que las atenciones familiares más generosas siempre iban a estrellarse. Solo Lazare comprendía lo que ella estaba viviendo, por haberlo padecido treinta años atrás, y fue él quien le sugirió tímidamente:

—No es un avión lo que te hace falta. Es un novio.

Pero no habían pasado suficientes días desde su regreso a Chile para que otro hombre pudiera tomar el lugar que Ilario había ocupado por tanto tiempo. Si Margot cerraba los ojos, todavía podía verle caer entre las garras de los alemanes, en el eco zumbante de los aviones de caza, ceñido de su paracaídas como un rey, tocando con su mano la bandera que llevaba bordada en el hombro. Ese recuerdo, rumiado por tanto tiempo, la llevó a concebir el proyecto de reparar el antiguo avión de ambos, cuya carcasa podrida y abandonada parecía un barco naufragado. Con paciencia y disciplina, Margot se encerró en una cotidianidad de obrera en la que pudo sacar provecho de las enseñanzas de la guerra. Trabajaba lentamente, lo que hacía pensar que de noche deshacía su labor del día, no para borrar el recuerdo de Ilario Danovsky, sino para revivirlo. A veces Thérèse la miraba desde el balcón y suspiraba con profundo desasosiego.

—Se diría que su mayor desgracia ha sido no haber tenido ningún accidente.

Margot nunca supo exactamente hasta dónde quería llevar la reparación de su avión, pero todo ese alboroto de herramientas acabó llamando la atención de Helmut Drichmann. Ella se percató de que, desde la pajarera en el otro lado del jardín, él la observaba como un animal atemorizado, con discreta atención, fascinado tanto por ella como por ese nuevo pájaro de metal. Se desconcentraba en su trabajo cuando el espacio se llenaba del olor inconfundible a lodo, a botines viejos y a lluvia, y entonces sabía que Helmut Drichmann estaba pasando cerca de ella, sin hacer ruido, inexpresivo como una sombra fugaz, con su balde en la mano.

Transcurrió un mes. La noche de la muerte de Lazare cenaron un *coq-au-vin* preparado por Thérèse. Al final de la cena Margot se retiró discretamente a su cuarto, sin prisa, y se recostó bajo el edredón. Enseguida se quedó dormida, pero a los pocos minutos la despertó un sonido de tintineos. No entendió de inmediato que el sonido venía de afuera. Cuando se asomó a la ventana pudo distinguir, entre las hojas de los árboles y en la penumbra, una tímida luz al fondo del jardín.

Mucho después, cuando volviera a pensar en esa noche no lograría comprender qué la había empujado a abrir las contraventanas para ir a soñar sobre el techo, para salir al jardín adormecido, como lo hacía en su infancia, sin zapatos, a hurtadillas, vestida con una bata de percal.

La casa estaba silenciosa, las lámparas apagadas. La brisa mecía los móviles de las rejas y las frutas del huerto. La pajarera estaba en calma, cruzada por cuerdas de color donde dormían los pájaros. Los ruiseñores habían anidado en unos nichos y los capuchinos arroceros, engalanados como príncipes, se afilaban el pico contra la reja. Todo estaba inmerso en una luz azul, y Margot tuvo la sensación de estar viviendo un instante único, tanto así que dejó de andar para contemplar toda la belleza de esa escena cuyos elementos reunidos alcanzaban, en aquel minuto suspendido, una extraña perfección.

Distinguió dentro de su avión una silueta enmarcada por la ventanilla de la carlinga, y luego la cabeza de Helmut Drichmann encajada entre los mandos, reparando el panel de controles. Le pareció más pálido, más diáfano, más transparente de lo habitual, como si estuviera desapareciendo, con sus ojos brillantes, sus finas cejas blancas y su frente de marfil. Entonces le oyó decir, con un hilo de voz melancólica, como venida de otro tiempo:

—Yo sé por qué este avión nunca ha despegado.

Primero le pareció que Helmut Drichmann estaba incoherente, no era más que un fantasma que venía a deambular por este rincón perdido de la tierra. Pero después de haberle mirado mejor, le pareció que se daba un sutil cambio en su perfil. Él se quitó la chaqueta de paño y se arremangó la camisa de lana. Margot quiso retroceder, pero él se inclinó hacia ella y la besó.

Margot tuvo la impresión de poner sus labios en la piel de una enorme serpiente. Sintió algo frío, se le helaron las venas, y cuando él la estrechó contra su pecho, Margot creyó estar entrando dentro de un pedazo de hielo. No obstante, relajó el cuerpo, echó la cabeza hacia atrás, abrió las piernas y se aferró a las alas de su avión. Tuvo que agarrarse más fuerte y taparse la boca con una mano para no despertar a todo el vecindario cuando un vigor espeso la atravesó como una lanza, la dobló sobre sí misma y casi la partió en dos. En la furia metálica del instante, renunció a luchar contra ese placer feroz, mirando a Helmut Drichmann con una expresión a la vez de desafío y de obediencia.

Hicieron el amor una sola vez, pero Margot tuvo la extraña sensación de que, aun cuando él era hábil, era su primera vez. Ella le devolvía en la muerte lo que aquel soldado, fallecido demasiado joven, no conoció en vida. Fue un placer nebuloso cuya perfecta plenitud estuvo ritmada por el vuelo incesante de los pájaros dentro

de la jaula y el seco olor del aceite quemado. La pasión avergonzada que sintió Margot por Helmut Drichmann fue probablemente la emoción más onírica de toda su vida, aún más intensa que su vuelo por encima de la escuela de aviación, y medio siglo después seguiría invocándole en sus noches solitarias.

Mientras que Margot vivía esa primera noche de amor, Lazare saboreó su última noche. Durante todo ese día había fingido estar normal, trabajando con su habitual disciplina, y nadie notó en su actitud el presagio de una muerte anunciada. Aguantó con una serenidad desconcertante, como si se preparara para recibir alguna distinción. Esa noche puso en orden sus cosas en la capilla, clasificó sus facturas, y antes de salir apagó las luces de su taller con gesto lento y nostálgico, respirando por última vez el olor de la harina. Sintió una leve sacudida y, casi inmediatamente, una inmensa sensación de alivio, de liberación, como si hubiera esperado ese momento desde su nacimiento.

En el cuarto, encontró a Thérèse desnuda, recostada dentro de la bañera, flotando en el agua como una ondina. Para él, ella estaba tan resplandeciente como la primera vez que se habían amado en aquella noche de bodas que olía a flores de aciano y de cilantro. Ya no había vestido de novia, ni ámbar de melaza, ni otros artificios, habían alcanzado una edad en la que es necesaria una sencillez otoñal para hacer el amor. Ahí estaba una mujer de cuerpo tan frágil como una pata de pájaro, que había perdido la firmeza de sus caderas, la redondez de sus nalgas, una mujer que se le quedaba mirando con dolorosa confianza. Una desnudez nueva se le dibujaba. Lazare se metió en el agua tibia junto a ella, todos los recuerdos subieron a la superficie, él la abrazó con suavidad para no atropellar el frágil equilibrio instalado por Thérèse. Sabiéndose ya muerto, sin siquiera preocuparse de avisarle las tristezas por venir, Lazare tuvo la inconfesable sensación de haber comprendido a su mujer demasiado tarde. Estrechado contra ella, abrazados ambos dentro de la bañera, sin drama, Lazare le murmuró una última frase que ella nunca comprendió:

—He matado a Helmut Drichmann.

Al día siguiente, cuando Thérèse se despertó, Lazare ya no respiraba. Ella permaneció un instante en sus brazos fríos, frente a su rostro inmóvil, y en su mirada vacía percibió una luz fija, dirigida hacia un pozo extraño que la asustó.

A las tres de la tarde perfumaron el cuerpo de Lazare con mirra. Thérèse, con gestos suaves y lentos, llenos de ternura desgarrada, le puso su traje a rayas, el que Lazare solía adornar en el ojal con una valeriana recogida en el día, y le aplicó un aceite oloroso en la barba, haciéndolo con más delicadeza que él mismo. Se quedó sorprendida

viéndole tan delgado, tan desmedrado, como si la muerte se hubiera llevado parte de él. Anoche aún, dentro de la bañera, estrechaba en sus brazos a un hombre vigoroso, poderoso, pero ahora descubría una piedra seca y hueca, una espalda huesuda, un pecho con cicatrices moradas y feas. El cuerpo de Lazare, tras cincuenta y un años de ambiciones y rebeliones, de vida en común y dolores estériles, llevaba la huella de un prolongado combate que él había asumido a pleno pulmón. Thérèse le puso un poco más de gomina en el cabello, se lo cepilló hacia atrás, descubriéndole la frente y sus venas, levemente verdes. Enderezó los seis cojines bordados que le sostenían la nuca y le dio un último beso, medio marchitado por las demoras del amor. Al verle así, elegante como para ir a una boda, con el perfume de la mirra esparciéndose en bocanadas, las manos cruzadas encima del estómago, le pareció más guapo que el hombre al que había conocido.

—Hasta la muerte te queda bien —murmuró.

El cuerpo fue velado en el cuarto matrimonial, transformado en una especie de nicho gótico mediante cortinas livianas de gasa oscura, paños de estambre y unas velas colocadas en la mesita de noche como un altar de cera. Al día siguiente, bajo una llovizna, el cortejo fúnebre cruzó con paso silencioso la calle Santo Domingo y su doble fila de álamos y faroles, esa calle por donde Margot había intentado echar a volar su avión y ahora algunos transeúntes, al salir de sus porches, la reconocían y se quitaban el sombrero en señal de respeto. Permaneció silenciosa durante toda la ceremonia, con ojos enrojecidos y rostro pálido. No podía creer que en el transcurso de un mes había visto desaparecer a los dos hombres más importantes de su vida y había entregado su virtud a un tercero. Decidió ocultar su lance con Helmut Drichmann, igual que su padre calló durante treinta años la escena del pozo de agua. Pero ahora su silencio la relegaba a su soledad, y las dos semanas siguientes no logró dormir serenamente, despertándose a cada rato, con el estómago revuelto por un fuerte olor a viñedo.

Se le retrasó su ciclo. Cuando Margot comprendió que estaba embarazada, pensó enseguida en Helmut Drichmann con amarga ternura y se puso a contar los días con los dedos. Huérfana y madre de una sola vez, se sintió presa de emociones contrarias. Ese soldado alemán había matado a su padre y le había dejado un hijo. La paradoja la asustó. Como no se le conocía ningún novio, cuando su embarazo fue visible corrió el rumor de que había quedado fecundada por la guerra, y al final del segundo mes Margot adoptó un pacifismo radical, huyendo de los banquetes de aviadores y las cenas de antiguos combatientes. Se acentuó su inclinación originaria al silencio y al aislamiento. Hasta llegó a pensar que su existencia no estaba destinada al vuelo, al combate aéreo y al rescate aeropostal. Nunca más volvió a pisar un terreno de aviación, ya no soportaba el olor a

aceite de ricino, evitaba el ruido de hélices, prohibió que en su presencia se pronunciaran las palabras aterrizaje y carlinga, y fue casi con una dicha oculta, con una alegría avergonzada, que perdió totalmente su vocación de piloto.

Pronto compensó la ausencia de Lazare y de Ilario Danovsky con el perfil trabajador de Héctor Bracamonte. Este se había quedado encargado de la fábrica. A sus treinta años todavía conservaba su aspecto de campesino laborioso, de herrero callado, con su tez de bronce. La experiencia y confianza en sí mismo habían consolidado sus lealtades. Quiso dejarse crecer el bigote, siguiendo así la mitología patronal instaurada por Lazare, pero al no tener suficiente vello tuvo que conformarse con una fina sombra, como sucia. Sin embargo, trató de contrarrestar la ausencia de bigote con una sequedad en la voz y un sentido de la autoridad que le hacían parecer más maduro, más reflexivo. Por fuera era severo, avaro de palabras. Ejercía su nueva actividad como un misionero dedicado y atento. Observándole a la cabeza de una empresa floreciente, asumiendo su papel con rectitud y equidad, nadie presintió que un día se le vería caído, encogido bajo las patadas, arrastrado como un perro, entregando su vida por otra persona.

Su compromiso fue ejemplar. No dejó que la empresa decayera. Alentó a sus antiguos compañeros de labores a producir más, adivinando las artimañas de la pereza, y su mirada experimentada, que veía todos los defectos y sorprendía la más mínima ociosidad, no admitía que la disciplina pudiera relajarse. Mantenía con los obreros una relación a la vez amistosa y estricta. Deseaba revelar a esos hombres, cuyas habilidades y grandezas conocía, lo que ni ellos mismos sospechaban acerca de sus propias capacidades. Pero notó bastante rápido un cambio de actitud hacia él. Desde la edad de dieciocho años, cuando llegó a esa fábrica, convivía con esos hombres rudos y tercos para quienes el oponerse a la autoridad era como un código de familia. Después de la muerte de Lazare reclamaron mejorías en sus condiciones de trabajo, en la higiene de los retretes, en el estado de las goteras, y una extensión de la pausa del almuerzo. Héctor ya no era para ellos un simple eslabón en una larga cadena, sino el amo severo e intransigente al que temían. Su brusca coronación inspiraba desconfianza. Héctor luchó contra ese cambio de ambiente con una energía feroz, pero enseguida se hizo evidente que ese combate contra los rumores estaba perdido de antemano.

Los obreros plantearon votar por una huelga. Los motores de las artesas mecánicas se apagaron, las bombas de cilindro se enfriaron, y el encargo de treinta vehículos con sacos de harina se quedó sin despachar. La fábrica de hostias se sumió en un silencio de catedral.

Era otra masa la que estaba levantándose. Los obreros más jóvenes, contratados recientemente, vistiendo camisas rojas y gorras con una estrella, exigieron reformas y suspendieron toda actividad en señal de descontento. Empuñaron carracas y bocinas de bolsillo, ollas viejas y cencerros, y hasta una pandereta improvisada con una caja de queso y dos cordones atados. La noticia de la huelga provocó tal alboroto que obligó a Margot a salir de su cuarto. Cuando llegó al hall de la fábrica vio que las máquinas estaban detenidas. Los hombres se hallaban de brazos cruzados y los más indignados, con el rostro rojo de ira, amenazaban a Héctor Bracamonte con levantar una barricada de sacos de tierra, condenar puertas y ventanas, y convertir esa fábrica en un fortín medieval.

Margot, con ocho meses y tres semanas de embarazo, asistió a ese agitado debate sin realmente participar en las conversaciones. Los pitos y los tambores cubrían las palabras. Todos los obreros estaban alzando los puños contra Héctor cuando, de pronto, en medio del griterío se oyó un mugido cavernoso, profundo, como salido de las entrañas de la tierra. Margot creyó primero que se trataba de un grito que cruzaba la fábrica, pero enseguida comprendió que venía de su propio vientre y que el niño, despertado por los alaridos, empujando las paredes con las que se topaba, anunciaba su llegada al mundo.

En un minuto la energía de la sala pasó de una huelga obrera a un barullo de comadronas. Todos los trabajadores se movilizaron para conseguir un auto con urgencia y abrieron espacio para dejar pasar a Thérèse, que venía de su salón alarmada por la llamada del niño, y uno de los hombres, un gigante costeño, fue el encargado de tomar a Margot en sus brazos, pues las aguas amarillentas ya empezaban a romper entre sus piernas, mojando el suelo. Más tarde, Margot recordaría haber llegado al hospital en emergencia, dando gritos, con el vestido ya desabrochado, el pecho cubierto de placas rojas, el vientre deformado por bultos y huecos, golpeando las paredes como una desesperada. Pese a su espíritu aventurero, en el momento de acostarse en la cama del hospital se quedó encogida sobre sí misma. Las comadronas acudían apresuradas, disponiendo palanganas y paños. Cuando Margot empezó a empujar se le llenaron los ojos de lágrimas, y desde el pasillo se oían los huesos de sus caderas desencajándose con ruidosos crujidos, como si arrancaran un roble. El niño le desgarró las entrañas pateando, impaciente por vivir, y se agitó con tanta fuerza para salir que Margot creyó estar pariendo una res.

El bebé nació sentado, primero las nalgas, luego las piernas junto al torso, y los pies pegados a las orejas. Colocaron al recién nacido sobre el pecho de la madre. Margot, desnuda, empapada de sudor, jadeante y agotada, estrechó contra sus senos a esa criatura morada,

cubierta de sangre, con el cabello pegado en el cráneo, que agarraba el vacío con sus pequeños puños como si quisiera estrangularlo. Aunque era un niño menudo, canijo, semejante a un horrible muñón de carne, ya tenía los ojos abiertos y estudiaba las cosas con una inquietante curiosidad que recordaba a Margot su extraña paternidad. El niño fue examinado y se le encontró una mancha a nivel de la rodilla derecha, típica de los seres insumisos.

—Este niño no se arrodillará ante nadie —dijo Margot.

El recién nacido quedó inscrito en el registro civil chileno y también en el consulado de Francia como francés en el extranjero, lo cual le iba a salvar la vida veintisiete años después. Margot desistió de ponerle el nombre del padre, convencida de que su origen alemán le sería perjudicial. Pensó en un nombre francés, más de moda, pero no deseaba reproducir el presagio de un linaje de desarraigados. Así que escogió el único nombre que aún encontraba eco en su corazón, simple y poderoso, que se le reveló repentinamente como una evidencia, y no aceptó ninguna objeción de su familia. El niño fue llamado Ilario y, para diferenciarlo de Danovsky, Margot le añadió una contracción: Ilario Da.

HÉCTOR BRACAMONTE

El día en que nació Ilario Da, el viejo Lonsonier estaba celebrando sus noventa y un años. Pese a su edad, a la soledad, al cansancio de cosechar, se resistía a morir. Vigoroso, endurecido, se jactaba de todavía poder nadar desnudo en la laguna helada, ciertas noches, para visitar en vehementes buceos a su difunta esposa. Desde su finca de Santa Luna observaba con callado estoicismo los nacimientos y los fallecimientos que se sucedían en su familia, pero nada parecía distraerle de la elaboración de sus vinos. En enero, Lonsonier dio un nuevo impulso a la producción al concebir una agricultura menos industrial, inspirada en la pericia francesa de la posguerra que quería recuperar la celosa alquimia entre el paladar y la planta. Rodeó sus viñedos de higueras para proteger sus tierras, ofreciendo a los pájaros frutas sin valor a fin de apartarlos de las uvas, y siguió una especie de pliego de condiciones que él mismo se había impuesto, filtrando los mostos y variando el tenor de los sulfitos. Tal era su situación cuando se enteró de que su nieta Margot había dado a luz a un niño. Desertó de su viñedo, de su bodega de piedra y de su lago, se subió a un tren con una caja de vino, y unas horas después hizo su aparición en el salón de Santo Domingo, robusto como una acacia, para dar a su biznieto su primer biberón de vino.

—Esta herencia no necesita testamento —dijo.

Nadie puso en duda los orígenes de ese bebé. Físicamente, se parecía tanto a Margot que todos concordaron en pensar que lo había concebido ella sola. No obstante, mientras ella había sido una niña inteligente y discreta, Ilario Da era ruidoso, chispeante, peleón. Era un ser tan sonoro que los vecinos, oyendo en la noche sus prolongados gritos de teatral vitalidad, temieron que se hiciera cantante. Apenas acabado de nacer, acostado dentro de una cesta de mimbre, incesantemente al acecho, señalaba mil objetos por minuto, dormía con los ojos abiertos, y desarrolló su musculatura tan rápido que logró caminar antes que andar a gatas. Todo el mundo pensó que esa sorda energía, esa seguridad y esa fuerza subterránea eran unas y otras precursoras de grandes pasiones por venir, pero Margot fue tal vez la única que se inquietó, reconociendo en esa energía sedienta el

verdadero indicio de una vida compleja.

Ilario Da pudo crecer protegido en esa fábrica de hostias que era un mundo cerrado, con sus propias leyes y sus propias reglas, en una época en que Santiago era todavía una ciudad segura, sin delación ni terror. Gracias a Héctor, el taller se convirtió enseguida para él en un refugio de serenidad. Se crio en ese olor a harina y a cubas para trigo, a saín y a polvo, a humedad y a prensas, con los oídos acostumbrados al zumbido de las máquinas y a las palabrotas de los obreros. Fue hacia esa edad cuando aprendió a decir el nombre de Héctor antes que el de Margot, a llamarle con candoroso apresuramiento y tímida inspiración, sin saber que seguiría invocándolo hasta su último suspiro al cabo de una vida de batallas y de tormentos, pues solo ese hombre que había entrado en su familia por la puerta del delito, que provenía de un largo linaje de caribeños y profetas, que de la existencia solo conocía la jerarquía de las fábricas, solo ese Héctor de figura de salitre tenía la valentía y la dignidad a la que Ilario Da siempre iba a aspirar.

Cuatro años después de la muerte de Lazare, Héctor Bracamonte había logrado que su nueva posición fuera respetada y que la empresa se convirtiera en una apariencia de cooperativa. Ilario Da, que no tenía ni padre ni abuelo, proyectó en Héctor una ciega admiración. Tomaba asiento encima de los sacos de harina amontonados en el depósito bajo la nave gigante de la sala principal, y aspiraba a plena nariz su olor a masa húmeda. Fue ahí donde oyó hablar del anarquismo como libertad, del Banco del Pueblo, de la resistencia mapuche y sus caballerías rojas. Cuando quería escuchar por enésima vez la historia de la masacre de Santa María de Iquique[20], Héctor Bracamonte le contestaba que más valía fijarse en las gestas del trabajo paciente, disciplinado y metódico.

—Las luchas más importantes se ganan en el terreno mismo que se combate —le decía.

Héctor quería a ese niño como si hubiera sido suyo, pero no lo dejaba ver. Los silencios masculinos remplazaban los besos, las tareas de jornalero sustituían a las indulgencias maternas, las exigencias del deber ahuyentaban los mimos. Era como si un viril entendimiento uniera a ese trabajador arisco y a ese niño bastardo, uno nutriéndose de la sequedad del otro, ambos en cada extremo de la vida, acostumbrados ya a las obligaciones del compromiso. Ese afecto obrero, su rostro agotado y sus negras aureolas de cansancio hicieron de Ilario Da un niño inteligente y rudo, satisfecho con esa aridez del alma, que iba a rehuir toda su vida los arrumacos inútiles y las caricias de las mujeres.

La ausencia de fe fue su devoción. Comía en una fiambrera igual que los obreros, legumbres cocidas en agua, cuatro huevos para desayunar, y un choclo pastoso en cantidades prodigiosas. Aprendió a

aguantar el invierno sin quejarse y a rechazar los privilegios. A los seis años, junto con Margot, asistió a una marcha en apoyo a un joven candidato socialista, Salvador Allende, que se presentaba a la elección presidencial, pero perdió frente al general Ibañez. El recuerdo que guardó de aquel día fue tan profundo que a partir de ese instante nunca más cedió a las tentaciones de las riquezas ni al afán de lujo, y fue en ese periodo cuando en él se arraigaron para siempre, en contacto con los agitadores de masas, el rechazo a las jerarquías y la admiración por las clases oprimidas.

A sus nueve años se habría parecido a cualquier otro joven francés en Chile a no ser por ese secreto, esa sangre mística. En sus años de niñez, Margot le encontraba un parecido con el rostro pálido y cuadrado de Helmut Drichmann, hasta el día en que vio a su hijo jugando en el jardín con el torso desnudo, indiferente a los pájaros en la jaula, y de pronto comprendió que del padre solo había heredado el género. Una tarde, cuando Ilario Da regresaba de la escuela, camino a casa preguntó a su madre:

—¿Quién es mi papá?

Margot pensó que todo el mundo tiene derecho a la verdad, incluso los niños. Así pues, contestó con la mayor honestidad:

—Soy yo.

Después de aquella conversación nunca más se habló de la filiación de Ilario Da, y este se puso a repetir que su padre y su madre eran una misma persona. Su infancia fue desarrollándose así entre las asambleas obreras para discutir de las hostias, y las visitas mensuales de Aukan quien, cargado de cuentos e inventos, llegaba a la fábrica dando saltitos, rejuvenecido por sus aventuras, envuelto en un perfume de cortezas frías que mareaba, con caramelos de hierbas en los bolsillos, bolsitas de maíz y masitas de almendras. Ahora ese hombre de talentos miríficos y palabra brillante estaba harto de ir arrastrando sus magias por comarcas ignorantes, harto de dilapidar su arte entre ladrones de gallinas y pumas, harto de recorrer los mercados para agoreros. Había decidido instalarse en Santiago, en una casita de las afueras de la ciudad, adonde invitaba a Ilario Da para abrirle los cofres de su imaginación, en un cuarto repleto de libros encuadernados en piel de ternera que habían cruzado la cordillera a lomo de mula. Aukan evocaba para Ilario Da un mundo donde vivían comunidades de mujeres guerreras, donde gigantes se transformaban en estatuas de madera, donde nacían niñas entre las llamas de los cañaverales. Cuando Ilario Da le preguntaba dónde se ubicaba ese país de las maravillas, Aukan señalaba la biblioteca detrás de él y exclamaba, con gesto exaltado:

—Ese país está en los libros.

El día en que constató que su vivacidad mental podía abarcar

fácilmente una lengua antigua y otra reciente, fue él quien alfabetizó al niño; empezando en mapuche pues, según él, se trataba de la primera gramática, y luego en español. Ilario Da pronto pudo escribir las letras sin temblar, con religiosa deferencia, ayudándose con una pluma de oca virgen y un tintero de marfil. Cuando terminó de escribir su primera palabra, la leyó en voz alta en tono declamatorio: Revolución. Se encerró en su cuarto para reproducirla en gran tamaño en varias páginas diferentes, manchando con tinta negra todas las alfombras, llenando cuadernos con esas diez letras proféticas que aún no tenían para él el triunfo que pronto iban a tener. Esas páginas de escritura torpe y gigantesca fueron conservadas por Margot en una pequeña caja de cartón roja que colocó en un estante de la capilla de Lazare, en la fábrica, hasta que veinte años después fue sacada del olvido por la dictadura.

A sus doce años Ilario Da estaba tan huesudo que todos temían que desapareciera si perdía unos gramos. Se puso a crecer a una velocidad alarmante sin nunca aumentar de peso hasta el punto que esa delgadez, discreta en un primer momento, se hizo horriblemente visible. A sus trece años medía un metro sesenta y cinco y pesaba cuarenta y seis kilos. Era alto y delgado como su país. Sus músculos se contraían y se estiraban en nudos frágiles como tallos de grosella negra, y aunque todavía estaba más cerca de la infancia que de la adultez, Margot consideró que había llegado la hora de presentárselo a su bisabuelo.

Salieron hacia Limache un domingo de septiembre para reunirse con el Maestro. Pero Étienne Lamarthe no tuvo tiempo de conocer a su biznieto pues murió esa misma tarde, con una trompeta en la mano, rodeado de sus instrumentos y de veinte estudiantes durante el ensayo de una obra de Bellini en los salones de la Intendencia. Ya en esa época seguía una dieta bastante frugal, no comía más que granos y zanahorias, nueces con miel y pescado crudo, se pasaba los días adaptando libretos y escuchando óperas célebres en discos de vinilo. Aquel joven bronceado y fiestero, de alma aventurera, que había cruzado el océano con treinta y tres instrumentos musicales dentro de un baúl, se había convertido en un hombre viejo de cabello transparente y silueta espectral, delicadamente encorvado por la costumbre de inclinarse sobre su pupitre de director de orquesta, y víctima de fatigas que le obligaban a detenerse en plena calle para apoyarse en un farol.

Estaba dirigiendo cuando murió. Aferrado a su pupitre, batuta en mano, había llegado al tercer movimiento cuando de pronto oyó en su pecho los tres golpes de brigadier. Siguió un silencio total dentro de él, un telón de terciopelo le veló la vista, y su impresión fue que se metía por vez primera con una obra cuya partitura desconocía. No

dejó traslucir nada y tuvo la elegancia de llevar a cabo el ensayo hasta el final, así que nadie en la fosa notó que el corazón del Maestro acababa de detenerse. Al final, se desplomó sobre el escenario. En medio de un alboroto fue llevado a su casa y le colocaron encima de la cama de su modesta alcoba, que rápidamente se inundó con el rumor de la calle:

—El Maestro se está muriendo.

Étienne Lamarthe, con la cabeza apoyada en cinco almohadas, pidió que le trajeran su trompeta. Se la llevó a la boca, pero su pulmón arrugado y estéril solo pudo soplar una nota espantosa, un ruido ronco, un quejido sordo que le reveló súbitamente la gravedad de su estado. Exhaló un último suspiro, apretando los puños, aguzando el oído hacia una melodía lejana, y una malicia feliz le cerró los ojos.

En ese mismo instante Margot e Ilario Da llegaban a la plaza, que estaban empezando a pavimentar. En el centro, entre los muros con carteles abigarrados y los edificios de dos pisos, todavía se veía colocada en su pedestal la cabeza de Vincenzo Bellini con sus alborotados rizos de cobre de Chuquicamata, fundida para el concierto del Maestro sesenta años atrás. Dos hombres estaban desmontando la estatua y Margot, asaltada de repente por un presentimiento, dijo con voz desgarrada:

—El Maestro ha muerto.

Durante nueve días una larga fila de gente desfiló por delante de su casa, pues cada habitante de Limache exigía un instante para recogerse ante sus restos mortales. Junto a la cama de cuatro columnas, Ilario Da miraba el perfil marfileño del Maestro y le dio la impresión de que tenía el mismo rostro pálido que el que adornaba las hostias de la fábrica. Él era demasiado adolescente y no conocía lo suficiente a su bisabuelo para conmoverse ante esa pérdida, pero tuvo la decencia de no hablar durante toda la ceremonia, observando ese entierro que una semana después le iba a servir de materia prima para un cuento.

En cambio Margot, que pasó la noche velándole, lloró por él más que por su propio padre. Acababa de desaparecer repentinamente la imagen de ese abuelo solidario, tal vez el único y exclusivo hombre que creyó desde su infancia en la fuerza creadora de su nieta. Margot se quedó sorprendida descubriendo a su abuelo tan bajo, tan viejo, tan encogido, habiendo conservado de su pasado solo sus cabellos despeinados y sus aires de marino de Sète. Le alzó suavemente el cuello de la chaqueta, murmurándole palabras afectuosas, acariciándole la frente, y le ajustó la corbata de lazo que le habían puesto para la eternidad. Contempló con horror el paso de su cuerpo cuando lo trasladaron de la cama al féretro adornado con clavos dorados, y solo después de quedar colocado adentro, apacible, con su

batuta en la mano, depositaron la cabeza de Bellini en el interior del féretro como si fuera una reliquia bíblica, a fin de que reposara junto al que había elevado su música hasta las faldas de la Cordillera.

Todo el pueblo se unió a la procesión del cortejo fúnebre en el grandioso funeral para rendir homenaje al más grande compositor que Limache había conocido en su historia, pero ninguna nota musical se dejó escuchar. Para conmemorar al hombre de los sonidos más resonantes que esa región había oído, el deseo fue guardar un silencio digno, acompañando el ataúd sin fanfarria, a tal punto que esa ausencia de música mantuvo a toda la prensa en vilo durante dos semanas. El Maestro no fue inhumado dentro del cementerio sino enfrente, en una pequeña colina, como si se tratara de un ser a mitad de camino entre el cielo y la tierra, y en la estela solo se grabó la palabra Maestro con una clave de sol dorada. Dos días después, en la plaza, la estatua de Bellini fue remplazada por el propio busto del Maestro.

Al día siguiente, Ilario Da amaneció con el deseo irreprimible de contar esa escena en un cuaderno que Aukan le había regalado. Sus primeras frases, compuestas inicialmente como un entretenimiento, se convirtieron en una fuente de placer y luego en una forma de necesidad. Apenas había empezado a escribir y ya la catedral de su mente se poblaba de personajes que irrumpían como en una fiesta, formando todo un país de fábulas y batallas que él se afanaba en enriquecer con tanta euforia, tanta facilidad, que llenaba la página siguiente sin haber terminado aún la anterior. Tenía una letra pequeña, apretada, casi cerrada sobre sí misma, como urgida de avanzar, con largas colas en las p y en las q, y unas torres que se elevaban en las l y las d, sin ningún bucle, ninguna redondez, con mayúsculas finas y altas, cual espadas y agujas, como si transfiriera el fervor de su sangre a la velocidad de su tinta.

A sus dieciocho años había adoptado la actitud de los existencialistas, siempre con un cigarrillo en la boca y expresión reconcentrada, vistiendo un abrigo de fieltro a cuadros, y con el aliento renegrido por los diecisiete cafés que se tomaba en el día. Entonces podía detenerse durante horas en algún detalle sin por ello perder el hilo de la historia, y resultó ser una fuente inagotable de vuelcos de situación. Era tan cautivador como un tribuno, tan astuto como un adivino del futuro. Sabía cuidar las pausas, provocar silencios de tensión narrativa, contener la emoción de un personaje para no romper el impulso, explicar sin decir, inventar un ardid para reactivar el relato, y describir un paisaje tan real, tan fiel, que quien le escuchaba tenía la impresión de estar totalmente metido adentro.

Así, en su universidad creó un periódico mural semanal que servía de cartel informativo para los estudiantes. En la barbilla y el pecho le

crecía un pelo espeso, sólido como lana de acero. Empezó a llevar un bigote oscuro con las puntas amarillentas de tabaco, y se puso a abrigar por la política la misma fascinación que suelen sentir los artistas por el arte.

Fue más o menos en esa época cuando conoció a Pedro Clavel, militante del mir venezolano. Era un moreno vigoroso, de huesos grandes, de tez ocre, con una hermosa melena de palmera, callos en las manos y grietas en la piel que revelaban los años vividos en las sierras tropicales. Abrazó las enseñanzas castristas al final de la dictadura de Pérez Jiménez, luchó por la reforma agraria sin ser campesino, se salvó de milagro de ser ejecutado en Nicaragua, y todas sus experiencias, tan arriesgadas como emocionantes, le habían inculcado una fe combativa que con el tiempo se tornaba cada día más grave y severa.

Ilario Da se lo encontró en un café llamado El rincón caliente donde todos los jueves por la tarde un grupo de jóvenes activistas chilenos, socialistas cubanos y militantes argentinos se reunían en torno a unas botellas de vino y unas empanadas para debatir acerca de la huelga en las minas de cobre, el paro decretado por los camioneros, o los intentos de desestabilización social. Una mañana, llevado por una discusión sobre el liberalismo autoritario, Ilario Da siguió a Pedro Clavel hasta su casa en el gran suburbio de Santiago. Vivía en un anexo al fondo de un patio trasero lleno de cochinos y conejos. Le mostró los tres estantes de su escasa biblioteca, encima de su cama, llenos de páginas y cartas escritas a toda prisa en papel codificado. Habló de su familia en Maracaibo, de su esposa Celeste, de su magnífica hermana llamada Venezuela, cuyo destino iba a cruzarse con el de Ilario Da muchos años más tarde, en París.

Después, la discusión derivó hacia el peligro de una dictadura de los liberales y la importancia de prepararse para cualquier eventualidad. Pedro Clavel era un modelo de inteligencia y valentía, y cuando se exaltaba recordando sus pasadas luchas, lo hacía con una modestia que impresionaba a Ilario Da. En esa época, los jóvenes militantes se pasaban de mano en mano el libro de Nicolai Ovstroski Así se templó el acero, publicado en Santiago con una portada hecha de un cartón reutilizado por la otra cara, de manera que al darle la vuelta al libro se veían fragmentos de antiguas cuentas. El único ejemplar que tenía Pedro Clavel se había convertido en un fajo compacto de hojas con las puntas dobladas y con anotaciones, todo un monumento de páginas oscurecidas por la lluvia y los mosquitos aplastados. Se lo entregó a Ilario Da con soviética solemnidad.

—Necesitamos a hombres como tú en el partido —le dijo.

Ilario Da no pudo disimular su asombro.

—¿Cuál partido?

—El mir —contestó Pedro Clavel, bajando la voz.

Fue así como Ilario Da se incorporó al mir, un movimiento revolucionario de ultraizquierda que preconizaba la dictadura del proletariado y la emancipación de la clase obrera. Se unió a esa nueva familia con una mezcla de estupefacción y confianza, haciendo el silencioso juramento de guardar una complicidad que duraría toda la vida. Desertó de la universidad y se metió en otra escuela, frecuentada por hombres y mujeres con discursos nuevos que hablaban de cooperativas, salarios mínimos, retiros y vacaciones remuneradas. Se dejó crecer el cabello, revisó los tesoros de la cultura bolchevique, exhumó artistas olvidados, enterrados por las viejas repúblicas, tratando de comprender ese momento político que, en su ignorancia, percibía como memorable. Regresaba a casa a cualquier hora, vistiendo chaqueta de cuero y camiseta roja, una gorra y botines, con esos aires de determinación que le valieron el apodo de «Pantera». Rechazando con vehemencia todos los diques impuestos por su clase social, llevaba la melena despeinada, sucia, cayéndole en esa frente obstinada en la que ya se hallaba en ciernes toda una vida de compromiso.

—Ese chico terminará siendo marxista —exclamaban las señoras viejas de su barrio.

En septiembre de 1970 Salvador Allende llegó al poder. Aquella victoria tuvo tanta repercusión que por primera vez se vio en las calles el rostro de otra juventud, enarbolando ancestrales *weños*[21], banderas y pancartas, celebrando ese momento histórico en que la voz del pueblo venció a la de los oligarcas. Ilario Da y Pedro Clavel se unieron a la multitud que se había agolpado ante el balcón de La Moneda, donde el presidente se hallaba de pie trajeado con sencillez y con la banda presidencial terciada en el pecho. Pronto se nacionalizaron cuarenta y siete fábricas y se facilitó el acceso al crédito. La reforma agraria expropió más de diez millones de hectáreas de tierras fértiles, se instauró el pleno empleo, se dio el beneficio de un aumento de sueldo, y la Unidad Popular recuperó en un solo acto democrático las minas de cobre hasta entonces explotadas por empresas norteamericanas.

Ilario Da descubrió entonces, con una pasión que no lograba disimular, el irresistible encanto de las noches en vela criticando el sistema capitalista. Esas palabras sonaban a algo diabólico, tentacular, imperfecto e impuesto, eran palabras que debían ser no solo combatidas, sino rescritas.

Solía pasar los domingos con Margot, convertida en una hippie de trenzas coloridas y ropa ancha, una gitana sin dinero, con el cuello adornado por collares de pepitas y las muñecas cargadas de pulseras. Costaba reconocer a la aviadora de ayer, fiera y ardiente, que había

crecido en escuelas militares y combatido en Europa con la raf. En invierno organizaba reuniones de pacifistas en su salón, recibía a unos diez viejos colegas como si se tratara de una congregación de monjes. Un día, Margot se sorprendió al ver entre ellos a un hombre viejo, elegante y alicaído, exhibiendo una espesa melena blanca, una piel polvorosa, una nariz aguileña y esa actitud de extravío que se observaba en los seres desarraigados. Era Bernardo Danovsky quien, treinta años después de la desaparición de su hijo, se había debilitado hasta el punto de ya no tener casi nada en común con el hombre al que Margot conoció en su jardín. Ahora trabajaba en el aeródromo de Tobalaba, en un inmenso terreno descubierto de la comuna de La Reina, adonde había sido trasplantado el club de aviación de Los Cerrillos cuando fue cerrado. El lugar era tan vasto y las instalaciones tan numerosas que no había suficientes aviones para llenarlas. Margot le recibió con afecto, y a partir de ese día Bernardo Danovsky acudió a todas las tertulias que ella organizaba, trayendo siempre un ramo de begonias rojas que, según él, rezumaban en el salón olores a pistas de despegue.

Una tarde, mientras ambos daban una vuelta por el jardín, Bernardo descubrió el avión artesanal que su hijo había construido con sus propias manos. Se emocionó tanto que propuso a Margot, como homenaje, llevarlo hasta uno de los hangares del aeródromo de Tobalaba para proteger su memoria.

—¿Quién sabe? —dijo—. Quizás pueda volar.

Un camión vino a buscar el avión, y Margot se ocupó personalmente de instalarlo dentro de uno de los hangares, donde quedó en la penumbra por algunos años hasta el día en que fue sacado ilegalmente para su último vuelo.

La predicción según la cual Ilario Da no iba a arrodillarse ante nadie se confirmaba poco a poco. Pero en materia política Margot nunca estaba de acuerdo con su hijo. Las opiniones de ambos chocaban incesantemente. Margot planteaba la idea de una rebelión pacífica. Se le había metido en la cabeza que la guerra era un producto de Europa y que en Chile se vivía la paz de los paraísos. No sospechaba que en el seno de aquel país fabuloso al que amaba por encima de todo se pudieran cometer los mismos abusos que al otro lado del océano. Ilario Da se reía, contestando que no se puede cambiar un sistema por medio de ese mismo sistema. Una revolución no se hace con las urnas.

—Es una contradicción semántica —declaraba.

Y mientras se embriagaban durante esas noches en vela, sus polémicas se ahogaban en argumentos confusos. Ilario Da pecaba por elocuencia, Margot por experiencia, y la conversación tomaba un giro que los llevaba a las mismas conclusiones por vías diferentes. Entonces

se quedaban callados, agotados de tanto haber nadado para alcanzar una misma orilla, convencidos ambos de que la historia los absolvería. Sin embargo, una tarde Margot no pudo reprimir un estremecimiento de inquietud y dijo a su hijo:

—Si ocurre algo, prométeme que te marcharás a Francia y que buscarás al hermano de tu bisabuelo.

Y añadió:

—Se llama Michel René.

En ese mismo instante, Héctor Bracamonte, pasando por el taller en busca de una vieja factura, subió a la oficina. Se puso a hurgar en las cosas de Lazare y encontró por casualidad, dentro de una chaqueta colgada de un clavo, el revólver comprado a Ernest Brun en la época en que él había intentado robar. Fue entonces cuando Thérèse hizo irrupción, muy alterada:

—¡Están bombardeando La Moneda! —gritó.

Una junta militar llevaba una hora bombardeando la Plaza de la Constitución, y después se supo que el presidente Salvador Allende, encerrado en su palacio presidencial con un arma regalada por Fidel Castro, se había suicidado mientras el cobre de su voz resonaba aún en las emisoras de radio. Posteriormente se relató que los oficiales golpistas hicieron cola ante su cadáver y le dispararon una bala en el cuerpo, uno por uno, como en una ceremonia macabra, y que el último le desfiguró el rostro con la cacha de su fusil. A fines de septiembre, le colocaron dentro de su ataúd con el rostro envuelto en un lienzo, y no se permitió que nadie, ni siquiera su viuda, se lo destapara. El ataque aéreo sorprendió a todo el mundo por su precisión y su pericia. No hubo que indagar mucho para entender que había sido llevado a cabo por un grupo de aviadores acróbatas norteamericanos llegados a las costas chilenas en el marco de la operación Unitas, y que su gran arquitecto había sido Henry Kissinger, quien recibió unos años después el Premio Nobel de la paz.

Durante los días que siguieron, los helicópteros hicieron rondas sobrevolando los barrios populares. Santiago fue invadida por una nueva casta emergente, hombres en uniforme militar, por tanques y vehículos blindados, por banderas y por desfiles. En pocas semanas liquidaron a los jefes sindicalistas conocidos, mataron a los oponentes socialistas, desmantelaron los partidos de ultraizquierda, y una mañana los chilenos se enteraron leyendo El Mercurio de que el Congreso Nacional y los Consejos Municipales habían sido disueltos. Con el toque de queda los carabineros tumbaban las puertas a patadas, sacaban de la cama a las parejas y las hacían desaparecer en interminables listas negras de la junta militar. Adolescentes eran hallados en los descampados con tres balas en la espalda; otros, contra

el muro de alguna tienda de ultramarinos, o en plena calle. Aviones caza sobrevolaban todo el país, autobuses repletos de carabineros pasaban por las ciudades rastreando a los comunistas, las casas eran vaciadas de sus libros, mientras que los nuevos dirigentes se presentaban ante la prensa con gafas oscuras, sentados en los salones del poder, con el pecho cargado de medallas y galones, instalándose para ejercer diecisiete años de dictadura.

Chile se convirtió en un país de detenciones, ejecuciones sumarias, juicios amañados. La Dina[22] hizo redadas en universidades, bibliotecas, laboratorios de investigación, deportando a las mentes más esclarecidas del siglo. Tres mil personas asesinadas, treinta mil presos políticos, veinticinco mil estudiantes expulsados, doscientos mil obreros echados. Las cárceles se llenaron de profesores eméritos, de intelectuales, de músicos, de artistas. Las propiedades vitícolas fueron transformadas en centro de interrogatorios donde poetas, panaderos, lutiers, titiriteros, eran torturados. Andar por la calle de noche estaba prohibido, tener cabello largo era un delito, leer poesía resultaba sospechoso. Querían construir un molino pero prohibían el viento.

Ilario Da penetró entonces en un mundo donde la delación era cotidiana. La dictadura estrechaba el cerco. La resistencia era limitada. En unos sótanos se imprimían panfletos improvisados, con la tinta chorreada, que llevaban títulos sin poesía. Se utilizaba la palabra «allende» colgada al cuello como un amuleto de la buena suerte, acariciando esas silabas, repitiéndolas sin descanso, con rabia reprimida. Nunca Chile llevó a cabo una batalla tan digna como la que se dio en los patios traseros, en la que se unían los partidos clandestinos en células secretas, en la que se redactaban panfletos en las bodegas. Ilario Da se aprendió las arterias ocultas de Santiago, todos los callejones y los pasadizos secretos y era como una diversión regresar a su casa tomando solo atajos, preparándose para el día en que tuviera que salir huyendo de la policía. Esa doble identidad de burgués y militante resultaba a la vez angustiosa y excitante. Encubierto, pertenecía a esa ciudad reluciente llena de combatientes desconocidos, a esa nación de armas escondidas, a esa hermandad de seres que no se conocían unos a otros pero estaban unidos por una sacralidad más fuerte que la de una familia. Nada había más adaptado a su edad, a su despreocupación impenetrable, como esa topera llena de refugios y poternas, poblada por jóvenes que se lanzaban a una resistencia en la que les acechaban la tortura, la prisión, el exilio, con tanta valentía como los primeros aviadores que se subían a unas máquinas ciegas, poniendo su vida en manos del cielo.

Un viernes de diciembre hacia las tres de la tarde, mucho antes del toque de queda, Héctor Bracamonte fue sorprendido por unos golpes furiosos en la puerta de la fábrica. Un destacamento de diez hombres

que salieron de dos camionetas sin placas irrumpió en la sala común. Se pusieron a registrar las máquinas y los hornos para hostias. Dos de ellos, vestidos de civil, dieron orden de que todo el mundo se reuniera en el centro de la sala, con sus documentos de identidad en la mano. Ilario Da mostró su documento y, sin siquiera echarle un vistazo, un militar se le quedó mirando.

—¿Eres del mir, cierto?

—¿Del qué? —se hizo el sorprendido.

El hombre le arrastró hacia el grupo de obreros que ya se hallaban designados. Entonces apareció un teniente de cabello muy corto y gafas oscuras, que acababa de salir de una de las camionetas y se puso a examinar los documentos de identidad con una indiferente indolencia.

Llevaba un uniforme de camuflaje militar, sin casco ni cinturón, y botas caquis que subían hasta la rodilla. Aunque la tensión era palpable, todo se desarrollaba en un ambiente de falsa cordialidad, los carabineros no parecían realmente interesados por esos obreros, muertos de cansancio, que habían sido sacados de sus puestos de trabajo. El teniente ordenó registrar baúles y cómodas, todos los armarios del taller, desplazar las máquinas y vaciar los sacos de harina en busca de alguna prueba. Al cabo de unos minutos, dos militares regresaron con la caja de cartón roja de Margot.

—¿Tiene una orden de allanamiento? —preguntó Ilario Da.

El teniente apenas si movió los labios.

—Aquí soy yo quien hace las preguntas.

Sin más, abrió la caja. Adentro descubrió las hojas en las que Ilario Da había escrito veinte años atrás la palabra Revolución. Debajo de las hojas encontró dos bolsitas llenas de las balas de Ernest Brun.

—Veo que hay niños en esta casa. ¿Y de quién es esto? —dijo, mostrando las bolsitas.

Ilario Da se puso pálido. Iba a hablar cuando Héctor Bracamonte se le adelantó.

—Es mío.

—¿De dónde las sacas?

—Es un regalo de Navidad —contestó.

El teniente apretó los labios. Nadie pudo decir en qué instante preciso se le subió a la cara una ira repentina. Bruscamente se acercó a dos centímetros de Héctor y le asestó un codazo tremendo en la mandíbula. Héctor cayó al suelo echando sangre por la boca, y algunos dientes volaron hasta el otro extremo del local. El teniente le golpeó en el estómago como un inconsciente, poseído por una rabia que súbitamente se le había acrecentado. Héctor se encogió sobre sí mismo, protegiéndose la cabeza con los brazos. Unos obreros

quisieron defenderle y los golpes acompañados de amenazas salieron por todas partes. Todos los obreros fueron empujados contra la pared y obligados a quedarse quietos, con las piernas separadas y los cañones de las armas apuntando a las cabezas mientras que unas manos rugosas hurgaban en sus bolsillos y vaciaban sus carteras.

Cuando los militares se percataron de que el taller estaba adosado a una casa, varios hombres franquearon la pequeña puerta de Santo Domingo. En ese momento Thérèse estaba llenando con semillas de avena los comederos de la pajarera en medio del jardín. Vio a unos hombres armados avanzando hacia ella y creyó que había ocurrido algún accidente. Pero enseguida comprendió que se trataba de otro asunto cuando dos soldados, obedeciendo la orden que llegaba del patio trasero, la sacaron fuera de la jaula y la obligaron a tenderse en el suelo con las manos cruzadas en la nuca.

—No haga tonterías —le dijeron.

Apareció el teniente, se inclinó hacia Thérèse y puso una rodilla en tierra.

—¿Sus pájaros son comunistas, señora?

Thérèse alzó el rostro hacia el teniente y sostuvo su mirada arrogante. Entonces el teniente desenvainó la pistola de su cinturón y disparó sobre el primer pájaro que avanzó hacia la reja de la jaula. Toda la pajarera enloqueció. El búho de Thérèse dio un vuelco hacia atrás con las alas replegadas, los párpados orlados, una bala en plena cabeza, y levantando un polvo de flores y cortezas secas mientras un hilo de sangre ácida le corría por las plumas. El teniente volvió a inclinarse.

—Dígame todo lo que sabe —murmuró.

Thérèse, en estado de shock, miró al hombre con lágrimas en los ojos.

—Peor para usted —concluyó el teniente—. Acaben con todo eso.

En la luz morada del viejo viñedo, dos soldados armados de ametralladoras se pusieron a disparar. Fueron diez minutos de masacre durante los cuales cayeron, uno tras otro, todos los pájaros que la familia Lonsonier había juntado a lo largo de los años. Los cuerpos caían en el humo de los cañones, y los gritos de los pájaros cubrían los de Thérèse quien, impotente, se tapaba los oídos con las manos. Cuando ya no quedó ni un solo animal vivo en la pajarera, los soldados dieron media vuelta y salieron del jardín.

Cuando retumbó la primera detonación, Ilario Da, contra la pared, estaba rezando. Después, oyó otros disparos y se imaginó lo peor. Comprendió que se abría uno de los periodos más dolorosos de su vida, pero en ese instante todavía no sospechaba que la bala que había matado al búho de Thérèse, que le había reventado el cerebro y

blanqueado los párpados, también empujaría a su abuela a una paulatina locura. A él lo molieron a culatazos y lo arrastraron hacia la camioneta. Pero Héctor, antes de ser sacado del taller, pidió permiso, con la boca ensangrentada y una sobriedad admirable, para ir a buscar su chaqueta a la oficina.

—¿Quieres buscar también tu cepillo de dientes? —le preguntó un militar.

—Tengo derecho —contestó Héctor.

—Date prisa.

Subió por la escalera y dos minutos después reapareció con la chaqueta de Lazare en la que estaba oculto el revólver. Afuera aguardaban las dos furgonetas, puertas abiertas, custodiadas adelante y atrás por unos hombres armados. Metieron a Héctor e Ilario Da en una de éstas, que olía a rancio y en la que ya se encontraba otro detenido contra la ventanilla derecha y con el cuello lleno de sangre. Ilario Da quedó en el medio y Héctor contra la puerta izquierda, detrás del chófer.

El teniente subió al lado de este. Héctor, inalterable, cerraba su rostro totémico. Y cuando el teniente se dispuso a abrocharse el cinturón de seguridad, Héctor aprovechó ese instante de descuido para sacarse la pistola de la chaqueta y le disparó en la oreja.

La deflagración provocó un ruido atronador dentro del auto. La sangre y los fragmentos de cerebro se esparcieron por el salpicadero. El impacto proyectó la cabeza del teniente contra la ventanilla. Héctor bajó el cañón y le disparó una segunda vez entre las piernas. Los testículos explotaron como dos balones y enrojecieron el asiento. El chófer, que aún no había arrancado, se dio la vuelta y se le fue encima. Le agarró el brazo, logró desviar el revólver contra Héctor, se impuso en el forcejeo y le pegó el cañón contra la frente. Disparó.

Una línea roja dividió en dos ese hermoso rostro, sus ojos tuvieron una última expresión de victoria. Con la cara ensangrentada y la camisa manchada, Héctor sonrió y fue con ese gesto simple como concluyeron veinte años pasados al servicio de un hombre al que antaño había intentado robar. Su cuerpo fue sacado del vehículo por manos presurosas, escondido en otro auto debajo de un grueso lienzo, y nadie volvió a verle hasta el día en que encontraron su cadáver en el fondo del océano, amarrado a un riel de tren, con su hermoso perfil de salmuera roído por los crustáceos.

Hacia las cinco de la tarde, mientras Héctor era asesinado dentro de una furgoneta, Margot estaba terminando de tomar un té de menta que Bernardo Danovsky le había servido. Ella ignoraba que todos sus pájaros acababan de ser masacrados, que su madre se hallaba arrodillada aún, aturdida, delante de la pajarera, y nunca pudo perdonarse el haber estado ausente. Apenas salió de la casa de

Bernardo Danovsky, se extrañó del silencio que reinaba en su calle y de los vecinos reunidos frente a su casa. Una mujer se acercó a Margot y ella presintió una desgracia.

—Se llevaron a Ilario Da —le dijo la mujer.

A esa misma hora, en el hospital militar, varios jóvenes detenidos aguantaban en fila contra la pared cuando un grupo de soldados entró estrepitosamente en el recinto. Ilario Da oyó que alguien se detenía junto a él y desenrollaba una cinta adhesiva con la que le vendaron los ojos. Al contacto de la piel fría de plástico, sintió una fuerte presión en las cejas y en la nariz.

—Cierra los ojos y no trates de abrirlos si no quieres quedarte sin pestañas para siempre.

Le hicieron subir a un segundo auto. Ilario Da sospechó que había salido de la capital, pues el asfalto ya no era tan regular y el vehículo traqueteaba como si rodara por una carretera rural. Se detuvieron, la puerta se abrió, y alguien le tiró del pelo con violencia para sacarlo. Esposado por la espalda, cayó boca abajo sin poder protegerse, y lo enderezaron dándole una patada en los riñones. Le obligaron a avanzar sin indicarle los obstáculos, de modo que durante largos minutos caminó a ciegas, tropezando contra unos escalones, golpeándose contra las paredes, raspándose los hombros con un alambre de púas y unos cascos de vidrio, hasta que le arrojaron encima de un colchón mojado. Eran cinco hombres cayéndole encima a golpes de porra. Ilario Da se encogió como un ovillo, acorazándose la cabeza entre las piernas, apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos, contrajo el abdomen, resistiendo a todos los golpes, babeando sangre.

Cuando los golpes disminuyeron, aprovechó un respiro para gritar:

—¡Yo no tengo nada que ver con esto!

Fueron sus primeras palabras bajo la tortura, y al pronunciarlas se prometió repetirlas hasta el final.

—¡Sabemos que eres del mir, subversivo de mierda!

—No sé de qué hablan.

—¡Jefe! —le gritaron en el oído—.¡Tú me llamas «jefe»!

Iba a contestar cuando de pronto sintió mil agujas en su brazo, como un nido de víboras, que le crisparon todo el cuerpo.

—Esto es lo que te espera si no hablas —le dijo una voz.

Acababan de aplicarle por primera vez electricidad a nivel del codo. El corrientazo le atravesó violentamente el esqueleto, como una punta de cristal, y eso iba a convertirse en uno de sus peores miedos durante su detención.

—¡Yo no tengo nada que ver con esas historias, jefe!

Un segundo corrientazo lo sacudió a nivel del ombligo y le dio la

impresión de estar descomponiéndose, con el cuerpo recorrido por poderosas descargas desde los pies hasta el cuero cabelludo. Le arrancaron el pantalón y quedó desnudo. Acercaron a su miembro encogido el electrodo de metal helado. Ilario Da se estremeció ante la brutalidad de esa tortura, pero antes de poder esquivarla sintió el corrientazo en el glande. Creyó que los testículos le iban a explotar. El miembro se le hinchó como una campana. Dio un alarido horrendo, arqueándose, separando los dedos de los pies, sacando la lengua como un ahorcado, abriendo las fosas nasales y apretando las nalgas con fuerza. Pensó que las articulaciones se le dislocaban, que los huesos le desgarraban la piel, que se le quemaban el cabello y los pelos, que se le rompían los dientes, y que los ojos acababan de estallar en sus órbitas. La descarga duró cuatro segundos, luego su cuerpo cayó al suelo, inerte, con un hilo de sangre corriendo por la punta del pene. Fue tanto el dolor que, ante sus ojos vendados, en esa penumbra donde había sido arrojado por la dictadura, creyó ver a Héctor Bracamonte flotando en un espacio de luz pura, levitando en un cielo onírico poblado de cóndores y hostias, como un ángel indígena, pero Ilario Da se quedó en el suelo, espantado, aguardando con terror la próxima descarga.

Le cortaron el cabello con una tijera oxidada. Le sangró el cráneo. Después escuchó la lectura de un documento que trataba de un arsenal clandestino y de las probables señas de unos jóvenes comunistas.

—Primera vez que oigo hablar de ese señor —balbuceó, con boca pastosa y voz trémula.

Esta vez le pegaron el electrodo en las lesiones del cráneo. La piel echó humo. Ilario Da gritó, sacudiéndose con todas sus fuerzas, dando patadas a lo loco. Al cabo de una hora, como seguía sin hablar, lo pusieron de pie. Apenas si se sostenía en sus piernas, babeando y sangrando por todas partes. El silencio a su alrededor le preocupó. Luego oyó:

—Te lo vamos a cortar si no hablas.

Ilario Da sintió entonces la misma tijera oxidada con la que le habían cortado el cabello apretándole peligrosamente el miembro. Una de las puntas le picó el testículo izquierdo y las dos hojas ya presionaban la base. Una tremenda bofetada le giró la cara.

—¿Vas a seguir haciéndote el héroe sin rabo? No seas idiota. ¿Qué mujer te querrá? Piensa un poco, no te dejes influenciar por panfletos o por unos tipos que te están denunciando en este mismo momento en sus celdas. No seas idiota, que te lo vamos a cortar.

Las tijeras iban cerrándose. Ilario Da se puso a llorar. Primero solo fueron unos pequeños gemidos intermitentes y luego sintió que algo se rompía dentro de él. El dilema que cada generación de Lonsonier había tenido antes que él le atenazó a su vez. Para no hablar bajo la

tortura, para sobrevivir, debía decir que Héctor era el único culpable. No se trataba de denunciarle, sino de aprovechar el crimen que ellos mismos habían cometido y volverlo a su favor. Comprendió enseguida que nunca iban a dejarle en libertad sin haber soltado un nombre, y que mancillando la memoria del hombre al que más había admirado, sí se salvaría. Con una falsa confesión que nunca se perdonó a sí mismo, dijo en un sollozo:

—Héctor Bracamonte lo sabía todo.

Los torturadores aguardaron, cerrando la tijera cada vez más, hasta que la juventud de Ilario Da se quebró para siempre y toda su dignidad de hombre quedó reducida a un montón de polvo.

—Te vamos a dejar que lo pienses un poco —le dijo alguien, retirando la tijera.

Cuatro soldados le pusieron de pie.

—Sáquenlo.

Le dieron el pantalón de un detenido que había muerto esa misma mañana, desgarrado desde la cintura hasta las rodillas, cubierto de placas endurecidas de excremento seco. Le obligaron a mantenerse encorvado para pasar por unas galerías de techo bajo, y le hicieron bajar a toda velocidad una escalera acodada y oscilante con pequeñas barandillas endebles. Se abrió una puerta metálica, el aire frío le indicó que estaba saliendo a un patio. Un puñetazo en el estómago lo dobló por la cintura, cayó sobre las rodillas sin poder respirar y se torció el brazo derecho. Las esposas, el pantalón sucio, la lana vieja del jersey, todo le irritaba la piel. Tenía tanta sed que ya no lograba tragarse la saliva y mascaba contra el paladar una pasta ácida con sabor a vómito.

Alguien pasó detrás de él. Remplazaron las esposas por una cuerda gruesa de fibras vegetales, más barata, que unía las muñecas y los tobillos pasando entre las piernas. Un militar se le acercó y le murmuró al oído:

—Ese Héctor del que hablas, muerto o no, no te va a servir de nada.

ILARIO DA

Con el asesinato de Héctor Bracamonte y la detención de Ilario Da, Margot envejeció en una noche. Tan pronto como fueron retirados de la jaula los pájaros muertos, se encerró en su cuarto y pasó tres días quemando los libros de su hijo en la gran bañera del primer Lonsonier, convencida de que los militares iban a regresar para registrar la casa. Thérèse, al ver escapar las espesas volutas de humo, creyó que su hija estaba deshaciéndose definitivamente de lo que quedaba de la memoria familiar, tal como había hecho con los limoneros en la época en que construía el avión pero, una vez más, no pudo hacerle cambiar de idea.

—Todos nuestros recuerdos se están yendo en humo —declaró Thérèse—. Solo nos quedarán cenizas como herencia.

Convencida de que la junta militar había fusilado a Ilario Da, Margot cubrió las ventanas del salón con paños de estameña y no salió más allá del jardín. Sofocada bajo largos ponchos polvorientos, con los ojos enrojecidos por el llanto, manifestó que sobre su familia había caído una maldición austral desde hacía tres generaciones. Así, no se fijó en el hombre que hizo irrupción en Santo Domingo una tarde de octubre, con pulseras de cobre en las muñecas y un pañuelo de lana amarrado en la frente. Eran las tres de la tarde. Margot todavía estaba en la cama, arropada bajo una montaña de pañuelos y cojines de boda, cuando vio a Aukan, de quien nada se sabía desde la infancia de Ilario Da, entrando por su puerta sin permiso. Había viajado a caballo toda la noche desde Concepción, y traía en su equipaje la noticia urgente de un sueño premonitorio.

—Ilario Da está vivo —dijo—. Le he visto en un sueño.

Esta frase, pronunciada desde la inatacable exactitud de las ciencias oníricas, encontró un eco en el corazón de Margot. No porque creyera en los presagios místicos de un *machi* o en la superstición de los dones de la noche, sino porque esa certidumbre de Aukan le demostró que ella tenía que renacer de sus cenizas para salvar de la hoguera a su hijo. Fue a la embajada de Francia a fin de exigir una presión diplomática, pero el ministerio dudó en satisfacer su solicitud al enterarse de que Ilario Da había cometido un delito y que la junta

militar había encontrado dentro de una caja de cartón roja, en la fábrica, una pistola y unas bolsitas de balas. Fue así como Margot se quitó sus ponchos hippies, dejó sus deambulaciones nocturnas, y recuperó su actitud de mujer combativa, la que había luchado en los aires contra cazas alemanes por encima de las costas del canal de La Mancha. Se desvivió con tanto frenesí que se construyó una reputación de militante, haciendo que Thérèse temiera una segunda intervención de los carabineros.

En esa época, esta tenía la piel surcada como la de las lagartijas, tenía los dientes oscurecidos, sus años en la pajarera le habían dejado la espalda encorvada, arqueada como un puente, y su abundante cabellera había mermado hasta ponerse tan tiesa como agujas de araucaria. Cuando se le tensaba el rostro, la severa expresión de la frente evocaba el espejo de una señora muy vieja, semejante a un halcón fatigado, y dejaba aparecer una melancolía contenida, fruto de una larga experiencia. Un mediodía le sirvieron pollo sobre una cama de zanahorias y ella rechazó el plato con asco.

—Ya no como aves —dijo.

A partir de ese día, se empeñó en comer solamente gachas y maíz pilado en cuencos de porcelana. Nadie se había percatado de que a su edad había retomado la costumbre de chuparse el dedo, como si recayera paulatinamente en una infancia remota, y sus escasas amigas creyeron, al ver su expresión huraña, que la situación política del país era el motivo de su melancolía. Pero solo ella comprendió, en un momento de lucidez, que estaba perdiendo la cabeza poco a poco. En las mañanas soleadas, mientras descansaba en la mecedora del viejo Lonsonier ladeando la cabeza hacia la ventana, solía llamar a Ilario Da como si todavía estuviera en el jardín, y luego rectificaba, echándose a reír como una tonta. Al ver que su madre se extraviaba en los pantanos de la locura, Margot, ocupada aún en tratar con la embajada la liberación de Ilario Da, decidió poner un aviso para traer a una enfermera.

Al lunes siguiente apareció Celia Filomena con una pequeña maleta llena de ropa de muda y también de torniquetes, vendas y apósitos, vistiendo una falda perfectamente planchada y calcetines blancos estirados hasta las rodillas. No tenía más de veinte años, pero su tenacidad en la mirada le daba más edad. Dejó sus cosas en el salón con gesto de habituada, como si hubiera vivido ahí toda la vida, y permaneció junto a Thérèse hasta su última hora. La acicalaba con aceites esenciales de manzanilla romana, le cocinaba brazos de reina sobre los que echaba litros de dulce de leche, limpiaba los cuartos dejando efluvios de hierba recién cortada y, de noche, antes de acostarla, le leía los textos torpes de Ilario Da. Tanto se dedicó a Thérèse y con tanta devoción que Margot terminó preguntándose si no

se habrían conocido anteriormente. No obstante, nada parecía impedir que Thérèse se quedara horas mirando fijamente, desde su ventana, la pajarera vacía en el jardín, cuyos barrotes manchados aún con la sangre de la masacre encerraban el recuerdo de sus mejores años. Fue Celia Filomena quien, comprendiendo la situación, instó un día a Margot cuando esta se disponía a irse a la embajada.

—Hay que comprarle un pájaro —le aconsejó.

Igual que antes habían traído la caja del búho, trajeron a la casa una jaula en hierro forjado adornada con arabescos de estuco, dentro de la cual había una cacatúa blanca de cincuenta centímetros de alto cuyo penacho cristalino, peinado hacia atrás como un cantante de tangos, se erizaba en mechones encima de la coronilla cada vez que ponían música. Provenía de los ríos tumultuosos de Indonesia, y aunque su grito parecía una misteriosa lengua de archipiélago, su afecto por Thérèse daba la impresión de que había nacido a pocos metros de su casa. Pero la aparición de esa magnífica criatura que tenía uso de la palabra, ronroneaba como un gato y reía a carcajadas, tampoco despertó el interés de Thérèse. Se quedaba sentada en su sillón de mimbre en el rincón más apartado, escrutando su jardín abandonado, y a todas horas llenaba pequeños cuencos con una mezcla de alpiste, pipas de calabaza y avena pelada. Se le metió en la cabeza bañarse en la vieja bañera. Se la trajeron hasta el pie de su cama y, durante más de dos semanas, Celia Filomena se encargó de la misión de llenarla con agua caliente y frotar la espalda de Thérèse con un paño mojado en ámbar de melaza.

—Me duele un pulmón —gruñía a veces Thérèse.

A la joven enfermera se le ocurrió que, para ayudarla, había que recrear la pajarera que tenía antaño. Así, una vez más desde la época de esplendor de Santo Domingo, la casa se llenó de pájaros provenientes de todas las regiones del mundo, que se colaron entre los controles de los ferrocarriles y los equipajes secretos en alta mar. Ahora bien, no fue ni en la pajarera ni en el salón donde se colocaron los nichos, sino directamente en el cuarto de Thérèse quien, recostada dentro de su bañera con patas de león, rodeada de flores de aciano con las que perfumaba el agua, contemplaba en silvestre silencio las decenas de pájaros que volaban a su alrededor.

Sin embargo, su estado no mejoró. Su mente siguió extraviándose en el vacío, y adelgazó tanto que parecía, en el nido de sus sábanas, un pequeño ruiseñor de vidrio. Hacia el mes de octubre, cuando la primavera austral empezaba a vestir el viñedo, una tos desgarrada la atacó igual que en su infancia en Limache. Una tarde estaba quejándose de un fuerte dolor de garganta, vencida por el ahogo, y Celia Filomena, quien había aprendido de su madre las virtudes medicinales de la buena cocina, decidió prepararle un caldo de patas

de gallina a base de marrubio.

Buscó en todos los cajones de la cocina y, al no encontrar nada, se subió a un taburete para alcanzar el fondo de las estanterías. Sacó una caja para galletas que parecía abandonada desde hacía años, y adentro encontró viejos huesos de pollo. Eran los huesos de dinosaurios patagones escondidos ahí por Aukan cuarenta años atrás, en la época de los relatos de levitación. Ese día Celia Filomena coció a fuego lento, sin saberlo, un caldo de fósiles prehistóricos tan delicioso que cuando se lo sirvió a Thérèse con un chorrito de aceite, esta cogió los huesitos con los dedos y los chupó, sin sospechar que estaba absorbiendo hasta el tuétano sesenta mil años de existencia.

Nunca se pudo establecer realmente si fueron los fósiles de dinosaurios o la cantidad incalculable de pájaros en su cuarto, pero en pocas horas Thérèse se vio arrastrada en un viaje paleontológico lleno de animales fabulosos, y se revolvió debajo de su edredón como un rinoceronte bañándose en la arena, sintiéndose tan libre en sus divagaciones, tan liviana en sus alucinaciones, tan penetrada por una fuerza primitiva, que creyó que iba a echar a volar. Vio como en una aparición, envuelto en un halo de luz, el cóndor que había avistado en las cimas de la cordillera, caminando alrededor de su pajarera con sus alas gigantes abiertas y emitiendo un estertor operático. Entonces, por primera vez en mucho tiempo, Thérèse lloró de felicidad y dijo, con esa voz clara que la hizo célebre antes de la epidemia de Limache:

—Michel René no existe.

Esa confesión, las últimas palabras de su vida, fueron imposibles de descifrar para la única persona en la casa que las oyó. Celia Filomena las achacó a un delirio senil, y esa misma noche, un domingo de Navidad, fue la única testigo de la muerte de Thérèse Lamarthe cuando se marchó de este mundo frente a su pajarera vacía. La enterraron en el Cementerio General, al lado de Lazare, dentro de un ataúd que cuatro hombres bajaron con sogas de marino dentro de una tumba que quedó completamente cubierta de flores de girasol y en la que, hasta el exilio del último Lonsonier, vinieron a posarse los pájaros.

A esa misma hora, Ilario Da llegó al centro de tortura donde iba a pasar las horas más sombrías de su juventud. En esos tiempos, Villa Grimaldi no era más que un parque tenebroso. Las celdas estaban alineadas como pequeñas cabañas de madera, una tras otra, con una abertura en el techo como única ventana. Eran pequeños andamios reforzados con tablones de madera, alambres de púas y desechos metálicos, semejantes a silos para mazorcas, dentro de los cuales los detenidos quedaban apiñados en la oscuridad. Una languidez triste estaba estancada en ese jardín sin flores bordeado por un muro

perimetral de ladrillos verdes, recientemente levantado, que no se prolongaba en ninguna historia ni en ninguna mañana.

A su llegada, Ilario Da fue sacado del vehículo a patadas en la espalda, y un coronel de pie frente a él le anunció con autoridad:

—Aquí, hasta los mudos hablan.

Una ráfaga de ametralladora le estremeció, y fue brutalmente arrastrado hasta una de las celdas. Aunque tenía los ojos vendados, Ilario Da percibió que entraba en un cuarto lleno de gente. Le obligaron a sentarse y, antes de irse, un soldado gritó mientras cerraba el candado:

—¿Quién es el jefe?

—Es usted, ¡jefe! —contestó un coro.

Ilario Da se sorprendió al oír tantas voces a su alrededor, pero también al constatar la disciplina de los detenidos, revelando el sometimiento al que estaban obligados. Apoyó la cabeza contra la pared, y gracias a un pequeño intersticio en la venda, pudo barrer la celda con la mirada. A simple vista el cuarto medía dos metros de ancho y cuatro de largo, demasiado estrecho para las dieciséis personas que logró contar a su alrededor. La pintura azul de las paredes estaba desconchada, y una espantosa bombilla en medio del techo quedaba encendida toda la noche. Seis sillas en fila contra la pared constituían el único mobiliario, y unos camastros de madera superpuestos se alineaban de parte a parte.

Se puso a detallar los rostros alicaídos de esos jóvenes detenidos, la mayoría de ellos maltrechos, agachando la cabeza de cansancio, cuyas manos esposadas ya estaban moradas. Con un charco de saliva entre las piernas abiertas, la ropa sucia y la barba crecida, todos esos cuerpos parecían baldados por tanta derrota, tanta humillación y tanto castigo. Algunos tenían quemaduras graves, otros unos cortes profundos. Cada vez que pasaba un guardia, siempre había alguien para romper el silencio en el que estaban sumidos, pidiendo en un quejido desgarrador:

—Agua, por favor.

La electricidad daba sed.

Al cabo de una hora de soledad, un tímido rumor se oyó en el fondo de la celda. Ilario Da pensó primero que se trataba de un grupo de militares infiltrados, astutamente mezclados con los detenidos, que simulaban una conversación para obtener informaciones. El murmullo de la discusión, alentado por la tolerancia de los demás, se hizo cada vez más fuerte, hasta el punto que se le agregó una tercera voz. Y entonces, unos pasos afuera pararon el intercambio.

—¿Quién estaba hablando? —preguntó el guardia.

Nadie contestó.

—392, ¿eras tú?

—No, jefe.

—Entonces era tu amiga.

Al lado del 392 estaba sentado un joven que debía de tener dieciocho años, llevaba cabello largo, una camisa rasgada, su torso estaba enrojecido por la sangre de una anterior sesión de tortura. El guardia le hizo salir, agarrándole por la nuca, y cerró la puerta. No habían pasado dos minutos cuando resonó un alarido. Desde la celda se oía como era golpeado, electrocutado. El joven se aferraba desesperadamente a su coartada, repitiendo la misma excusa, dando nombres que no satisfacían a sus torturadores, probablemente por estar ya exiliados o muertos. Se supo unos días después que aplicaban la técnica de la parrilla, que consistía en amarrar un cuerpo encima de una cama metálica cuyas patas estaban conectadas con unos cables eléctricos por los cuales pasaban las descargas hasta el recto, entre los dedos de los pies, en los sobacos, junto a los ojos. El chico lo negaba todo, su relación con la resistencia, su afiliación al mir, sus contactos con las cabezas pensantes y con los promotores del movimiento. La sesión duró cinco horas.

Los calvarios se sucedieron así durante todo el día. Ilario Da resistió a todas las torturas, por vanidad, por orgullo, o quizás porque terminó aceptando culpar a Héctor Bracamonte de todo, aun temiendo que este le juzgara desde el más allá. La cárcel le esculpió un rostro de dureza. El joven arrogante y seductor que había sido durante sus años en Santo Domingo se convirtió, tras unas semanas de encierro, en un adulto postrado, de facciones rudas. Su piel adquirió un tono apagado, con matices rojos, y su cabellera antes voluminosa se volvió fina y quebradiza. Nada le quedaba de la fogosidad de su madre, nada de la juventud insolente de su padre. En Villa Grimaldi había en él algo de bestia y de cadáver.

En la cabaña, el detenido 392 seguía siendo el encargado de distribuir el agua mediante una tacita que llenaba en una jarra, junto a la entrada de la celda. Seguía un orden preciso, como si existiera una jerarquía secreta entre los prisioneros, y vertía el agua lentamente, poniendo la otra mano en el borde para derramar lo menos posible. La ronda era larga y la espera se daba en un silencio tan respetuoso que se oía cada trago deslizándose por la garganta del vecino. Cuando la ronda terminaba, se les ordenaba dormir. Algunos tenían derecho a los camastros superpuestos, otros se acomodaban en dos sillas, pero los más dormían unos encima de otros, echados como leones de mar, poniendo la cabeza sobre las rodillas de otro, los pies sobre otra espalda. Todos tenían el cuerpo dolorido, la lengua seca, el estómago vacío, y aunque había solidaridad entre los detenidos, aunque había unidad en el pueblo oprimido, ahí cada cual se

preocupaba por sí mismo.

Al día siguiente los guardias repitieron las consignas. Prohibición de hablar, prohibición de llamar, prohibición de quejarse. En pocas palabras: había que quedarse dieciocho horas sentados en una silla o en el suelo, aguardando una sesión de tortura. Almorzaban en la misma mesa sobre la que recibían las descargas eléctricas. Con los ojos siempre vendados, sentados en fila, divididos en seis grupos, agachando la cabeza, sin permiso para pronunciar ni una sola palabra, comían un plato inmundo compuesto por las sobras de la comida de los guardias, huesos de aceitunas, carcasas de pollo, cortezas de mandarina, trozos de cartílago, granos de arroz masticados, y todo eso se cocía en un gran caldero. Desde esos días y hasta el final de su vida, Ilario Da repitió en todas las comidas que cuando se tiene hambre se come de todo.

Poco a poco, desobedeciendo a los guardias, los detenidos empezaron a imponer sus propias leyes dentro de las celdas. Cambiaban de sitio a cada rato, no tanto en busca de comodidad sino para crear variaciones tranquilizadoras durante el día. Intercambiaban algunas palabras con gran cautela y sin abrir la boca. Ilario Da comprendió que estaba rodeado de hombres que se le parecían, estudiantes, catedráticos, profesores universitarios, abogados, comerciantes, todos dispuestos a firmar cualquier papel para exiliarse, a aceptar cualquier destino, a sobrellevar cualquier odisea para marcharse de Chile. Eran prisioneros de guerra que iban a pasar su juventud en las cárceles de Rancagua, de Linares, de Talca, dando clases hasta su liberación: de matemáticas, literatura inglesa, astrofísica, lenguas escandinavas, con un nivel tan alto que los propios militares tomaban apuntes al otro lado de los barrotes.

Ilario Da conoció a Jorge Trujillo. Era un obrero al que habían detenido por simple sospecha tras una breve huelga en su fábrica. Se expresaba sin metáforas ni teorías políticas, sin elocuencia ni verborrea, era modesto y no se veía a sí mismo como un mártir. Desapareció enseguida después de haber llegado. Se dijo que en plena sesión de tortura había confesado conocer un restaurante que era un lugar de encuentros del mir. Los militares le obligaron a porotear, o sea, a sentarse solo en el restaurante, vigilándole desde otras mesas y obligándole a señalar con un gesto discreto a los militantes buscados. Cuentan que pidió el mejor vino y el plato que encabezaba el menú, y que durante toda la comida no dejó de mirar su plato ni una sola vez. Cuando le trajeron la cuenta, señaló con el dedo a los militares disfrazados de civiles.

—Esos señores me invitan.

Hizo que le pagaran su última cena, y nunca más se le volvió a ver.

También conoció a otro detenido, un viejo trabajador de las

salinas, antiguo militante del Partido Comunista, gran admirador de Recabarren[23] y a quien llamaban don Hugo. Había fabricado miguelitos a escondidas, ya que su mujer le tenía prohibido meterse en actividades subversivas. Los miguelitos eran clavos torcidos que se esparcían por las calzadas, cerca de cuarteles y puestos de policía justo antes del toque de queda, a fin de reventar solo los neumáticos de las patrullas de vigilancia. Su operación había salido mal y ahora, lejos de los suyos, sacudía sus pesadas esposas repitiendo:

—Siempre hay que hacer caso a la mujer.

También había un tipo alto, moreno. Decía ser dueño de una charcutería en la que estaba asociado con su padre. El día de su detención había pagado a un proveedor con un cheque sin fondos. Se cogía la cabeza entre las manos y se lamentaba entre su barba:

—Pase lo que pase, aunque yo salga de aquí me volverán a meter preso por fraude.

Entre ellos había asimismo un hombre de unos cuarenta años de edad. Se llamaba Carmelo Divino Rojas y era el ex director de una revista publicada en Concepción que, durante su exilio en Francia, sería retomada por el periodista Armando Laberintos. Una mañana fueron a su casa para detenerle, sin orden ni motivo explícito, cuando estaba jugando al dominó con su sobrino y ya había decidido apartarse de la redacción para no verse metido en asuntos políticos. Le golpearon, le torturaron, y cuando le encerraron en Villa Grimaldi, aunque pedía un tratamiento preferente como periodista, le arrojaron a la misma celda que los demás. A veces, en un ataque de ira, no podía aguantarse y decía en voz alta:

—Ustedes saben al menos por qué están aquí. Resisten mejor pues saben por qué van a morir. Pero yo, yo soy un hombre de derechas. Yo debería estar del otro lado.

Uno de esos días un guardia abrió la puerta de una sola patada.

—¿Quién está hablando? —gritó.

Nadie se movió.

—Carmelo, ¿verdad? De todos modos ya puedes despedirte. Acaban de dar la sentencia: te van a fusilar.

Le sacaron. Le amarraron, le pusieron un pasamontañas negro, y tres guardias del contingente formaron un pelotón de ejecución. Alzaron el cañón de sus fusiles. Un cuarto soldado leyó la sentencia y dio la señal. Pero en vez de las detonaciones, lo que se oyó fue una gran carcajada.

—¡A la nena le dio un patatús!

Carmelo Divino Rojas acababa de vivir su primera falsa ejecución. Le arrastraron por los brazos, todavía desmayado, hasta la sala de interrogatorios y le torturaron durante una hora, obligándole a tragar

cápsulas de pentotal a guisa de suero de la verdad. Totalmente quebrado, regresó a la celda al atardecer, casi inconsciente, medio muerto. Los demás le levantaron con precaución. Le acostaron en la mejor cama. Cuando pudo abrir la boca, masculló:

—Nunca más seré libre. Les dije todo.

En diciembre los prisioneros y los torturadores pasaron juntos la Nochebuena. A eso de las seis de la tarde un guardia trajo una radio y sintonizó un partido de futbol entre Huachipato y la Unión Española. El volumen estaba suficientemente alto para que los detenidos pudieran seguir el partido detrás de la puerta, y entre ellos se dio un debate que prolongaron en lo posible exponiendo distintos puntos de vista acerca de ambos equipos. Al final los guardias, aburridos, molestos por tener que trabajar en Nochebuena, exigieron chistes. El detenido 392 fue llamado primero y, con un hilo de voz, la mirada clavada en el suelo, el cuerpo tembloroso, contó un chiste picante que trataba de dos curas en un urinario.

Luego llegó el turno de Ilario Da, quien se hallaba en un rincón, en silencio.

—No me sé ninguno, jefe.

—Entonces cántanos algo.

—Yo no sé cantar, jefe.

El guardia montó en cólera.

—Vamos a ver si no sabes cantar, comunista de mierda.

Abrió la puerta. Todo el mundo se levantó. El guardia cogió a Ilario Da por el brazo para arrastrarle hacia el pasillo cuando se oyó una voz que se alzaba en la celda cantando un tango. Era Volver de Carlos Gardel. Esa voz solitaria era la de Carmelo Divino Rojas quien, pese a su estado de debilidad, acercaba el rostro a los barrotes para que su canto inundara las demás celdas. Otras voces se unieron a la suya, y por un instante Villa Grimaldi se sumió en un profundo recogimiento para escuchar esa música. A Ilario Da le pareció que no los habían matado del todo, que todavía eran capaces de elevar por encima de los muros, por encima de los alambres de púas, por encima de los vendajes, un mismo sueño que hablaba de un retorno y de una frente marchita.

Otra voz llegó otro día hasta Ilario Da, la de un hombre viejo al que un guardia empujaba. El guardia insistía para saber dónde se escondía el hijo de ese hombre, pero el viejo resistía, lo negaba todo. Entre varios, le cayeron encima con sus porras. Todo el mundo entendió que se trataba del padre de Julián, alto dirigente del mir buscado por todo el país desde el 11 de septiembre. Al cabo de media hora arrojaron al viejo dentro de la celda y cerraron el candado con

violencia. Tranquilamente, el viejo tomó asiento en la silla más cercana a la puerta.

—De todos modos —dijo— hoy no tenía previsto salir.

Hubo una risa incómoda entre los detenidos. Pero el viejo había traído con él una información valiosa.

—Dicen que la embajada francesa está presionando. Esta noche sacarán a un franchute.

Al principio, Ilario Da no lo creyó, pero un poco antes del atardecer escuchó unos pasos afuera. El guardia gritó desde la puerta:

—Franchute, muévete.

El 30 de diciembre Ilario Da fue liberado de Villa Grimaldi con el cráneo rapado, once kilos menos, derrotado, asustado por una libertad repentina que le pareció frágil e injusta. Lo instalaron en la parte de atrás de un auto civil, un Volkswagen K70, y él se preguntó si todo eso no era más que otra farsa para hacerle desaparecer en algún lugar del desierto de Atacama. Pero a medida que avanzaban, iba oyendo los sonidos de bocinas de una gran ciudad, la música proveniente de tiendas y autobuses, y comprendió que estaba en la avenida O'Higgins o tal vez en Vicuña Mackenna, en el centro de la capital.

Cuando le hicieron salir del vehículo, una mano delicada le sostuvo la cabeza para evitar que se golpeara contra el borde del techo. Una mujer se encargó de acompañarle hasta el interior de un edificio, y ahí le despegó cuidadosamente la cinta adhesiva que le cubría los párpados.

—Abra los ojos lentamente —le dijo—. Hay mucha luz.

El mundo volvió a ofrecerse a la vista de Ilario Da. Observó todo a su alrededor y reconoció la Fiscalía Militar. Las oficinas se sucedían en un laberinto de dependencias donde unos hombres encorbatados estaban escribiendo a máquina. La mujer le ofreció un cigarrillo, pero Ilario Da lo rechazó cortésmente.

—Estoy aprovechando la oportunidad para dejar de fumar.

Entró en una oficina cuyo único mobiliario era una mesa y una foto ampliada de Augusto Pinochet en la pared de enfrente. Dos hombres bien afeitados, ambos vistiendo una camisa abrochada con un botón de oro, tras haberse arremangado, leyeron en voz alta su apellido y le pidieron que contara con todos sus detalles la tarde de aquel viernes de diciembre.

Ilario Da, con una frialdad ofendida, repitió que Héctor Bracamonte era un activista que militaba en la ultraizquierda y escondía armas en la fábrica. Que él mismo no era sino un burgués con doble nacionalidad, frívolo y superficial, joven y necio, que se había dejado involucrar en ese asunto. Al final de su declaración, uno de los oficiales le pasó un bolígrafo para que la firmara. Ilario Da no

tuvo tiempo de revisarla. Al salir del cuarto pensó en silencio en Héctor Bracamonte, quien durante toda su vida había querido dejar de él el recuerdo de un ser respetable, sin quejas ni protestas, y que ahora, muerto a sus cincuenta y ocho años, veía su nombre figurando entre los huérfanos de la historia, él, que solo era culpable de haber tenido hambre.

MICHEL RENÉ

El 21 de mayo, el viejo Lonsonier celebró sus ciento dieciocho años. Pese a estar encorvado por tantas vendimias, no había nadie mejor que él para demostrar que la edad nada tiene que ver con el paso del tiempo. No obstante, hacía ya varios meses que no lograba recordar el nombre que llevaba antes de instalarse en Chile. Se había acostumbrado tanto a su segunda identidad que se le olvidó la primera. Flotando en un pasado vacilante, había dejado atrás la imagen del joven viñador que fue. Sin embargo, recordaba con brillante claridad aquella tarde de otoño en que conoció a un fugitivo de la capital.

—Se llamaba Michel René —dijo escribiendo el nombre en un papel.

En 1873, un siglo antes del golpe de Estado en Chile, el viejo Lonsonier heredó un modesto viñedo en las laderas de Lons-le-Saunier. Nada en su vida de entonces permitía presagiar el asombroso destino que unos meses después le iba a lanzar hacia el otro extremo del mundo. A fines de agosto sus padres murieron de fiebre tifoidea, y como si una maldición hubiera caído encima de su casa, su viñedo también se puso a periclitar. Su ruina era previsible: la filoxera, un pulgón salvaje, ya había llegado a Francia unos años atrás, en Burdeos y en el País Vasco, proveniente de Estados Unidos. Lonsonier oyó hablar de un tal señor Delorme, un veterinario de Arles que regentaba un viñedo en el sur cuyas hojas se habían puesto mustias en una sola noche. Sus arbustos adquirieron el color pálido del oro de los Andes y unas hinchazones sarnosas vinieron a abollar la superficie lisa de sus plantas. La madera de los tallos se ahuecó y se secó en unas semanas. Cada cepa caída dejaba en el aire miles de pulgones invisibles que se desplazaban de viñedo en viñedo, de tocón en tocón, transportados por las lluvias, barriendo siglos de viticultura, solo detenidos por escasas telarañas extendidas entre dos tallos. Nunca en la historia de la viña francesa se vio semejante catástrofe, y en unos meses ya no se conseguía ver ninguna cepa en pie desde la región de Hérault hasta Alsacia.

Las municipalidades dieron orden de inundar las tierras enfermas, pero inmediatamente se vio que el insecto sobrevivía al agua. Se aplicaron productos químicos que no hicieron más que acelerar la propagación, matando los manzanos vecinos y los plantíos de tomates. Las alcaldías quemaron masivamente las raíces de las viñas en grandes hogueras que recordaban las de la Comuna de París, y las comisiones departamentales para la filoxera rociaron los campos con sulfato de cobre y sulfuro de carbono.

Lonsonier, cuyos viñedos se hallaban en el este de Francia, pudo aprovechar por un tiempo el alza en los precios del vino. Pero un día, cuando estaba cruzando por sus laderas, detectó en la corteza de sus cepas un olor acre, ácido, un olor a fiebre. Todas las hojas estaban trémulas, marrones, cubiertas de bubones verdes, recorridas por miles de gorgojos semejantes a gotas de cianuro. Tomó unas muestras y descubrió que todas las ramas tenían galerías internas en las que pululaban pulgones sedientos, yendo y viniendo dentro de la savia, contaminando los terrenos, destruyendo las raíces bajas como una dictadura de los subsuelos.

Abrió la tierra con un pico y el primer golpe le permitió descubrir a simple vista unas largas filas de puntos amarillentos. Todas las cepas estaban famélicas, todas las frutas mustias, y excepto algunos viejos troncos resistentes que aún servían de protección, toda la plantación parecía un antiguo reino abandonado en medio de una isla. Poco a poco las largas filas de viñas de Lonsonier se transformaron en un cementerio de plantas leprosas, en pasillos oscuros y tristes, hasta el punto de que en pocas semanas sus seis hectáreas ya no lograron dar ni una sola gota de vino.

Quiso resistir. Se especializó en medicina botánica. Consultó libros de entomología y durante días completos paseó su lupa por la piel de las cortezas. Llevó a cabo una guerra tal contra el pulgón que esta le pareció aún más alta, aún más digna que la batalla librada dos años antes por los comuneros en las calles de París. Pero al final de aquellas míseras vendimias en las que su uva más gruesa no alcanzó el tamaño de un cacahuete, en las que su cepa más alta medía doce centímetros, Lonsonier quedó arruinado. Cuando constató que su plantación seguía muerta por más que injertara cepas sanas y las regara con sulfato de cobre, comprendió que había perdido ese combate irremediablemente. Unos leñadores recorrieron sus terrenos, recuperando madera para luego revenderla a carpinteros y lutiers. Dos meses después la viña de Lonsonier se había transformado en violines y sillas de bares.

Devastado, dejó todo al descuido. Apenas cumplido el luto por sus plantas, su casa cayó sin más en el abandono, convirtiéndose en un lugar lúgubre recorrido por los fantasmas de sus padres que deambulaban en las noches de soledad por los pasillos siniestros.

Todos los cuartos parecían sufrir de la enfermedad de la vid. Una humedad de musgo subía por las paredes y las puertas chirriaban en sus bisagras, de tan oxidadas que estaban. Una nieve de telarañas cubría las estanterías. La basura se amontonaba en los rincones de la cocina. Las flores se pudrían en los tiestos. Los cúmulos de polvo, formando unos montículos de hierbas en las esquinas, empezaban a albergar colonias de hormigas.

Bruscamente se convenció de que ya era hora de marcharse para él también. Hacía cinco años que los viñadores de toda Francia dejaban sus tierras a fin de emprender la aventura colonial. Los jóvenes solteros, sin familia ni herencia, eran los primeros en embarcar rumbo a California, donde se decía que Napa Valley, al norte de San Francisco, sería invitada algún día al Juicio de los Vinos en París.

Tanto le cegó la certeza de tener que marcharse que no se preocupó en lo más mínimo cuando un jueves por la mañana, al levantarse para tomar su café, notó que los cubos de basura amontonados en su cocina habían desaparecido. Achacó esa desaparición a una alucinación causada por la fatiga. Dos días después, la torre de platos sucios acumulados fue fregada y guardada. Al finalizar el mes ya no se veía ni una sola hormiga en los rincones, las telarañas habían sido barridas, y ya era totalmente imposible que las puertas chirriaran de tan aceitadas que estaban sus bisagras.

—Dios mío —pensó Lonsonier—, estos fantasmas terminarán echándome de mi casa.

No tuvo tiempo de indagar el extraño fenómeno que sobrevenía en su vivienda porque un atardecer, al irrumpir sorpresivamente en la cabaña donde guardaba sus herramientas, Lonsonier descubrió a un hombre acostado en un colchón de paja, que al verle se levantó de un salto.

Parecía asustado, tembloroso, inofensivo. Lonsonier creyó primero que venía del otro lado del océano, tal vez de California. Pero el desconocido no conocía América.

—Solo estoy huyendo de París, señor.

Era un joven que había escapado de la Comuna en plena Semana Sangrienta, debido a un juicio injusto por el que se vio forzado a subirse en un carretón cargado de frutas para salir de los suburbios.

—Si usted me echa de aquí, me colgarán —dijo en un susurro.

Se llamaba Michel René. Por toda riqueza solo poseía un gabán marrón con cuello de terciopelo, un pantalón con un galón rojo en los costados, y una gorra a cuadros. Tenía ojos grises y una nariz delicada que ponía algo femenino en sus facciones. Si unos meses atrás Lonsonier hubiera descubierto a un desertor durmiendo en su cabaña, habría alertado a los gendarmes. Pero ahora, dispuesto a marcharse y

dejar atrás un paisaje en ruinas, vio en la presencia de ese fugitivo la salvación de su viñedo.

Los días que siguieron los dedicó por completo a planificar su exilio. Sus preparativos movilizaron toda la imaginación que solía poner en la resurrección de sus campos, no porque era como una huída hacia adelante, sino porque había perdido toda esperanza de sacar una sola uva de las entrañas de este continente. Consignó puntos de referencia en los mapas, subrayó unos libros sobre California, tomó notas acerca de la conservación de las cepas durante un viaje. En marzo vendió la mitad de sus muebles para pagar el pasaje y entonces, con el salón atestado de paquetes, cajas de cartón y baúles llenos, se puso a esperar el arribo de un *cap hornier* que debía zarpar de Le Havre con rumbo a América al final de la primavera.

En cuanto a Michel René, seguía imperturbablemente levantándose cuando Lonsonier dormía. Se movía en la penumbra y durante varias noches deambuló por todas partes, provisto de una caja de herramientas que se había fabricado, flotando tímidamente por los pasillos de la planta baja. Con un cuidado silencioso y una delicadeza muda, reparaba las estanterías inestables, deshollinaba la chimenea, cambiaba el aceite de las lámparas, y Lonsonier pensó que anteriormente había sido mayordomo. Aún cuando trataba de conversar con él, Michel René permanecía discreto acerca de su pasado. La vida ruda de las fincas, el rumor de las cárceles, la ley de las caravanas, tanto le habían hartado los hombres que creyó haber encontrado en ese remanso de uvas en ruinas, en ese refugio de fantasmas y barricas agujereadas, un albergue donde vivir en silencio por el resto de sus días. No hablaba sino para expresar gratitud o aprobación. De tantos bastonazos recibidos le había quedado una mirada temerosa. Lonsonier lo veía deslizarse como una sombra efímera, como un gato tímido, entre las filas casi desnudas del viñedo, y sus andares ansiosos llevaban la huella secreta de todas las humillaciones vividas.

Así pasaron varias semanas y el 11 de abril, un día nublado, Lonsonier hizo su última maleta y arrancó de raíz la única cepa que no se había enfermado. Se metió en el bolsillo treinta francos y un poco de tierra fértil. El día de su partida, después de haber atornillado las tapas de las cajas, rompió su hucha de arcilla para recuperar sus últimos ahorros y se dirigió hacia la cabaña. Iba a recordar por mucho tiempo el momento en que, al entrar en el trastero, vio a Michel René por primera vez sin gorra y descubrió que tenía el cabello largo pero se ponía una redecilla negra para recogérselo. Se puso a detallar sus caderas y le parecieron más voluminosas, más abultadas que las de un hombre. La camisa un poco desabrochada dejaba ver un pecho joven y henchido, y entonces Lonsonier comprendió que Michel René era una

mujer.

Era una parisina de unos treinta años de edad que primero había formado parte de un batallón de mujeres de la Place Blanche[24] y que luego tuvo que disfrazarse de hombre para seguir combatiendo en las barricadas, poniéndose un remedo de uniforme y un pantalón con galón rojo. Herida, perseguida, se había escondido donde la buena suerte se lo permitía, en panteones de cementerios, en un antiguo matadero, e incluso una vez en los talleres imperiales de Napoleón, donde un matemático llamado Augustin Mouchot construía máquinas solares. Al ver a Lonsonier en el umbral, se sonrojó y se apresuró a ponerse una manta en los hombros para taparse.

—No me eche de aquí —le rogó.

La habían echado de todas partes. Aquí y allá, en todos los distritos, en todos los suburbios, ella había defendido su derecho al trabajo, a la instrucción, al Código Civil, al porte de armas. Y cuando Lonsonier, desconcertado, le preguntó el motivo de su disfraz, ella contestó con increíble seguridad:

—Ahora ni siquiera tengo derecho a ser mujer.

Pese a su sorpresa, Lonsonier no lo dudó: tomó su maleta y le entregó las llaves de la casa.

—Si esta propiedad debe renacer, que sea en manos de una mujer.

Esa misma tarde Lonsonier se marchó de aquella comarca de caliza y cereales, de morillas y nueces, para tomar una nave de hierro que zarpaba de Le Havre rumbo a California. No estando aún abierto el canal de Panamá, tuvo que dar la vuelta por el sur de América y viajó durante cuarenta días a bordo del *cap hornier* donde doscientos hombres amontonados en las bodegas llenas de jaulas de pájaros tocaban fanfarrias tan ruidosas que no pudo pegar el ojo hasta las costas de Patagonia.

Una casualidad de la historia hizo que desembarcara en Valparaíso el 21 de mayo. Dio prueba, sin saberlo, de una valentía tan admirable como la de su hijo Lazare cuando se fuera a combatir a Francia, de una bravura tan ejemplar como la de Margot cuando sobrevolara el canal de La Mancha, de una determinación tan altiva como la de Ilario Da cuando se callara bajo la tortura. Lonsonier injertaba así la primera raíz del tronco en su descendencia por venir. Muchos años después, siendo ya un hombre viejo instalado en Santiago con su familia, siguió preguntándose si Michel René había existido realmente. Pero el día en que su hijo Lazare le preguntó de dónde era su familia francesa, al disparársele de repente un antiguo recuerdo habitado por fugitivos y pulgones, Lonsonier solo pudo contestar:

—Cuando vayas a Francia te reunirás con Michel René. Te lo contará todo.

Aquel nombre pasó de generación en generación durante un siglo con la prudencia de un talismán. Por ello, en septiembre de 1973, cuando Ilario Da desapareció en las cárceles chilenas, Margot maldijo el año en que la filoxera atacó la viña francesa.

Habían transcurrido más de tres semanas desde la detención de Ilario Da y lo único que se sabía era que la junta militar dejaba impunes los delitos, las culpas y los crímenes, y no guardaba ningún registro de sus abusos. Sentada en un banco en el local de los carabineros, taciturna y solitaria, Margot esperó con paciencia. Se comentaba que había enviado tantas cartas a la embajada que ya no podía quitarse la tinta de los dedos. Hacía tanto tiempo que descartaba la idea de la reaparición de Ilario Da que terminó, igual que Michel René antaño por los pasillos de la casa, deambulando por las comisarías, contemplando en el espejo su rostro demacrado, ajado y resignado, confundiendo su rostro con el de los desaparecidos de las listas de la Dina. Ahora iba solo a la morgue y a los hospitales para buscar información, y regresaba a su casa alterada por esas visitas en las que confirmaba con horror la masacre de toda una generación. En la penumbra de su patio trasero, donde había experimentado los vértigos de la ciencia y las impaciencias del amor, se dejaba llevar por un decaimiento sombrío, igual que una viuda solitaria, con el corazón hecho trizas, y apenas si aceptaba las visitas de Bernardo Danovsky.

—Es usted el único que me comprende —le decía ella— porque usted también ha perdido a un hijo.

Fue así como durante todo el mes de enero el viejo director la visitó, llevándole manjares judíos, *gefilte fisch*, sopa de remolacha, *bilkalej* y *verenike*, cuyo olor especiado aromatizaba los cuartos vacíos, sin por ello tapar las exhalaciones de su alma. Bernardo Danovsky tuvo la impresión de que la piel de Margot adquiría el color metálico de un fuselaje, los hombros se le encogían, las manos se le empequeñecían, en ella todo se confundía con la espera de morir y la desgracia de existir. Le sugirió que reanudara sus reuniones pacifistas, que cambiara sus muebles, que sembrara plantas en el jardín. Pero Margot, con una desesperación que parecía rozar la locura, se puso a buscar a su hijo en los sueños premonitorios, en las predicciones del tarot, en el simbolismo oculto de las hojas de té y de la ceniza de los cigarros, extraviándose en brujerías a cuyos oráculos se adelantaba. Se hallaba tan desamparada que un sábado, hacia las tres de la tarde, ni siquiera se levantó cuando alguien llamó a la puerta.

—Será el diablo —pensó.

El que llegó hasta el jardín después de haber atravesado la casa sin decir ni una palabra fue un joven famélico vestido con andrajos, un pantalón roto de la cintura a la rodilla y amarrado con una cuerda, la

camisa manchada de sangre, que tenía el cráneo rapado y cubierto de cicatrices negras, escondido debajo de un gorro lleno de agujeros. Ese muchacho ya no era un muchacho, era el espectro de la dictadura, era la metáfora zafia, aterradora, espantosa de un pueblo maltrecho. Al verle, Margot pensó que venía a mendigar un trozo de pan, y cuando sus miradas se cruzaron ella no reconoció a su hijo en el momento y creyó que era otro fantasma desertor de una antigua guerra colonial.

—La vida me envía un segundo muerto —dijo.

Ilario Da estaba tan quebrado, tan humillado, tan extenuado que Margot comprendió que él salía de un infierno aún más oscuro que el suyo. En la confusión de ese retorno, igual que todos los Lonsonier, se puso a llenar la bañera deprisa, convencida por tradición familiar de que el baño era uno de los pocos remedios contra la desgracia. Cuando Ilario Da se quitó la ropa delante de ella, Margot descubrió unas cicatrices tan profundas y unas heridas tan graves que tuvo la impresión de que todo un ejército había pasado por encima de él. En la bañera del viejo Lonsonier le lavó con un guante tejido y un exfoliador a base de semillas de linaza, le puso en las sienes una mascarilla de rosa mosqueta, dejándola actuar sobre las cicatrices durante tres horas. Unas bolsitas de agua congelada sobre la cabeza le bajaron la fiebre. Le aplicó una cataplasma de hierbas y sangre de gallina negra, la misma que había utilizado Aukan para el pulmón de Lazare pues, al ver así a Ilario Da, Margot había llegado a la dolorosa conclusión de que todos los hombres de la familia padecían los mismos males y debían curarse con los mismos tratamientos.

Después del baño, Ilario Da logró adormecerse, pero se despertó sobresaltado, pidiendo auxilio a gritos.

Se calmaba solo cuando Margot llegaba a toda prisa y le mantenía en la cama con infusiones de morfina líquida. Era como si el asesinato de Héctor Bracamonte, el miedo a ser torturado de nuevo, los traumatismos de su cuerpo doliente aún, hubieran reactivado en él las mismas imágenes de pesadilla que asaltaron a Lazare por la desaparición de sus hermanos. Así, durante los días siguientes a su regreso se entablaron entre la madre y el hijo unas relaciones torpes y magníficas que a ella la metieron en un combate contra la muerte, y a él en una lucha contra la locura. Una noche en que Ilario Da se puso a delirar, gritando el nombre de Héctor y hablando de Carmelo Divino Rojas, con los ojos hinchados y la boca llena de espuma, Margot tomó una decisión y nadie pudo hacer que desistiera.

—Nos marchamos de este país dentro de una semana.

Los trámites para obtener la autorización de salir del territorio eran demasiado lentos, así que ella se encargó del asunto. En una decisión tan instintiva como la que un día la llevó a alistarse en las fuerzas aéreas libres de otro continente, confió a Aukan la tarea de

apresurar la curación de Ilario Da, y se fue al aeródromo de Tobolaba para reanudar la construcción de su avión. Reunió en torno a ella a un grupo de viejos mecánicos con los que había mantenido el contacto después de la guerra y profetizó que su aparato, ensamblado a las bravas como el Spirit of Saint Louis de Charles Lindbergh, iba a ser perfectamente capaz de cruzar la cordillera.

El monoplano, que dormía bajo el alto techo de un hangar, estaba guardado entre otras máquinas roncadoras sumidas en una penumbra fría como una catedral. Margot se trasladó al aeródromo todos los días. Enseguida, como embargada por un impulso de juventud, dio orden a los mecánicos de que calibraran el cuadro de mandos, reforzaran las alas y rehicieran la transmisión de los gases, construyendo un monstruo artesanal sin la menor idea de sus capacidades. Ese proyecto insólito, derrotado antaño pese a la perseverancia de la adolescencia, reavivó en su corazón el temple guerrero que llevaba sembrado dentro de ella pero que desde su regreso del frente dormía en las sombras. Cuando terminó su trabajo obsesivo, el avión estaba listo para volar. Bernardo, habiendo estudiado detalladamente el mapa de la cordillera, le trazó el itinerario más seguro.

—De día verás mejor —le dijo—. Te despejaré la pista al amanecer.

Pero Margot se le quedó mirando con una dulzura confusa. Sabía que su vertiginosa ambición estaba condenada para siempre a acercarse al peligro. Había aguardado por ese vuelo durante tanto tiempo, inspirada por un llamamiento mesiánico, había sacrificado tanto, que no le tembló la voz cuando objetó:

—De día nos verán.

Por primera vez desde que se conocían, se mostró seca y decidida frente a él. Le miró con ojos fieros y él no se atrevió a contradecirla.

—Despegaremos esta noche.

Ni las prudencias de la amistad, ni las murallas de hielo, ni las trampas de la nostalgia le hicieron dudar. Regresó a su casa, vació su cuarto, reunió sus escasos ahorros en un cofrecito y arrancó de raíz la viña de su jardín, agachándose bajo un follaje harapiento con la misma sacralidad que su abuelo Lonsonier el día en que la había sembrado. Ordenó a Ilario Da que se untara el cuerpo con grasa y peladuras de cebolla para reducir los efectos de la falta de oxígeno, y ocultó un hacha debajo de su asiento, más por superstición que por necesidad.

A las diez de la noche Margot e Ilario Da dejaron el terreno de Tobalaba gracias a que Bernardo había balizado con luces una de las pistas. Se elevaron hacia el este mediante grandes espirales hasta una altitud de cuatro mil metros, y pusieron rumbo hacia Los Andes.

Media hora después se hallaban entre montañas.

En pleno cielo, según unos simples cálculos, Margot supuso sin poder verlo que por delante se alzaba el volcán Tupungato en la muralla central, ahí donde se forma una silla de valles nevados en una estrecha hoz de paredes. No apartaba la mirada de los picos y los cuellos del Aconcagua; los había imaginado mirando los mapas y se transformaban por debajo de ella en depresiones rocosas, en cráteres gigantes, en lagos que la temporada empezaba a deshelar. Los cortes por donde se podía pasar eran escasos, las grietas sinuosas, la muralla estaba cerrada como una fortaleza de modo que, a cada movimiento, Margot tenía la impresión de estar acariciando la piel de las rocas con la punta de las alas.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos de vuelo calculó que debían de haber cruzado más o menos la mitad de la cadena montañosa. Ella vigilaba la trayectoria con milimétrica atención, mientras Ilario Da oscilaba entre el miedo y el sueño, frágil aún por las torturas, atónito contra la ventanilla. Hacia las once de la noche, el avión fue empujado por una fuerte perturbación de corrientes. Margot casi chocó contra un estribo rocoso y tuvo la impresión de ser arrastrada por unas fuerzas invisibles hacia la pared de la montaña, pero logró enderezar el aparato. Más de una vez pensó que iba a caer, sacudida por las portentosas ráfagas de viento de Los Andes, pero siempre se salvaba de milagro. Fue en una de esas sacudidas cuando una corriente poderosa, más afincada, la proyectó dentro de una columna de aire tan violenta que agitó el avión como si fuera una hoja seca. Asustada, Margot pudo distinguir un escarpe entre dos paredes de rocas y logró zafarse para meterse por ese corredor. Pero entonces quedó atrapada en un embudo que creaba, por su forma estrecha, una serie de remolinos que la aspiraron hacia abajo.

Apagó el motor y se puso a planear. Divisó a lo lejos una terraza de unos cuatrocientos metros de largo, suficientemente ancha para posarse, y giró las ruedas del aparato en dirección a esa meseta. Con gestos precisos, logró aterrizar con brusquedad en un suelo de nieve en polvo, entre montículos y rocas. El choque ruidoso estremeció la máquina. El avión dio un brinco, se deslizó traqueteando, evitó un barranco y se quedó postrado. De inmediato Margot soltó los mandos y salió de la carlinga. Por todas partes alrededor de ellos había picos en espejo, azotados por un viento glacial, aristas que silbaban, cumbres de marfil, un cementerio de gigantes que se extendía hasta perderse de vista. Margot inspeccionó el lugar y se alegró al ver que aun cuando esa abertura en la montaña era estrecha, la plataforma tenía una pendiente suave orientada hacia un pasaje entre los picos por donde las alas podían caber.

—Podremos utilizarla como trampolín para volver a despegar —

sonrió.

Se hallaban a cuatro mil metros de altitud y a diez grados bajo cero, pero Margot, acordándose de Los Cerrillos, del puerto de Londres y de los cazas alemanes por encima del canal de La Mancha, sintió en ella una valentía que le tensó los músculos. Se puso a estudiar el terreno, el estado del fuselaje y del tren de aterrizaje dando vueltas alrededor de su máquina como un mecánico en un hangar. Repentinamente inspirada, empezó a enroscar unos cables en tiras de cuero, a martillar el zinc, a enderezar el patín, mientras ordenaba a Ilario Da que sacara piezas secundarias para aligerar el avión. Se les pusieron las manos azules, sangraron por la nariz. La bruma era tan fría que tuvieron los pies insensibles durante dos días. El hielo había fisurado la canalización del radiador, así que tuvieron que utilizar todos los pantalones que traían en las maletas para tapar los agujeros. Con una osadía insensata, concentrándose en ese aparato del que conocía cada centímetro como si fuera una prolongación de su cuerpo, Margot calculó que si lo lanzaba por la pendiente despegaría aferrándose al aire.

—Es nuestra única oportunidad —dijo a Ilario Da.

Se instaló ante los mandos y encendió el motor. Ilario Da empujó suavemente el avión hacia la inclinación de la meseta. Las ruedas se deslizaron en la escarcha y la máquina se puso a descender con rapidez a lo largo de la pendiente. Ilario Da se subió a toda prisa detrás de Margot y esta, excitada por la aventura, aceleró al llegar al nivel del trampolín y apoyó sobre la palanca de profundidad. El avión se arqueó hasta casi partirse en dos, ascendió, tomó velocidad, desafió los vientos a ciegas y, utilizando la misma corriente de aire que había causado la caída, salió hacia el valle por donde asomaba Argentina, al fondo.

A medianoche, Ilario Da y Margot alcanzaron Mendoza. Quienes recordaron aquella noche dijeron que el cielo estaba blanco cuando vieron llegar un avión extraño del que emergieron una mujer de largas trenzas y un joven con el cráneo rapado, cuyos pies congelados no le permitían caminar.

—Fue maravilloso —musitó Margot—. Debí haber hecho esto toda mi vida.

El primer martes de enero el trasatlántico Sainte-Croix levó ancla desde Buenos Aires con destino a Saint-Nazaire. Pero Margot no subió a bordo. Se quedó inmóvil en el muelle argentino, con la mirada fija en un punto del horizonte, sabiendo que nada la esperaba en Europa excepto una caprichosa multitud de recuerdos.

—No puedo —dijo—. No voy a ir a vivir en un continente que ya me vio morir una vez.

Sacó de su bolso un montón de hojas de papel arrugadas, amarillentas, cosidas con un cordón como un cuaderno, y lo metió en la maleta de su hijo.

—Lo rescaté de la caja de cartón roja —añadió—. Haz algo con eso.

Luego, el barco retiró su pasarela, su cordaje parecía unas culebras blancas, e Ilario Da se apresuró a subir a bordo. La despedida entre ambos fue sin palabras, sin gestos. Ninguno de los dos saludó de lejos. Por los ojos de Margot pasó un velo de extravío que ya no se le quitó. Ilario Da, con las sienes aún tumefactas y las piernas temblorosas, no tuvo la fuerza de prometerle que regresaría. Así la siguió viendo siempre, de pie en un muelle de pescadores, cansada de cargar sobre sus hombros medio siglo de batallas.

En el Río de la Plata empezó el exilio del último Lonsonier. Ilario Da se dio cuenta de que estaba rodeado de pasajeros despreocupados, hombres y mujeres que parecían ignorar la dictadura, y le pareció absurdo que esas familias, para seguir adelante con sus vidas, hubieran tomado el mismo barco que a él le salvaba de la muerte. Pero lo más doloroso era la certeza de que su partida abría el camino a miles de jóvenes chilenos que, detrás de él, se apresurarían a tomar barcos, llenar aviones, cruzar la cordillera a lomo de mula, y que esperaban en frías cárceles los sellos de las administraciones oficiales extranjeras, los permisos de la aduana, los salvoconductos militares, para marcharse hacia regiones lejanas donde ignoraban sus sufrimientos.

Francia acogía en esa época a los refugiados políticos del mundo entero, como una nueva tierra de asilo. Sin embargo Ilario Da nunca tuvo en mente la posibilidad de renunciar a la lucha, de no regresar a Chile. No existía vida interesante, noble, valiente fuera de la lucha política. Sus compañeros que no tenían doble nacionalidad se habían quedado en Santiago. Ilario Da sintió esa injusticia en su corazón y consideró su regreso como una evidencia. Pero todavía no sospechaba que iba a quedarse más de diez años en París. Ignoraba que se instalaría en una buhardilla estrecha, sin cóndores ni araucarias, donde escribiría el relato de su tortura. Y que iba a conocer, muchos años después en el bosque de Vincennes, durante un partido de fútbol, a una tal Venezuela, una mujer valiente, oriunda de un país de orquídeas y petróleo, de barcos cargados de especias y sufrimientos, y que ella le guiaría hacia otra revolución.

Apartado de los demás durante la travesía, mientras paseaba por la cubierta, se sumió en su pasado y así vio fructificar sus horas más enriquecedoras. Sacó de su pequeña maleta el cuaderno cosido por Margot y se puso a escribir. No era solo por una exigencia de dar su testimonio. Esa necesidad de tinta le venía de algo más remoto, como

resurgido del pozo de la nostalgia, del tiempo en que aprendía con Aukan las historias maravillosas de niñas que nacían del fuego y gigantes que se transformaban en estatuas de madera. Mientras evacuaba su pasado, le pareció que el rostro de Héctor, claro y sereno, se recortaba en la intensa luminosidad del mar, pues su recuerdo se tornaba más cercano a medida que la nave se alejaba. Así, el día en que el viejo Lonsonier había sido el primero en cruzar el Atlántico, no hizo sino colocar la primera piedra en el ajedrez de las migraciones que perseguirían a su familia. Cien años después Ilario Da, su biznieto, emprendía el camino de vuelta después de dos guerras mundiales y de una dictadura, y tal vez dentro de medio siglo un nuevo exilio vendría a sumarse al lento y largo ramaje de acontecimientos, en una jungla infinita de búsquedas, dolores y nacimientos.

Cuando aparecieron las costas francesas, Ilario Da tuvo la impresión de que solo en ese instante ese país comenzaba para él a existir realmente. Un martes de otoño desembarcó con treinta francos en un bolsillo y una cepa de vid en el otro. No tenía en este mundo más que un traje gris y unos botines. Y en la maleta, el manuscrito del frente chileno. Cuando llegó al puesto de los servicios de inmigración tuvo que hacer una larga cola. Al cabo de una hora una aduanera le preguntó:

—¿Su nombre?

Esa enigmática pregunta despertó en su memoria un eco profundo. Si bien se hallaba lejos de la dictadura, lejos de los carabineros chilenos, le invadió el temor de que le estuvieran buscando en ese otro lado del océano. Pensó en varios nombres ficticios, en seudónimos, en nombres codificados, pero el único que le vino a la mente fue el que todos sus antepasados habían repetido antes que él.

—Michel René —dijo.

La aduanera no alzó la mirada. Con un gesto negligente de la mano que iba a rebautizar en una sola línea a toda la genealogía posterior de Ilario Da, anotó en su ficha: Michel René.

ESTA EDICIÓN, PRIMERA, DE *HERENCIA* SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID EN LA IMPRENTA DE GRÁFICAS COFÁS, S.A. EN AGOSTO DE 2021

www.armaeniaeditorial.com

NOTAS

1 Barco que ha pasado por el Cabo de Hornos. (Todas las notas son de la traductora).

2 Colonia que en el siglo xvii fue fundada por piratas y dominicos en la costa de Madagascar.

3 Oriundo de Maracaibo.

4 En francés, peludos. Apodo dado a los soldados franceses de la Primera Guerra Mundial.

5 Baile típico chileno en el cual la mujer baila con un pañuelo en la mano.

6 Cuerpo de bomberos franceses.

7 Apodo de Georges Clémenceau, jefe de gobierno francés durante la Primera Guerra Mundial. Propugnó la idea de que Francia no debía capitular, sino luchar hasta la victoria total contra el imperio germano.

8 Médico francés que a inicios del siglo xx contribuyó con sus escritos a tomar en cuenta otras disciplinas para ampliar el horizonte de la medicina francesa de la época.

9 Médico bondadoso, personaje recurrente de la Comedia humana de Balzac.

10 Método que busca estimular los pensamientos positivos mediante la autosugestión y la autohipnosis, y que todavía ejerce cierta influencia en las actuales teorías de autoayuda.

11 En la tradición de los indígenas mapuche, curandero.

12 Algodón de excelente calidad cultivado milenariamente en la región andina.

13 El jasidismo es una de las corrientes del judaísmo más ortodoxo.

14 Corriente del judaísmo que no considera como obligatorias las tradiciones del Talmud.

15 Centro donde se estudian el Talmud y la Torá.

16 En la religión judía, día de descanso dedicado a Dios.

17 Pequeño tubo de metal o de otra materia para sorber una

infusión de hierba mate dentro de un recipiente llamado guampa, en una práctica social muy generalizada en Argentina y Uruguay.

18 Etapa de la vida que se celebra con una ceremonia cuando los adolescentes judíos alcanzan los doce y trece años y ya son considerados, según la tradición judía, como seres responsables.

19 Ritual para recitar los cánticos litúrgicos en la religión judía.

20 Masacre perpetrada por las tropas del gobierno chileno, a principios del siglo xx, contra los trabajadores del salitre que se habían declarado en huelga.

21 Palos de madera que forman parte de un juego ancestral de los indígenas mapuche, el palín.

22 Dirección de Inteligencia Nacional, policía secreta de la dictadura militar.

23 Fundador del Partido Comunista chileno.

24 Mítica barricada defendida durante la Semana Sangrienta de la Comuna de París por un grupo de mujeres, cuya existencia real no está comprobada.